

EL LIBRO DE LAS MIL NOCHES Y UNA NOCHE



TRADUCCIÓN DIRECTA
Y LITERAL DEL ÁRABE

POR EL D^o J. C. MARDRUS

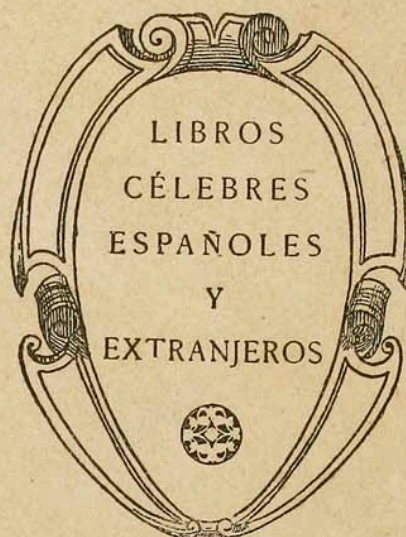
VERSIÓN ESPAÑOLA DE

- V. BLASCO IBAÑEZ -

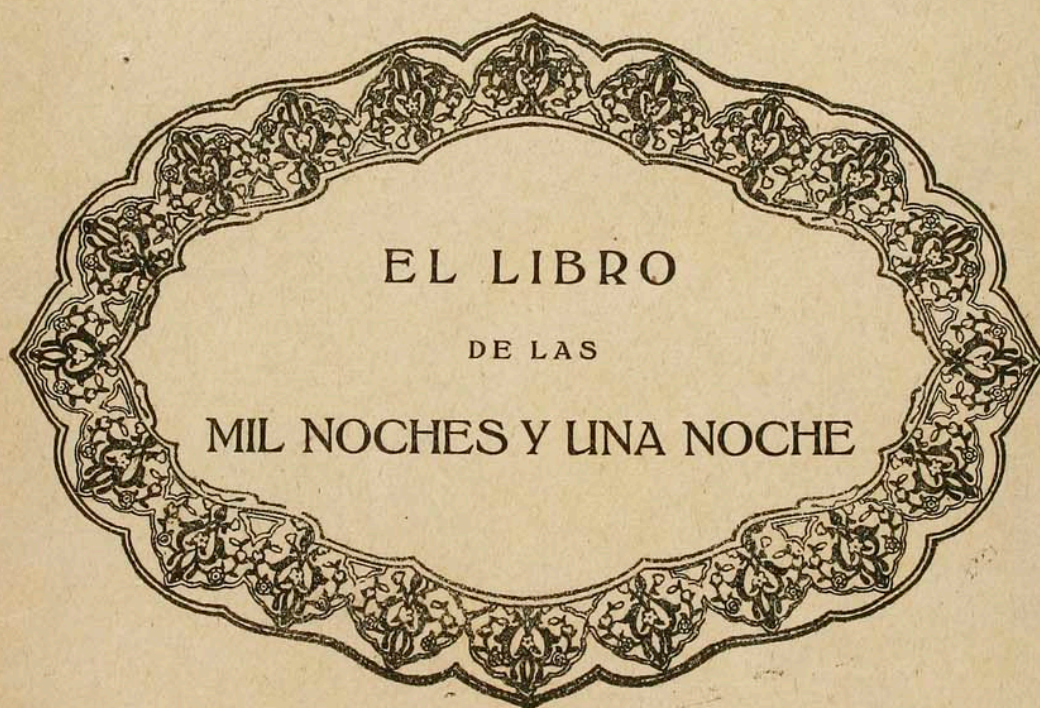
PRÓLOGO DE E. GÓMEZ CARRILLO

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

EDITORIAL
PROMETEO
VALENCIA



Director literario: V. Blasco Ibáñez



ES PROPIEDAD. DERECHOS
EXCLUSIVOS DE TRADUCCIÓN
AL ESPAÑOL.



EL LIBRO DE LAS MIL NOCHES Y UNA NOCHE

TRADUCCIÓN DIRECTA Y LITERAL DEL ÁRABE POR EL

DOCTOR J. C. MARDRUS

Versión española de VICENTE BLASCO IBAÑEZ

PRÓLOGO DE E. GÓMEZ CARRILLO

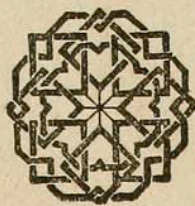
TOMO SEGUNDO

Historias: Del visir Nureddin, de su hermano el visir Chamseddin y de Hassan Baraddin.— Del Jorobado, con el Sastre, el Corredor nazareno, el Intendente y el Médico judío; lo que de ello resultó, y sus aventuras sucesivamente referidas.

PROMETEO

Germanías, 33.—VALENCIA

(Published in Spain)



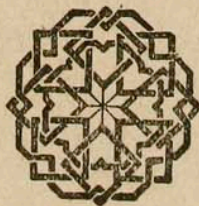
DEDICO ESTE SEGUNDO TOMO

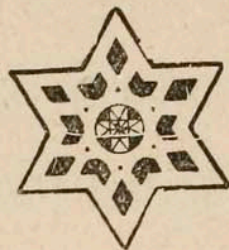
AL ADMIRABILÍSIMO

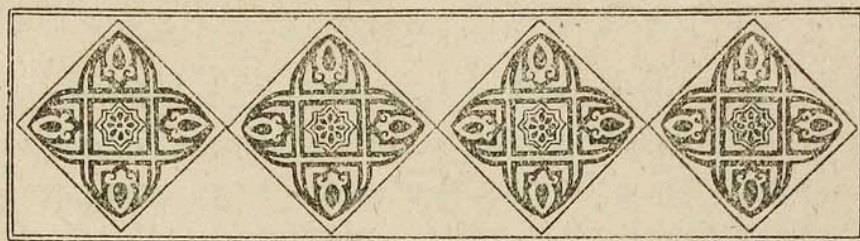
SEÑOR BERGERET

À TRAVÉS DE ANATOLE FRANCE

J. C. M.







Historia del visir Nureddin, de su hermano el visir Chamseddin y de Hassán Badreddin

Entonces, Giafar Al-Barmaki dijo:



«Sabe, ¡oh Comendador de los Creyentes! que había en el país de Mesr (1) un sultán justo y benéfico. Este sultán tenía un visir sabio y prudente, versado en las ciencias y las letras. Y este visir, que era muy viejo, tenía dos hijos que parecían dos lunas. El mayor se llamaba Chamseddin y el menor Nureddin (2); pero Nureddin, el más pequeño, era ciertamente más guapo y mejor formado que Chamseddin, el cual, por otra parte, era perfecto. Pero nadie igualaba en todo el

(1) *Mesr* ó *Massr* es el nombre con que los árabes designan indistintamente á Egipto y á la ciudad de El Cairo (Al-Kahira).

(2) *Chamseddin*: Sol de la Religión, *Nureddin*: Luz de la Religión.

mundo á Nureddin. Era tan admirable, que en ninguna comarca se ignoraba su hermosura, y muchos viajeros iban á Egipto, desde los países más remotos, sólo por el gusto de contemplar su perfección y las facciones de su rostro.

Pero quiso el Destino que falleciera su padre el visir. Y el sultán se conolió mucho. En seguida mandó llamar á los dos jóvenes, hizo que se aproximaran á él, les regaló trajes de honor, y les dijo: «Desde ahora desempeñaréis junto á mí el cargo de vuestro padre.» Entonces ellos se alegraron, y besaron la tierra entre las manos del sultán. Después hicieron que duraran todo un mes las exequias fúnebres de su padre, y en seguida empezaron á desempeñar su nuevo cargo de visires, y cada uno ejercía durante una semana las funciones del visirato. Y cuando el sultán salía de viaje, sólo llevaba consigo á uno de los dos hermanos.

Y una noche entre las noches, ocurrió que el sultán tenía que salir á la mañana siguiente, y habiéndole tocado el cargo de visir aquella semana á Chamseddin, el mayor, los dos hermanos departían sobre asuntos diversos para entretener la velada. En el transcurso de la conversación, el mayor dijo al menor: «¡Oh hermano mío! creo que debemos pensar en casarnos, y mi intención es que nos casemos la misma noche.» Y Nureddin contestó: «Hágase según tu voluntad, ¡oh hermano mío! pues estoy de acuerdo contigo en esta y en todas las cosas.» Y convenido ya entre los dos este primer

punto, Chamseddin dijo á Nureddin: «Cuando, gracias á Alah, nos hayamos unido con dos jóvenes, y la misma noche nos acostemos con ellas, y hayan parido el mismo día, y (¡si Alah lo quiere!) tu esposa dé á luz un niño y la mía una niña, tendremos que casar uno con otro á los dos primos.» Y Nureddin repuso: «¡Oh hermano mío! ¿y qué piensas pedir entonces como dote á mi hijo para darle á tu hija?» Y Chamseddin dijo: «Pediré á tu hijo, como precio de mi hija, tres mil dinares de oro, tres huertos y tres de los mejores pueblos de Egipto. Y realmente esto será bien poca cosa, comparado con mi hija. Y si tu hijo no quiere aceptar ese contrato, no habrá nada de lo dicho.» Al oírlo, respondió Nureddin: «Pero ¿estás soñando? ¿Qué dote quieres pedirle á mi hijo? ¿Has olvidado que somos dos hermanos, y hasta dos visires en uno solo? En vez de esas exigencias, deberías ofrecer como presente tu hija á mi hijo, sin pensar en pedirle ninguna dote. Además, ¿no sabes que el varón vale siempre más que la hembra? Y he aquí que el varón es mi hijo, ¿y aún aspiras á que lleve la dote, cuando es tu hija quien debiera traerla? Obras como aquel comerciante que no quiere vender su mercancía, y para asustar al parroquiano empieza por pedirle cuatro veces su precio.» Entonces dijo Chamseddin: «Sin duda te figuras que tu hijo es más noble que mi hija, lo cual demuestra que careces en absoluto de razón y sentido común, y sobre todo de agradecimiento. Porque al hablar

del visirato, olvidas que tan altas funciones me las debes á mí solo, y si te asocié conmigo, fué por lástima únicamente, para que pudieses ayudarme en mi labor. ¡Pero, en fin, ya está dicho! Puedes creer lo que gustes; porque yo, desde el momento en que piensas así, ¡ya no quiero casar á mi hija con tu hijo ni aun á peso de oro!» Mucho le dolieron estas palabras á Nureddin, que contestó: «¡Tampoco yo quiero casar á mi hijo con tu hija!» Y Chamseddin replicó entonces: «Pues no hay para qué hablar más del asunto. Y como mañana tengo que marchar con el sultán, no dispongo de tiempo para que comprendas lo inconveniente de tus palabras. Pero después, ¡ya verás! ¡Cuando regrese, si Alah lo permite, sucederá lo que ha de suceder!»

Entonces Nureddin se alejó, muy apenado por esta escena, y se fué á dormir solo, con sus tristes pensamientos.

A la mañana siguiente salió de viaje el sultán, acompañado del visir Chamseddin, y se dirigió hacia la ribera del Nilo, lo atravesó en barca para llegar á Guesirah, y desde allí hasta las Pirámides.

En cuanto á Nureddin, después de haber pasado aquella noche contrariadísimo por el modo de proceder de su hermano, se levantó casi al amanecer, hizo sus abluciones, dijo la primera oración matinal, y después se dirigió á su armario, del cual sacó una alforja, y la llenó de oro, pensando siempre en las palabras despectivas de Chamseddin y en la humillación sufrida. Y entonces recitó estas estrofas:

*¡Marcha, amigo mío! ¡Abandónalo todo, y marcha!
 ¡Otros amigos encontrarás en vez de los que dejas! ¡Marcha!
 ¡Deja la ciudad y arma tu tienda de campaña! ¡Y vive en ella!
 ¡Allí, y nada mas que allí, encontrarás las delicias de la vida!*

*¡En las moradas civilizadas y estables, no hay fervor ni hay amistad!
 ¡Créeme! ¡Huye de tu patria! ¡Arráncate del suelo de tu patria!
 ¡Intérnate en países extranjeros!*

*¡Escucha! ¡He comprobado que el agua que se estanca se corrompe;
 podría librarse de su podredumbre corriendo nuevamente!
 ¡Pero de otro modo es incurable!*

*¡He observado también la luna llena, y pude averiguar el número de sus ojos,
 de sus ojos de luz! ¡Pero si no hubiese seguido sus revoluciones en el espacio,
 no habría podido conocer los ojos de cada cuarto de luna,
 los ojos que me miraban!*

*¿Y el león? ¿Sería posible cazar al león si no hubiese salido del espeso bosque?...
 ¿Y la flecha? ¿Mataría la flecha si no escapara violentamente del arco tenso?*

*¿Y el oro y la plata? ¿No serían polvo vil si no hubiesen salido de sus yacimientos?
 ¿Y el armonioso laúd? ¡Ya sabes! ¡Sólo sería un pedazo de leño si el obrero no lo arrancase de la tierra para darle forma!*

*¡Expátriate y alcanzarás las cumbres! ¡Si permaneces adherido á tu suelo,
 jamás escalarás la altura!*

Cuando acabó de recitar estos versos, mandó á uno de sus esclavos que le ensillase una mula torcida, poderosa y rápida para la marcha. Y el esclavo

preparó la mejor de todas las mulas, le puso una silla guarnecida de brocado y de oro, con estribos indios y una gualdrapa de terciopelo de Ispahán. Y lo hizo tan bien, que la mula parecía una recién casada con su traje nuevo y brillante. Después todavía dispuso Nureddin que le echasen encima de todo un tapiz grande de seda y otro más pequeño de raso, terminado lo cual, colocó entre los dos tapices la alforja llena de oro y de alhajas.

En seguida dijo á este esclavo y á todos los demás: «Me voy á dar una vuelta por fuera de la ciudad, hacia la parte de Kaliubia, donde pienso pasar tres noches. Siento una opresión en el pecho, y voy á dilatar mis pulmones respirando el aire libre. Pero prohibo á todo el mundo que me siga.»

Y provisto de víveres para el camino, montó en la mula y se alejó rápidamente. No bien salió del Cairo, anduvo tan ligero, que al mediodía llegó á Belbeis, donde se detuvo. Bajó de la mula para descansar y dejarla descansar, comió algo, compró en Belbeis cuanto podía necesitar para él y para la mula, y reanudó el viaje. Dos días después, precisamente al mediodía, merced al paso de su mula, entró en Jerusalén, la ciudad santa. Allí se apeó de la mula, descansó y la dejó reposar, extrajo del saco algo de comida, y después de alimentarse colocó el saco en el suelo para que le sirviese de almohada, luego de haber extendido el tapiz grande de seda, y se durmió, pensando siempre con indignación en la conducta de su hermano.

Al otro día, al amanecer, montó de nuevo y nó dejó de caminar á buen paso, hasta llegar á la ciudad de Alepo. Allí se hospedó en uno de los khanes de la ciudad y dejó transcurrir tranquilamente tres días, descansando y dejando descansar á la mula, y cuando hubo respirado bien el aire puro de Alepo, pensó en continuar el viaje. Y al efecto, montó otra vez en la mula, después de haber comprado los maravillosos dulces que se hacen en Alepo, rellenos de piñones y almendras, cubiertos de azúcar, y que le gustaban mucho desde la niñez.

Y dejó que la mula se encaminase por donde quisiese, pues al salir de Alepo ya no sabía adónde dirigirse. Y cabalgó día y noche, hasta que una tarde, después de puesto el sol, se encontró en la ciudad de Bassra, pero no sabía que aquella ciudad fuese Bassra. Y no supo su nombre hasta después de llegado al khan, donde se lo dijeron. Se apeó entonces de la mula, la descargó de los dos tapices, de las provisiones y de la alforja, y encargó al portero del khan que la paseara un poco, para que no se enfriase por descansar en seguida. Y en cuanto á Nureddin, él mismo tendió su tapiz, y se sentó en el khan para reposar.

El portero del khan cogió la mula de la brida, y se fué con ella. Pero ocurrió la coincidencia de que precisamente entonces el visir de Bassra hallábase sentado á la ventana de su palacio, contemplando la calle. Y al divisar una mula tan hermosa, con sus magníficos jaeces de gran valor, sospechó

que esta mula pertenecía indudablemente á algún visir entre los visires extranjeros, ó acaso á algún rey entre los reyes. Y se puso á mirarla, sintiendo una gran perplejidad. Y después ordenó á uno de sus esclavos que le trajese en seguida al portero que paseaba á la mula. Y el esclavo corrió en busca del portero y lo llevó ante el visir. Entonces el portero avanzó un paso y besó la tierra entre las manos del visir, que era un anciano de mucha edad y muy respetable. Y el visir dijo al portero: «¿Quién es el amo de esta mula, y qué posición tiene?» El portero contestó: «¡Oh mi señor! el amo de esta mula es un joven muy hermoso, lleno de seducciones, ricamente vestido, como hijo de algún gran mercader, y todo su aspecto impone el respeto y la admiración.»

Al oírle, el visir se puso de pie, montó á caballo, y marchando apresuradamente al khan, entró en el patio. Cuando lo vio Nureddin, corrió á su encuentro y le ayudó á apearse del caballo. Entonces el visir le dirigió el saludo acostumbrado, y Nureddin se lo devolvió y lo recibió muy cordialmente. Y el visir se sentó á su lado, y le dijo: «¡Oh hijo mío! ¿de dónde vienes y por qué estás en Bassra?» Y Nureddin contestó: «¡Oh mi señor! vengo del Cairo, mi ciudad natal. Mi padre era visir del sultán de Egipto, pero murió al ser llamado á la misericordia de Alah.» Después contó toda su historia, desde el principio hasta el fin. Y luego añadió: «No he de volver á Egipto hasta después de

haber recorrido el mundo, visitando todas las ciudades y todas las comarcas.»

Y el visir contestó á Nureddin: «Hijo mío, prescinde de esas ideas de continuo viaje, porque causarán tu perdición. Sabe que el viajar por países extranjeros es la ruina y lo último de lo último. Atiende esta advertencia, pues temo que te perjudiquen los percances de la vida y del tiempo.»

Después el visir ordenó á sus esclavos que desensillaran la mula y le quitasen los tapices y las sedas, y se llevó consigo á Nureddin, alojándole en su casa, y lo dejó descansar, luego de haberle proporcionado todo lo que necesitaba.

Nureddin permaneció algún tiempo en casa del visir, y el visir le veía diariamente y le colmaba de consideraciones y favores. Y acabó por estimarle enormemente, hasta el punto de que un día le dijo: «Hijo mío, ya soy muy viejo, y no tengo ningún hijo varón. Pero Alah me ha concedido una hija que te iguala en belleza y perfecciones. Y hasta ahora se la he negado á cuantos me la pidieron en matrimonio. Pero á ti, á quien quiero con todo el cariño de mi corazón, he de preguntarte si consientes en aceptarla como esclava tuya. Porque yo deseo fervientemente que seas el esposo de mi hija. Y si quieres aceptar, marcharé en busca del sultán y le diré que eres un sobrino mío, recién llegado de Egipto, y que has venido á Bassra expresamente para pretender á mi hija en matrimonio. Y el sultán, por cariño á mí, te dará el visirato, porque yo

ya estoy muy viejo y necesito descansar. Y así podré encerrarme muy á gusto en mi casa para no salir de ella.»

Al oír esta proposición, bajó los ojos Nureddin, y después dijo: «Escucho y obedezco.»

Entonces el visir llegó al colmo de la alegría, é inmediatamente ordenó á sus esclavos que preparasen el festín y adornasen é iluminasen la sala de recepción, la más espaciosa de todas, reservada especialmente al más grande entre los emires.

Después reunió á todos sus amigos, é invitó á todos los nobles del reino y á todos los mercaderes de Bassra, y todos acudieron á presentarse entre sus manos. Entonces, el visir, para explicarles el haber elegido á Nureddin con preferencia á todos los demás, les dijo: «Yo tenía un hermano que era visir en Egipto, y Alah le había favorecido con dos hijos, como á mí me favoreció con una hija, según sabéis. Mi hermano, poco antes de morir, me encargó que casara á mi hija con uno de sus hijos, y yo se lo prometí. Y precisamente este joven á quien veis es uno de los dos hijos de mi hermano el visir de Egipto. Ha venido á Bassra con tal objeto. ¡Y mi mayor anhelo es que se escriba su contrato con mi hija, y que viva con ella en mi casa!»

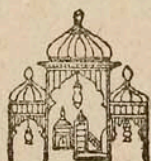
Entonces contestaron todos: «¡Sea como dices! ¡Ponemos sobre nuestra cabeza cuanto hagas!»

Y todos tomaron parte en el gran festín, bebieron toda clase de vinos, y comieron una cantidad prodigiosa de pasteles y confituras. Y después, ro-

ciada la sala con agua de rosas, según costumbre, se despidieron del visir y de Nureddin.

Entonces el visir mandó á sus esclavos que llevasen á Nureddin al hammam y le diesen un buen baño. Y el visir le regaló uno de sus mejores trajes entre sus trajes, y después le envió toallas, palanganas de cobre, pebeteros y todas las demás cosas necesarias para el baño. Y Nureddin se bañó y salió del hammam con su traje nuevo, y estaba más hermoso que la luna llena en la más bella de las noches. Después Nureddin cabalgó en su mula torda, encaminándose hacia el palacio del visir, y al pasar por las calles le admiraban todos, elogiando su hermosura y la obra de Alah. Y descendió de la mula, entró en casa del visir y le besó la mano. Entonces el visir...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



*PERO CUANDO LLEGÓ
LA 20.^a NOCHE*

Ella dijo:

He llegado á saber, ¡oh rey afortunado! que entonces el visir se levantó, acogiendo con júbilo al hermoso Nureddin y diciéndole: «Entra, ¡oh hijo mío! en la cámara de tu esposa, y sé dichoso. Ma-

ñana te llevaré á ver al sultán. Y ahora sólo me resta implorar de Alah que te conceda todos sus favores y todos sus bienes.»

Entonces Nureddin besó otra vez la mano del visir su suegro, y entró en el aposento de la doncella. ¡Y sucedió lo que había de suceder!

Y esto fué lo referente á Nureddin.

En cuanto á Chamseddin su hermano... he aquí lo que ocurrió. Terminada la expedición que hizo con el sultán de Egipto, hacia el lado de las Pirámides, regresó inmediatamente á su casa. Y se inquietó mucho al no encontrar á su hermano Nureddin. Y preguntó por él á sus esclavos, que le respondieron: «Nuestro amo Nureddin, el mismo día que te fuiste con el sultán, montó en una mula enjaezada con gran lujo, como en los días solemnes, y nos dijo: «Me voy hacia la parte de Kaliubia, estaré fuera unos días, pues noto opresión en el pecho y necesito aire libre; pero que no me siga nadie.» Y desde entonces no hemos vuelto á tener noticias tuyas.»

Entonces Chamseddin deploró mucho la ausencia de su hermano, y fué aumentando su dolor de día en día, hasta que acabó por convertirse en una aflicción inmensa. Y pensaba: «Seguramente, el motivo de que se haya marchado no es otro que aquellas palabras tan duras que le dije la víspera de mi viaje con el sultán. Y esto y no otra cosa le ha obligado á huir. Pero es preciso que repare la falta cometida contra él y disponga que lo busquen.»

Y Chamseddin fué inmediatamente á ver al sultán, y le refirió lo que ocurría. Y el sultán mandó escribir mensajes autorizados con su sello y los envió con emisarios de á caballo en todas direcciones á todos sus lugartenientes de todas las comarcas, y les decía en estos pliegos que Nureddin había desaparecido y que precisaba buscarle fuese donde fuese.

Pero transcurrido algún tiempo, todos los correos regresaron sin ninguna noticia, porque ni uno solo había ido á Bassra, donde estaba Nureddin. Entonces Chamseddin, lamentándose hasta el límite de las lamentaciones, exclamó: «¡Mía es toda la culpa! ¡Todo esto me ocurre por mi poco tacto y mi falta de discreción!»

Pero como todo tiene su término, Chamseddin acabó por consolarse, y un día pidió en matrimonio á la hija de un gran comerciante del Cairo, hizo su contrato con ella y con ella se casó. ¡Y sucedió lo que había de suceder!

Y se dió la coincidencia de que la misma noche que penetró Chamseddin en la cámara nupcial, fué justamente la misma en que Nureddin penetró en el aposento de la hija del visir de Bassra. Y permitió Alah esta coincidencia del matrimonio de los dos hermanos en la misma noche, para demostrar que manda en el destino de las criaturas.

Y todo se verificó además según lo habían combinado los dos hermanos antes de su querella, pues las dos esposas quedaron preñadas la misma noche:

parieron el mismo día y á la misma hora, y la de Chamseddin, visir de Egipto, parió una niña cuya hermosura no tuvo igual en todo el país, y la de Nureddin, de Bassra, dió á luz un niño tan hermoso que no había otro como él en todo el mundo. Ya lo dijo el poeta:

¡El niño!... ¡Cuán delicado es!... ¡Y qué gentil! ¡Y qué gracioso!... ¡Beber su boca! ¡Beber esta boca hace olvidar las cosas llenas y los vasos desbordantes!

¡Beber en sus labios, apagar la sed en la frescura de sus mejillas y mirarse en el manantial de sus ojos, es olvidar la púrpura de los vinos, sus aromas, su sabor y toda su embriaguez!

¡Si viniese la misma Belleza á compararse con este niño, bajaría humillada la cabeza!

Y si le preguntaseis: «¡Oh Belleza! ¿Qué te parece? ¿Viste jamás nada semejante?» Ella contestaría: «¡Como él, verdaderamente, ninguno!»

Al hijo de Nureddin se le llamó Hassán Badreddin, á causa de su hermosura (1).

Su nacimiento motivó grandes regocijos públicos. Y el séptimo día se dieron fiestas y banquetes dignos de príncipes.

Terminados los festejos, el visir de Bassra fué con Nureddin á ver al sultán. Entonces Nureddin besó la tierra entre las manos del sultán, y como

(1) *Hassán*: Hermoso. *Badreddin*: Luna llena de la Religión.

estaba dotado de una gran elocuencia y era muy versado en las bellezas literarias, le recitó estos versos del poeta:

¡Ante él se inclina y se eclipsa el mayor de los bienhechores; pues ha conquistado el corazón de todos los seres elegidos!

¡Canto sus obras, aunque no son obras, sino cosas tan bellas que debería formarse con ellas un collar que adornara el cuello!

¡Y si beso la punta de tus dedos, es porque no son dedos, sino la llave de todos los beneficios!

Tanto gustaron al sultán estos versos, que obsequió espléndidamente á Nureddin y á su suegro el visir, ignorando aún lo del matrimonio y cuanto se relacionaba con su existencia, por lo cual preguntó al visir después de haber felicitado á Nureddin: «¿Quién es este joven tan hermoso y tan elocuente?»

Entonces el visir contó al sultán toda la historia, desde el principio al fin, y le dijo: «Este joven es sobrino mío.» Y el sultán exclamó: «¿Y cómo no había yo oído hablar de él?» Y el visir dijo: «¡Oh mi soberano y señor! Sabe que un hermano mío era visir de Egipto. Al morir dejó dos hijos, el mayor de los cuales heredó el cargo, y el otro, que es éste, ha venido á buscarme, pues prometí y juré á mi hermano que casaría á mi hija con uno de mis sobrinos. Así es que apenas llegó lo casé con mi hija. Este sobrino mío es joven, como ves, y yo

ya soy demasiado viejo y estoy sordo y no puedo atender á los negocios del reino. Por eso vengo á pedir á mi soberano el sultán que se digne nombrar á mi sobrino, que es también mi yerno, para el cargo de visir. Y puedo asegurarte que merece este cargo, pues es hombre de buen consejo, pródigo en ideas excelentes y muy ducho en el modo de despachar los asuntos.»

Entonces el sultán miró con más detenimiento á Nureddin, y quedó encantado de este examen, aceptó el consejo de su anciano visir y nombró para el cargo á Nureddin en lugar de su suegro, y le regaló un magnífico traje de honor, el mejor de todos lo que pudo encontrar, y una mula de sus propias caballerizas, y le señaló sus guardias y sus chambelanes.

Nureddin besó entonces la mano del sultán, y salió con su suegro, y ambos regresaron á su casa en el colmo de la alegría y besaron al recién nacido Hassán Badreddin y dijeron: «El nacimiento de esta criatura nos trajo buena suerte.»

Al día siguiente, Nureddin fué á palacio á desempeñar sus nuevas funciones, y al llegar besó la tierra entre las manos del sultán, y recitó estas dos estrofas:

*¡Para ti son nuevas las felicidades todos los días, y
las prosperidades también! ¡Y el envidioso se consume
de despecho!*

*¡Ojalá sean blancos para ti todos los días, y negros
los días de todos los envidiosos!*

Entonces el sultán le permitió que se sentara en el diván del visirato, y Nureddin se sentó en el diván del visirato. Y empezó á desempeñar su cargo, despachando los asuntos pendientes y administrando justicia como si llevara muchos años de visir, y lo hizo tan á conciencia ante el sultán, que se maravilló de su inteligencia, de su comprensión para aquellos asuntos y de su admirable manera de administrar justicia, y le distinguió más aún, entrando en gran intimidad con él.

Y Nureddin siguió desempeñando á maravilla sus elevadas funciones; pero no por eso olvidó la educación de su hijo Hassán Badreddin, á pesar de todos los asuntos del reino. Porque Nureddin era cada día más poderoso y más favorecido del sultán, que aumentó el número de sus chambelanes, servidores, guardias y correos. Y llegó á ser tan rico, que pudo dedicarse al comercio en gran escala, fletando naves mercantes que recorrian todo el mundo, construyendo molinos y ruedas elevadoras de agua y plantando magníficos huertos y jardines. Y todo esto antes de que su hijo cumpliera los cuatro años.

Falleció entonces el anciano visir, suegro de Nureddin, y éste le hizo un entierro solemne, al cual asistieron él y todos los grandes del reino.

Y desde entonces Nureddin se consagró exclusivamente á la educación de su hijo. Y lo confió al sabio más versado en leyes religiosas y civiles. Este sabio venerable iba todos los días á dar lec-

ciones de lectura al niño Hassán Badreddin, y poco á poco, con método, le inició en la interpretación del Corán, que acabó por aprenderse de memoria, y después el sabio siguió años y años enseñando á su discípulo todos los conocimientos útiles. Y Hassán no dejaba de crecer en hermosura, gracia y perfección, como dice el poeta:

¡Este joven! ¡Es la luna, y, como ella, resplandece de hermosura, aunque el sol tome el esplendor de sus rayos de las anémonas de sus mejillas!

¡Es el rey de la hermosura por su distinción sin igual! ¡Y habrá que suponer que prestó su lozanía á las flores y las praderas!

Durante todo aquel tiempo, el joven Hassán Badreddin no abandonó un instante el palacio de su padre Nureddin, pues el sabio le exigía una gran atención á sus lecciones. Pero cuando Hassán cumplió los quince años y ya no tuvo que aprender nada más del viejo maestro, su padre le llamó, le puso el traje más lujoso que encontró entre los suyos, le hizo que montara en la mejor de sus mulas y se dirigió con él al palacio del sultán, atravesando con numeroso séquito las calles de Bassra. Y todos los habitantes, al ver al joven Hassán Badreddin, prorrumpían en gritos de admiración, por su hermosura, la esbeltez de su talle, su gracia y sus modales encantadores. Y exclamaban: «¡Por Alah! ¡Es hermoso como la luna! ¡Que Alah lo libre

del mal de ojo!» Y aquello duró hasta la llegada de Badreddin y su padre al palacio, y entonces comprendió la gente el sentido de las estrofas del poeta (1).

Cuando el sultán vió la hermosura del joven Hassán Badreddin, quedó tan sorprendido, que perdió la respiración y se olvidó de respirar durante un buen rato. Y le mandó acercarse, y le estimó mucho, le hizo su favorito, colmándole de regalos, y dijo á su padre Nureddin: «Visir, es absolutamente indispensable que me lo envíes todos los días, pues comprendo que no podría pasarme sin él.» Y el visir Nureddin tuvo que contestar: «Escucho y obedezco.»

Cuando Hassán Badreddin hubo llegado á ser amigo y favorito del sultán, su padre Nureddin cayó gravemente enfermo, y sospechando que no tardaría Alah en llamarle á Su misericordia, mandó á buscar á su hijo y le dirigió las últimas advertencias, diciéndole: «Sabe, ¡oh hijo mío! que este mundo es para nosotros una morada pasajera, porque el mundo futuro es eterno. Por eso antes de morir quiero darte algunas instrucciones; óyelas bien y ábreles tu corazón.» Y Nureddin explicó á su hijo Hassán las mejores normas para conducirse como es debido con sus semejantes y guiarse en la vida.

Luego se acordó Nureddin de su hermano Cham-

(1) Se refiere á las que figuran en la página 26.

seddin, el visir de Egipto, y de su país y de sus parientes y de todos sus amigos del Cairo, y al recordarlos no pudo dejar de llorar por no haberlos vuelto á ver. Pero en seguida se acordó de que tenía que aconsejarle algo más á Hassán, y le dijo: «Hijo mío, conserva en tu memoria las palabras que voy á decirte, porque son muy importantes. Sabe que tengo en El Cairo un hermano llamado Chamseddin, que es tío tuyo, y además visir de Egipto. Hace tiempo que nos separamos algo disgustados, y yo estoy aquí, en Bassra, sin licencia suya. Voy, pues, á dictarte mis últimas disposiciones sobre esto. Toma un papel y un cálamo y escribe lo que dicte.»

Entonces Hassán Badreddin cogió una hoja de papel, extrajo el tintero del cinturón, sacó del estuche el mejor cálamo, que era el que estaba mejor cortado, lo mojó en la estopa empapada en tinta que estaba dentro del tintero, se sentó, dobló el pliego de papel sobre la mano izquierda, y cogiendo el cálamo con la derecha, le dijo á Nureddin: «¡Oh padre mío, escucho tus palabras!» Y Nureddin empezó á dictar: «En nombre de Alah el Clemente, el Misericordioso...» Y continuó dictando en seguida á su hijo toda su historia, desde el principio hasta el fin, y además le dictó la fecha de su llegada á Bassra, y de su casamiento con la hija del viejo visir, y le dictó su genealogía completa, sus ascendientes directos é indirectos, con sus nombres; el nombre de su padre y de su abuelo, su origen, su

grado de nobleza personal adquirida, y en fin, todo su linaje paterno y materno.

Después le dijo: «Conserva cuidadosamente ese pliego de papel. Y si por mandato del Destino te ocurriese alguna desgracia en tu vida, regresa al país de origen de tu padre, en donde nací yo, ó sea El Cairo, la ciudad próspera; pregunta allí por tu tío el visir, que vive en nuestra casa, y salúdale de mi parte, deseándole la paz, y dile que he muerto afligido por morir en el extranjero, lejos de él, y que antes de morir no tenía más deseo que verle. He aquí, ¡oh hijo mío Hassán! los consejos que quería darte. ¡Te conjuro á que no los olvides!»

Entonces Hassán Badreddin dobló cuidadosamente el papel, después de echarle arenilla, secarlo y sellarlo con el sello de su padre el visir, y luego lo colocó en el forro de su turbante, y lo cosió allí, habiéndolo envuelto en un pedazo de hule para preservarlo de la humedad.

Hecho esto, no pensó mas que en llorar, besando la mano de su padre Nureddin y afligiéndose al comprender que se quedaba solo, siendo tan joven, y privado de la compañía de su padre. Y Nureddin no dejó de dar consejos á su hijo Hassán Badreddin hasta que entregó el alma.

Entonces Hassán Badreddin sintió un pesar grandísimo, así como el sultán y todos los emires, y los grandes y los humildes. Y enterraron á Nureddin según su rango.

Hassán Badreddin hizo durar dos meses las ce-

remonias del luto, y durante todo este tiempo no salió un instante de su casa y hasta olvidó la visita á palacio para saludar al sultán, según costumbre.

Y el sultán no comprendió que era la aflicción la que retenía al hermoso Hassán Badreddin lejos de él, sino que pensó que Hassán lo abandonaba y lo menospreciaba. Y entonces se indignó mucho, y en vez de nombrar á Hassán sucesor de su padre el visir Nureddin, nombró á otro para este cargo, haciendo privado suyo á un joven chambelán.

No contento con esto, hizo más el sultán contra Hassán Badreddin. Mandó sellar y confiscar todos sus bienes, todas sus casas y todas sus propiedades, y después dispuso que prendiesen á Hassán Badreddin y se lo llevasen encadenado. Y en seguida el nuevo visir, en compañía de varios chambelanes, se dirigió á la casa del joven Hassán, que no podía sospechar la desgracia que le amenazaba.

Pero afortunadamente, había entre los esclavos de su palacio un joven mameluco que quería mucho á Hassán Badreddin. En cuanto supo lo que pasaba, echó á correr, y llegó á casa del joven Hassán, al cual halló muy triste, con la cabeza baja y el corazón dolorido, sin dejar de pensar en la muerte de su padre. Y el esclavo le enteró entonces de lo que ocurría. Y Hassán le preguntó: «¿Pero no tendré tiempo para coger algo con que subsistir durante mi huída al extranjero?» Y el mameluco le dijo: «El tiempo urge. No pienses mas que en salvar tu persona.»

Al oírle, el joven Hassán, vestido tal como estaba, y sin llevar nada consigo, salió apresuradamente, después de echarse la orla de su túnica por encima de la cabeza para que no lo conociesen. Y siguió caminando hasta que se vió fuera de la ciudad.

Al saber los habitantes de Bassra que se había intentado prender á Hassán Badreddin, hijo del difunto visir Nureddin, y la confiscación de sus bienes y su probable sentencia de muerte, se affigieron en extremo y exclamaron: «¡Qué lástima de hermosura y de joven tan agradable!» Y Hassán, al recorrer las calles sin que le conociesen, oía estos lamentos y exclamaciones. Pero aún se apresuró más, y siguió andando, hasta que la suerte y el destino hicieron que precisamente pasase por el cementerio donde estaba la *tourbeh* (1) de su padre. Entonces entró en el cementerio, y caminando por entre las tumbas llegó á la *tourbeh* de su padre. Y se quitó la ropa que le cubría la cabeza, entró bajo la cúpula de la turbeh, y resolvió pasar allí la noche.

Pero mientras permanecía sentado y sumido en sus pensamientos, vió que se le acercaba un judío de Bassra, mercader conocidísimo en la ciudad. Este mercader judío regresaba de un pueblo cercano, encaminándose á Bassra. Y al pasar cerca de la *tourbeh* de Nureddin, miró hacia el interior, y vió al joven Hassán Badreddin, á quien conoció en seguida. Entonces entró, se acercó á él respetuosa-

(1) Tumba.

mente y le dijo: «¡Oh mi señor! ¡qué mal semblante tienes y qué desmejorado estás, siendo tan hermoso! ¿Te ha ocurrido alguna nueva desgracia además del fallecimiento de tu padre el visir Nureddin, á quien respeté, y que tanto me quería y estimaba? ¡Téngale Alah en Su misericordia!» Pero Hassán Badreddin no quiso revelar le el verdadero motivo de su trastorno, y le contestó: «Esta tarde, mientras estaba durmiendo, se me presentó mi difunto padre, y me ha reconvenido porque no visitaba su *tourbeh*. De pronto me desperté, lleno de terror y remordimiento, y me vine aquí en seguida. Y aún estoy bajo aquella impresión tan penosa.»

Entonces el judío le dijo: «¡Oh mi señor! Hace tiempo que pensaba ir en tu busca para hablarte de un asunto, y ahora me favorece la casualidad, puesto que te encuentro. Sabe, pues, ¡oh mi joven señor! que tu padre el visir, con quien estaba yo en relaciones mercantiles, había fletado naves que ahora vuelven cargadas de mercancías. Estas naves vienen consignadas á él. Si quisieras cederme su carga, te ofrecería mil dinares por cada una, y te pagaría al contado.»

Y el judío sacó de su bolsillo un monedero lleno de oro, contó mil dinares, y se los ofreció en seguida á Hassán, que no dejó de aceptar este ofrecimiento, ordenado por Alah para sacarlo del apuro en que se hallaba. Y el judío añadió: «Ahora, ¡oh mi señor! ponme el recibo, provisto de tu sello.» Y Hassán Badreddin cogió el papel que le alargaba

el judío, así como el cálamo, mojó éste en el tintero de cobre, y escribió en el papel:

«Declaro que quien ha escrito este papel es Hassán Badreddin, hijo del difunto visir Nureddin (¡Alah lo haya acogido en su misericordia!), y que ha vendido al judío N., hijo de N., mercader de Bassra, el cargamento de la primera nave que llegue á la ciudad de Bassra y forme parte de las pertenecientes á mi padre Nureddin. Y vendo esto por mil dinares, y nada más.» Luego puso su sello en la parte inferior de la hoja, y se la entregó al judío, que lo saludó respetuosamente y se fué.

Entonces Hassán rompió á llorar, pensando en su padre, en su posición pasada y en su suerte presente; pero como ya se había hecho de noche, le venció el sueño y se quedó dormido en la *tourbeh*. Y así siguió hasta que salió la luna, y como en aquel momento se le había escurrido la cabeza de encima de la piedra de la *tourbeh*, hubo de dar una vuelta completa, echándose de espaldas, y la luna iluminó por completo su rostro, que resplandecía con toda su belleza.

Aquel cementerio era frecuentado por efrits de la buena especie, efrits musulmanes y creyentes. Y por casualidad, aquella noche, una encantadora efrita volaba por allí, tomando el fresco, y vió á la luz de la luna al joven Hassán que estaba durmiendo, y observó su belleza y sus hermosas proporciones, y quedándose maravillada, dijo: «¡Gloria á Alah! ¡Oh, qué hermoso joven! ¡Cómo me enamo-

ran sus hermosos ojos, que me figuro muy negros y de una blancura...!» Pero después pensó: «Mientras se despierta, voy á seguir mi paseo por los aires.» Y echó á volar, subió muy arriba buscando el fresco, y se encontró en lo más alto con uno de sus compañeros, un efrít también musulmán. Le saludó muy gentilmente y él le devolvió el saludo con mucha deferencia. Entonces ella le preguntó: «¿De dónde vienes, compañero?» Y él le contestó: «Del Cairo.» Y la efríta volvió á preguntar: «¿Les va bien á los buenos creyentes del Cairo?» Y el efrít contestó: «Gracias á Alah, les va bien.» Entonces la efríta le dijo: «Compañero, ¿quieres venir conmigo para admirar la hermosura de un joven que está durmiendo en el cementerio de Bassra?» Y el efrít dijo: «Estoy á tus órdenes.» Entonces se cogieron de la mano, descendieron juntos al cementerio, y se pararon delante de Hassán, dormido. Y la efríta dijo al efrít, guiñándole el ojo: «¿Eh? ¿Tenía yo razón?» Y el efrít, asombrado por la maravillosa hermosura de Hassán Badreddin, exclamó: «¡Por Alah! ¡No he visto cosa parecida! ¡Ha sido creado para poner en combustión todas las vulvas!» Después reflexionó un momento, y dijo: «Sin embargo, hermana mía, he de decirte que he visto á otra persona que puede compararse con este joven tan hermoso.» Y la efríta exclamó: «¡No es posible!» Y dijo el efrít: «¡Por Alah, que la he visto. Ha sido bajo el clima de Egipto, en El Cairo, y es la hija del visir Chamseddin.» La efríta dijo: «Pues

no la conozco.» Y el efrít le replicó: «Escucha. He aquí la historia de esa joven:

«Su padre, el visir Chamseddin, ha caído en desgracia por causa de ella. Habiendo oído el sultán de Egipto hablar á sus mujeres de la belleza extraordinaria de la hija del visir, se la pidió en matrimonio á su padre. Pero el visir Chamseddin, que había pensado otra cosa para su hija, se vió en una gran confusión, y dijo al sultán: «¡Oh mi señor y soberano! Ten la bondad de permitirme que me excuse, y perdóname por ello. Ya sabes la historia de mi pobre hermano Nureddin, que era visir conmigo. Ya sabes que desapareció un día, sin que hayamos vuelto á saber de él. Y el motivo de su marcha no pudo ser más leve.» Y contó al sultán detalladamente este motivo. Y después añadió: «He jurado ante Alah, el día que nació mi hija, que, ocurriera lo que ocurriera, no la casaría mas que con el hijo de mi hermano Nureddin. Y han transcurrido desde entonces diez y ocho años. Pero afortunadamente, he sabido hace pocos días que mi hermano Nureddin se había casado con la hija del visir de Bassra, y que había tenido un hijo. Por lo tanto, mi hija, nacida de mis obras con su madre, está destinada y escriturada á su primo, el hijo de mi hermano Nureddin. En cuanto á ti, ¡oh mi señor y soberano! puedes elegir otra joven. El Egipto está lleno de ellas. ¡Y muchas son bocado de rey!»

Pero el sultán, al oírle, se enfureció mucho, y gritó: «¿Qué has dicho, miserable visir? Te quise

honrar descendiendo hasta ti para casarme con tu hija, ¿y aún te atreves á negármela, alegando ese pretexto tan estúpido? ¡Está muy bien! Pero ¡juro por mi cabeza que te obligaré á casarla, á despecho de tu nariz, con el último de mis servidores!» Y el sultán tenía un palafranco contrahecho y jorobado, con una joroba delante y otra joroba detrás, y le mandó llamar en seguida y dispuso que se escribiese su contrato de matrimonio con la hija del visir Chamseddin, á pesar de las súplicas del padre. Y ordenó al jorobado que se acostara aquella misma noche con la joven. Además, mandó que la boda se celebrase lujosamente y con música.»

Así los he dejado, ¡oh hermana mía! en el momento en que los esclavos de palacio rodeaban al jorobado y le dirigían bromas egipcias muy graciosas, llevando cada uno en la mano las velas de la boda para acompañar al novio. Y éste tomaba el baño en el hammam, entre las risas y las burlas de los esclavos, que decían: «¡Mejor quisiéramos tener la herramienta pelada de un borrico, que el asqueroso zib de ese jorobeta!» Y efectivamente, hermana mía, el jorobado es muy feo y repulsivo.» Y el efrít, al recordarle, escupió en el suelo con un gesto de repugnancia. Después dijo: «En cuanto á la joven, es la criatura más bella que he visto en mi vida. Puedo asegurarte que es todavía más hermosa que este mancebo. La llaman Sett El-Hosn (1), y se me-

(1) La Soberana de Belleza.

rece el nombre. Ha quedado llorando amargamente, alejada de su padre, al cual se le ha prohibido asistir á la ceremonia. Y está sola, en medio de los festejos, entre los músicos, danzarinas y cantadoras. Y el repugnante palafranero no tardará en salir del hammam, y le aguardan para empezar la fiesta.

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



*PERO CUANDO LLEGÓ
LA 21.^a NOCHE*

Ella dijo:

He llegado á saber, ¡oh rey afortunado! que el efrít terminó su relato con estas palabras: «Y no esperan otra cosa sino que el jorobado salga del hammam.» Y la efríta repuso: «Se me figura, ¡oh compañero! que te equivocas al afirmar que Sett El-Hosn es más hermosa que ese joven. No es posible. Es indudablemente el más hermoso de su tiempo.» Pero el efrít respondió: «¡Por Alah, hermana mía! te aseguro que aquella joven es más bella todavía. No tienes mas que venir conmigo, para que á su vista te convenzas. Bien fácil te ha de ser esto. Además, podríamos aprovechar la ocasión para burlar al maldito jorobado aquella maravilla hecha carne. Porque los dos jóvenes son dignos el uno del

otro, y tanto se parecen, que diríase que son hermanos, ó primos por lo menos. Y sería una lástima que el jorobado copulase á Sett El-Hosn.»

Entonces contestó la efrita: «Razón tienes, hermano mío. Llevemos en brazos á ese mancebo dormido y juntémoslo con la joven de quien hablas. Así haremos una buena obra, y veremos además cuál es más hermoso de los dos.» Y el efrít dijo: «¡Escucho y obedezco! Tus palabras están llenas de rectitud y de justicia. ¡Vamos, pues!» Y entonces el efrít se echó áuestas al joven y comenzó á volar, seguido de cerca por la efrita, que le ayudaba para llegar antes, y ambos, de este modo, llegaron cargados al Cairo con toda rapidez. Y allí soltaron al hermoso Hassán, dejándole dormido sobre el banco de una calle próxima al palacio, que rebosaba de gente. Y entonces le despertaron.

Hassán se despertó, y quedó en la más extrema perplejidad al no verse en Bassra, en la *tourbeh* de su padre. Y miró á la derecha. Y miró á la izquierda. Y no conocía nada de aquello. Pues aquello era una ciudad, pero una ciudad muy distinta á la de Bassra. Tan sorprendido quedó, que abrió la boca para gritar; pero en seguida vió delante de sí á un hombre gigantesco y barbudo, que le guiñó el ojo para indicarle que no gritase. Y Hassán se contuvo. Y aquel hombre, que era el efrít, le presentó una vela encendida, y le mandó que se uniera á las muchas personas que llevaban velas encendidas para acompañar á la boda, y le dijo: «¡Sabe que soy un

efrit, pero creyente! Te transporté aquí durante tu sueño. Esta ciudad es El Cairo. Te he traído porque te quiero y deseo favorecerte sin ningún interés, sólo por amor á Alah y por tu hermosura. Toma esta vela encendida, intérnate entre la muchedumbre y marcha con ella hasta ese hammam que allí ves. De él ha de salir una especie de jorobado á quien llevarán triunfalmente. ¡Siguele! Ve siempre á su lado, pues es el novio. Entrarás en el palacio con él, y al llegar á la gran sala de recepciones te colocarás á su derecha, como si fueses de la casa. Y cada vez que veas llegar ante vosotros un músico, una danzarina ó una cantora, métete la mano en el bolsillo, que ya cuidaré yo de que esté siempre lleno de oro, y cógelo á puñados sin vacilación alguna y arrójaselo á todos. Y no temas que se te acabe, que eso es cuenta mía. Obsequia, pues, con puñados de oro á cuantos se te acerquen. Aventúrate y no te detengas ante nada. Confía en Alah que te creó tan hermoso y en mí que te estimo. Además, todo lo que te suceda, te sucederá por la voluntad y el poder del Altísimo.» Y dichas estas palabras, el efrit desapareció.

Entonces Hassán Badreddin de Bassra dijo para sí: «¿Qué querrá decir todo esto? ¿De qué favores me ha hablado este asombroso efrit?» Pero sin perder más tiempo en estas preguntas, echó á andar, encendió su vela en la de un invitado, y llegó al hammam cuando el jorobado había acabado de bañarse y salía á caballo con un traje magnífico.

Hassán Badreddin se internó entonces entre la muchedumbre, dándose tanta maña, que llegó á la cabeza de la comitiva, junto al jorobado. Y entonces brilló en todo su esplendor la maravillosa hermosura de Hassán. Iba vestido con el más suntuoso de sus trajes de Bassra, llevaba un manto de seda tejido con hilo de oro, y en la cabeza un birrete rodeado de un magnífico turbante bordado en oro y plata, puesto á la usanza de Bassra. Y todo ello realizaba su apuesto continente y su hermosura.

Durante la marcha del cortejo, cada vez que una cantora ó una danzarina se separaba del grupo de los músicos y se acercaba á él para llegar frente al jorobado, Hassán Badreddin se echaba mano al bolsillo, y sacándola llena de oro, lo derramaba á puñados á su alrededor, y echaba más en la pandeleta de la danzarina ó de la cantora, llenándola de oro, con ademanes de sin igual donosura.

Y por eso todas estas mujeres, lo mismo que la muchedumbre, quedaron asombradas de aquella esplendidez, admirando la belleza y los encantos de Hassán.

La comitiva acabó por llegar al palacio. Entonces los chambelanes detuvieron á la multitud, y sólo dejaron entrar detrás del jorobado á los músicos, las danzarinas y las cantoras.

Pero las cantoras y las danzarinas interpellaron unánimemente á los chambelanes, y les dijeron: «¡Por Alah! Hacéis bien en impedir á esos hombres que entren con nosotras en el harén para presenciar

cómo se viste la novia. Pero por nuestra parte, nos negaremos á entrar si no nos acompaña este joven que nos ha colmado de beneficios. Y no hemos de festejar á la novia como no sea en presencia de este joven, amigo nuestro.»

Entonces las mujeres se apoderaron á la fuerza del joven Hassán y lo llevaron con ellas al harén, en medio de la gran sala de fiestas. Y fué el único hombre que estuvo en el harén á despecho de la nariz del jorobado, que no pudo impedirlo. Allí se hallaban reunidas todas las damas de palacio, las esposas de los emires, visires y chambelanes. Y se alineaban en dos filas, sosteniendo cada una en la mano un gran cirio; y todas tenían la cara cubierta con el velillo de seda blanca, á causa de la presencia de aquellos dos hombres. Y Hassán y el jorobado pasaron por entre las dos hileras y fueron á sentarse en una tarima alta, teniendo que atravesar las dos filas de mujeres, que se prolongaban desde la sala de festejos hasta la cámara nupcial, de donde había de salir la novia para la boda.

Al ver á Hassán Badreddin y advertir su hermosura, sus encantos y su rostro luminoso cual la luna creciente, las mujeres se emocionaron hasta casi quedarse sin aliento y perder la razón. Y ardía cada cual en deseos de abrazar á aquel joven maravilloso, y traerle á su regazo, permaneciendo unidos un año, ó un mes, ó siquiera una hora, solamente el tiempo preciso para que la asaltase una vez y sentirlo dentro de ella.

Y en un momento dado, todas estas mujeres, no pudiendo resistir por más tiempo, se descubrieron el rostro, levantando el velillo. ¡Y se mostraron sin pudor, olvidando la presencia del jorobado! Y todas se acercaron á Hassán Badreddin para admirarle más de cerca y decirle palabras de amor, ó siquiera guiñarle un ojo para que pudiese comprender cuánto le deseaban. Y además las danzarinas y las cantoras ponderaban la generosidad de Hassán, alentando á las damas á que le sirviesen lo mejor posible. Y las damas decían: «¡Por Alah! ¡He aquí un hermoso joven! ¡Éste sí que puede dormir con Sett El-Hosn! ¡Nacieron el uno para el otro! ¡Confunda, pues, Alah á ese maldito jorobado!»

Y mientras las damas seguían alabando á Hassán y lanzando imprecaciones contra el jorobado, las tañedoras de instrumentos rompieron á tocar, se abrió la puerta de la cámara nupcial y la novia Sett El-Hosn entró en la sala de festejos rodeada de eunucos y doncellas.

Sett El-Hosn, hija del visir Chamseddin, apareció en medio de su servidumbre, y brillaba como una hurí. Las otras, comparadas con ella, no eran mas que unos astros que formaran su cortejo, como las estrellas que rodean á la luna al salir de una nube. Se había perfumado con ámbar, almizcle y rosa, y su peinada cabellera brillaba bajo la seda que la cubría. Sus hombros admirables marcábanse á través de su traje suntuoso. Iba de un modo regio: entre otras galas, llevaba un vestido bordado de

oro rojo, con dibujos de pájaros y flores. Y esto era el traje exterior, pues los interiores sólo Alah sería capaz de conocerlos y estimarlos en su verdadero mérito. En la garganta lucía un collar que suponía incalculables millares de dinares. Y cada una de sus piedras era de tal valor, que ningún mortal, ni el rey en persona, las había visto iguales.

En una palabra, Sett El-Hosn aparecía tan hermosa como la luna llena en la décimacuarta noche.

Y Hassán Badreddin seguía sentado entre el grupo de damas, causando la admiración de todas. Y la novia avanzó con un gracioso movimiento, dirigiéndose hacia el estrado. Entonces el jorobado se levantó y quiso besarla. Pero ella, horrorizada, lo rechazó y fué á colocarse rápidamente al lado del hermoso Hassán. ¡Y pensar que era su primo, y ella no lo sabía, lo mismo que él!

Y todas las damas se echaron á reir, principalmente cuando la novia se detuvo ante el hermoso Hassán, por el cual se sintió al instante abrasada en deseos, y exclamó, levantando al cielo las manos: «¡Alahumma! ¡Haz que este hermoso joven sea mi marido, y líbrame de ese palafrenero jorobado!»

Entonces, Hassán Badreddin, siguiendo las instrucciones del efrit, metió la mano en su bolsillo y la sacó llena de oro, echándoselo á puñados á las servidoras de Sett El-Hosn y á las cantoras y danzarinas, que exclamaron: «¡Ojalá poseas á la novia!» Y Badreddin correspondió con una gentil sonrisa á este deseo y á estas felicitaciones.

Y el jorobado se veía, durante esta escena, abandonado de todos, y hallábase solo, más feo que un mico. Y todas las personas que por casualidad se le acercaban, al pasar junto á él apagaban la vela en señal de burla. Y así permaneció algún tiempo, aburriéndose y poniéndose cada vez de peor humor. Y todas las damas se reían al mirarle, y le dirigían bromas escandalosas. Una le decía: «¡Mico, ya podrás masturbarte en seco y copular con el aire!» Otra le increpaba: «¡Mira! ¡Apenas abultas lo que el zib de nuestro buen amo! ¡Y tus dos jorobas son la medida exacta de sus compañeros!» Y decía una tercera: «Si te diese un golpe con su zib, irías á caer de trasero en la cuadra.» Y todo el mundo se reía.

La novia dió la vuelta al salón siete veces consecutivas, vestida cada una de diferente modo, y seguida por todas las damas, y se paraba á cada vuelta delante de Hassán Badreddin El-Bassrauí. Y cada traje nuevo era mucho más hermoso que el anterior, y cada aderezo infinitamente superior á los otros aderezos. Y mientras avanzaba lentamente la novia, las tañedoras hacían maravillas y las cantoras decían las canciones más apasionadamente amorosas y excitantes, y las danzarinas, acompañándose con las panderetas, saltaban como pájaros. Y Hassán Badreddin El-Bassrauí no dejaba de lanzar puñados de oro, esparciéndolo por todo el salón, y las mujeres se precipitaban á recogerlo para tocar algo que hubiera pasado por la mano

del joven. Y hasta hubo algunas que, aprovechándose de la hilaridad y la excitación generales, del sonar de los instrumentos y de la embriaguez de las canciones, se tumbaron en tierra, una encima de otra, para simular una copulación, contemplando á Hassán, que desde su asiento sonreía. Y el jorobado presenciaba todo esto muy desolado. Y su desolación aumentaba cada vez que veía á una de las mujeres volverse hacia Hassán, y con la mano tendida y bajada bruscamente, ofrecerle, por señas, la vulva; ó á otra agitar el dedo del corazón, guiñando el ojo; ó á otra menear las caderas retorciéndose, y dando con la mano derecha abierta en la izquierda cerrada; ó á otra, con ademán más lúbrico, golpearse las nalgas, y decirle al jorobado: «¡Lo catarás en tiempo de los albaricoques!» Y todo el mundo se reía.

Terminada la séptima vuelta, se acabó la boda, que había durado gran parte de la noche. Y las tañedoras dejaron de pulsar los instrumentos, las danzarinas y las cantoras se detuvieron, pasando con todas las damas por delante de Hassán, besándole la mano ó tocándole la orla del traje. Y todo el mundo le miraba al salir, haciéndole entender que no se moviera de aquel sitio. Y en efecto, sólo quedaron en el salón el joven Hassán, el jorobado y la novia con su servidumbre. Entonces las doncellas se llevaron á Sett El-Hosn á la estancia destinada á desnudarse, quitáronla uno por uno los vestidos, diciendo al caer cada prenda: «¡En nom-

bre de Alah!» para librarla del mal de ojo. Y después se fueron, dejándola sola con su vieja nodriza, que antes de conducirla á la cámara nupcial tenía que aguardar que entrase primero el novio jorobado.

Y el jorobado se levantó entonces de la tarima, y advirtiéndole que Hassán no se movía de su asiento, le dijo secamente: «En verdad, señor, que nos honraste mucho con tu presencia, colmándonos de beneficios esta noche. Pero ahora, para salir, no esperarás que te echen.» Entonces, el joven, que ignoraba lo que tenía que hacer, contestó: «¡En nombre de Alah!» Y levantándose salió. Pero apenas había franqueado los umbrales de la sala, se le apareció el efrit y le dijo: «¿Adónde vas, Badred-din? Detente y oye mis instrucciones. El jorobado acaba de marchar al retrete. Allí se las entenderá conmigo. Tú encamínate á la cámara nupcial, y cuando veas entrar á la novia, le dices: «Tu verdadero marido soy yo. El sultán, de acuerdo con tu padre, ha empleado esta estratagema por temor al mal de ojo. Y en cuanto al palafrenero, que es el más miserable de los palafreneros, para indemnizarle le están preparando en la caballeriza un buen jarro de leche cuajada para que refresque á tu salud.» Luego te acercarás á ella, y quitándole el velo, harás con su persona lo que debes hacer.» Y dicho esto, desapareció el efrit.

El jorobado había ido, efectivamente, al retrete para descargarse antes de entrar en la cámara de la novia. Y poniéndose de cuclillas sobre el már-

mol, comenzó su obra. Pero súbitamente el efrít tomó la forma de una rata y salió del agujero del retrete, dando gritos de rata: «¡Sik! ¡sik!» Y el jorobado dió una palmada para que huyese, y le chilló: «¡Hesch! ¡hesch!» Pero la rata empezó á crecer y se convirtió en un enorme gato de ojos feroces y brillantes, que rompió á maullar muy enfurecido. Después, como el jorobado prosiguiese en su operación, el gato fué creciendo, y se convirtió en un perro enorme, que se puso á ladrar: «¡Guau! ¡guau!» Entonces el jorobado comenzó á asustarse, y le dijo: «¡Marcha de ahí, monstruo!» Pero el perro, creciendo siempre, se convirtió en un borrico, que se puso á rebuznar en la misma cara del jorobado y á ventosear con un estrépito terrible. Y el jorobado, lleno de terror, sintió que todo su vientre se deshacía en diarrea, y apenas si pudo gritar: «¡Socorro! ¡socorro!» Y en seguida el borrico creció aún más y se transformó en un búfalo monstruoso, que obstruyó por completo la puerta del retrete para que no se le escapase, y el búfalo, esta vez, habló con voz de hombre, y dijo: «¡Caiga la desgracia sobre ti, jorobeta de mi trasero! ¡Eres el palafranero más inmundo!» Al oír estas palabras, sintió el jorobado que le invadía el frío de la muerte, y resbaló á medio vestir hasta el pavimento, y las mandíbulas se le entrechocaron, acabando el espanto por soldárselas. Entonces el búfalo gritó: «¡Jorobado de betún! ¿No has podido buscar otra mujer mas que á mi querida para atacarla con tu innoble herramienta?» Y el pa-

lafrenero, lleno de terror, no pudo articular palabra. Y el efrit le dijo: «¡Responde, ó te haré morder tus excrementos!» Entonces, el jorobado, todo tembloroso por esta terrible amenaza, pudo decir: «¡Por Alah! ¡Yo no tengo la culpa, pues sabe que me han obligado! Y además, ¡oh poderoso soberano de los búfalos! yo no iba á adivinar que la joven tuviese un búfalo por amante. Pero juro que me arrepiento y que pido perdón á Alah y á ti.» Entonces el efrit le dijo: «Vas á jurar por Alah que obedecerás mis órdenes.» Y el jorobado se apresuró á jurar, y el efrit le dijo: «Pasarás aquí la noche, hasta que salga el sol, y no te marcharás hasta esa hora. Pero sobre todo, no digas una palabra de esto, si no quieres que te rompa la cabeza en mil pedazos. Y no vuelvas á poner los pies en esta parte del palacio, ni á acercarte al harén, porque te repito que he de aplastarte la cabeza y hundirte en el pozo negro.» Y luego añadió: «Ahora voy á ponerte en una postura, y no te moverás hasta el amanecer.» Entonces el búfalo agarró con los dientes al palafranco y lo metió de cabeza en el agujero del retrete, sin dejarle fuera mas que los pies. Y le repitió: «¡Mucho cuidado con hacer ni un movimiento!» Y desapareció en seguida.

Y esto es todo lo que le acaeció al jorobado.

Por su parte, Hassán Badreddin El-Bassrauí, dejando que se las entendiesen el efrit y el jorobado, atravesó los aposentos particulares y entró en la cámara nupcial, yendo á sentarse en el testero. Y

apenas había llegado, apareció la recién casada apoyada en su nodriza, que se detuvo á la puerta, dejando entrar sólo á Sett El-Hosn. Y sin ver bien al que estaba en el testero, y creyendo hablar con el jorobado, le dijo la vieja: «¡Levántate, héroe valiente, coge á tu esposa y pórtate de una manera brillante! ¡Y ahora, hijos míos, Alah sea con vosotros!» Y la vieja se retiró.

Entonces entró muy desesperada Sett El-Hosn, y se decía: «¡Es preferible la muerte, antes que este jorobado inmundo!» Pero apenas hubo reconocido al maravilloso Badreddín, dió un grito de felicidad, y dijo: «¡Oh querido mío! ¡Qué amable fuiste aguardándome tanto tiempo! Pero ¿estás solo? ¡Oh, qué dicha tan grande! Te confieso que al verte en la sala junto á ese odioso jorobado, creí que os habíais asociado los dos para poseerme.» Y Badreddin contestó: «¡Oh mi señora! ¡qué pensaste! ¿Es posible que te toque ese maldito jorobado? Y ¿cómo íbamos á asociarnos para tal cosa?» Entonces Sett El-Hosn preguntó: «Pero en fin, ¿quién de los dos es mi marido: él ó tú?» Y Badreddin repuso: «¡Soy yo, querida mía! Se ha inventado esta farsa del jorobado para hacernos reir, y también para librarnos del mal de ojo; pues todas las damas han oído hablar de tu hermosura sin igual, y tu padre alquiló á ese palafranero para que conjurase el mal de ojo, gratificándole con diez dinares. Y ahora está en la caballeriza á punto de tragarse á nuestra salud un jarro de leche fresca bien cuajada.»

Al oír á Badreddin, Sett El-Hosn llegó al colmo de la alegría, y sonrió gentilmente y rompió á reír más gentilmente aún. Y luego, sin poder contenerse más, exclamó: «¡Por Alah, querido mío! ¡Poséeme! ¡Apriétame bien! ¡Ven en seguida á mi regazo!» Y como Sett El-Hosn se había despojado de las ropas interiores y estaba toda desnuda, sólo cubierta por una falda, cuando dijo: «¡Ven en seguida á mi regazo!», la levantó rápidamente hasta la altura de la vulva, mostrando en toda su magnificencia sus muslos y sus nalgas de jazmín. Y á la vista de los encantos de aquella carne de huri, Badreddin sintió que el deseo recorría todo su cuerpo y despertaba al niño dormido. Y levantándose apresuradamente, se desnudó, despojándose del calzón de innumerables pliegues y de la bolsa que contenía los mil dinares que le había dado el judío de Bassra, y la colocó en el diván, junto á los calzones, y luego se quitó el hermoso turbante y lo puso en una silla, cubriéndose con otro ligero de dormir que habían dejado allí para el jorobado, y sólo se quedó con la fina camisa de muselina de seda bordada de oro y con el ancho calzoncillo de seda azul, sujeto á la cintura por unos cordones con borlas de oro.

Y soltando estos cordones, abrazó á Sett El-Hosn, que le ofrecía todo su cuerpo. La levantó en alto, la tendió en la cama, y se echó sobre ella. Y agachado, abiertas las piernas, cogió los muslos de Sett El-Hosn, los atrajo hacia él y los separó. En seguida apuntó contra la ciudadela su ariete, que estaba ya

dispuesto. Empujó este ariete poderoso, hundiéndolo en la brecha, y la brecha cedió. Y Badreddin pudo entusiasmarse al comprobar que la perla no estaba perforada y que no había penetrado en ella más ariete que el suyo, ni la habían tocado siquiera con la punta de la nariz. Y comprobó también que aquel trasero bendito nunca había resistido el peso de un cabalgador.

Y en el colmo de la dicha, le arrebató la virginidad y se deleitó á su gusto con el sabor de aquella juventud. Y ataque tras ataque, el ariete funcionó quince veces seguidas, entrando y saliendo sin interrumpirse. Y todas ellas le parecieron deliciosas.

Y desde aquel instante, sin género de duda, quedó preñada Sett El-Hosn, según verás en lo que sigue, ¡oh Emir de los Creyentes!

Y cuando Badreddin acabó de hincar los quince clavos, dijo para sí: «¡Me parece que es bastante por ahora!» Y se tendió al lado de Sett El-Hosn, pasándole con suavidad la mano por debajo de la cabeza, y ella le rodeó también con su brazo, enlazándose ambos estrechamente, y antes de dormirse se recitaron estas estrofas admirables:

¡No temas nada! ¡Penetra tu lanza en el objeto de tu amor! ¡Y no hagas caso de los consejos del envidioso, pues no será el envidioso quien sirva á tus amores!

¡Piensa que el Clemente no creó más hermoso espectáculo que el de dos amantes entrelazados en la cama!

¡Míralos! ¡Ahí están, pegados uno á otro, cubiertos de bendiciones! ¡Sus manos y sus brazos les sirven de almohadas!

¡Cuando el mundo ve á dos corazones unidos por ardiente pasión, trata de herirlos con el acero frío!

• ¡Pero tú no hagas caso! ¡Cuando el Destino pone una beldad á tu paso, es para que la ames y para que con ella únicamente vivas!

Y esto es todo lo que acaeció á Hassán Badreddin y á Sett El-Hosn, la hija de su tío.

El efrit, por su parte, se apresuró á ir en busca de su compañera la efrita, y uno y otra admiraron á los dos jóvenes dormidos, asistiendo antes á sus juegos y contando los ataques del ariete. Luego el efrit dijo á la efrita: «Habrás visto, hermana, que tenía yo razón. Ahora debes cargar con el joven y llevarlo al mismo sitio de donde lo cogí, al cementerio de Bassra, en la *tourbeh* de su padre Nureddin. Y hazlo pronto, que yo te ayudaré, pues ya apunta el día y no es posible que dejemos así las cosas.» Entonces la efrita levantó al joven Hassán dormido, se lo echó áuestas, sin más ropa que la camisa, porque el calzoncillo se le había caído en uno de sus embates, y voló con él, seguida de cerca por el efrit. De improviso, durante esta carrera por el aire, al efrit le asaltaron ideas lúbricas respecto á la efrita, y quiso violarla yendo cargada con el hermoso Hassán. Y la efrita no se hubiese opuesto en otra ocasión, pero ahora temía por el joven. Ade-

más intervino, afortunadamente, Alah, enviando contra el efrit á unos ángeles, que le echaron encima una columna de fuego y lo abrasaron. Y la efrita y Hassán se vieron libres del terrible efrit, que acaso los hubiese desplomado desde aquella altura. ¡Porque el efrit es terrible en su copulación! Entonces la efrita descendió al suelo, hacia el mismo sitio donde había caído el efrit, con el cual habría copulado de no llevar á Hassán, por el que temía mucho la efrita.

Pero había escrito el Destino que el lugar donde la efrita depositara á Hassán Badreddin (por no atreverse á transportarlo ella sola más lejos) estaría muy próximo á la ciudad de Damasco, en el país de Scham (1). Y entonces la efrita llevó á Hassán muy cerca de una de las puertas de la ciudad, lo dejó suavemente en tierra y echó á volar otra vez.

Cuando llegó la aurora, abriéronse las puertas de la ciudad, y los que salieron de ella se asombraron ante aquel maravilloso joven dormido, sin más ropa que la camisa y con un gorro de dormir en la cabeza en vez de turbante. Y se decían unos á otros: «¡Es asombroso! ¡Mucho habrá tenido que velar para estar ahora dormido tan profundamente!» Y otros dijeron: «¡Alah, Alah! ¡Hermoso joven! ¡Dichosa y afortunada la mujer que con él se ha acostado! Pero ¿por qué estará completamente des-

(1) *Scham*: Siria. También se llama así á la ciudad de Damasco.

nudo?» Otros contestaron: «Probablemente, este pobre joven habrá pasado en la taberna más tiempo del preciso, y habrá bebido más de lo que pueda resistir. Y al regresar de noche, habrá encontrado cerradas las puertas, decidiéndose á dormir en el suelo.»

Pero mientras conversaban de este modo, se levantó la brisa matinal, y acariciando al hermoso joven, le alzó la camisa. ¡Y entonces se vió aparecer un vientre, un ombligo, unas piernas y unos muslos como de cristal! Y un zib y unos compañeros muy bien proporcionados. Y este espectáculo maravilló á las gentes, que admiraban todo aquello.

Despertó entonces Badreddin, y hallándose tumbado cerca de aquella puerta desconocida y rodeado por tantas personas, se sorprendió mucho, y exclamó: «¿Dónde estoy, buena gente? Os ruego que lo digáis. ¿Y por qué me rodeáis así? ¿Qué es lo que ocurre?» Y le contestaron: «Nos hemos detenido por el gusto de verte. Pero ¿no sabes que te hallas á las puertas de Damasco? ¿En dónde has pasado la noche, para estar completamente en cueros?» Y Hassán replicó: «¡Por Alah, buena gente! ¿qué me decís? He pasado la noche en El Cairo. ¿Y me decís que estoy en Damasco?» Entonces se echaron á reir todos, y uno de ellos dijo: «¡Ah, gran tragador de haschich!» Y dijeron otros: «Está loco, sin remedio. ¡Lástima que esté demente un joven tan hermoso!» Y otros añadieron: «Pero en fin, ¿qué historia es esa

con que has querido engañarnos?» Entonces Hassán Badreddin contestó: «¡Por Alah! ¡buena gente, yo no miento nunca! Os afirmo y repito que esta noche la he pasado en El Cairo, y la anterior en mi pueblo, que es Bassra.» Al oírle, uno gritó: «¡Qué cosa más sorprendente!» Otro dijo: «¡Está loco!» Y algunos se desternillaban de risa, dando palmadas. Y otros dijeron: «¿No es una verdadera lástima que un joven tan admirable haya perdido la razón? ¡Qué loco tan singular!» Y otro, más prudente, le dijo: «Hijo mío, vuelve en ti y no digas semejantes extravagancias.» Entonces Hassán contestó: «Sé muy bien lo que digo. Además, habéis de saber que anoche, en El Cairo, pasé una noche muy agradable como recién casado.» Entonces todos se convencieron de su locura. Y uno de ellos exclamó riéndose: «Ya veis que este pobre joven se ha casado en sueños. ¿Y qué tal es ese matrimonio? ¿Cuántos cayeron? ¿Era una hurí ó una ramera?» Pero Badreddin empezaba á enfadarse, y les dijo: «Pues sí que era una hurí, y no he copulado en sueños, sino quince veces entre sus muslos, y he ocupado el lugar de un asqueroso jorobado, y me he puesto su gorro de dormir, que es éste.» Y luego recapacitó un momento, y dijo: «Pero ¡por Alah! buena gente, ¿en dónde está mi turbante, y mis calzoncillos, y mi ropón, y mis calzones? Y sobre todo, ¿en dónde está mi bolsillo?»

Y Hassán se levantó y buscó su traje á su alrededor. Y entonces todos empezaron á guiñarse el

ojo y hacerse señas de que el joven estaba loco de remate.

Entonces el pobre Hassán se decidió á entrar en la ciudad tal como estaba, y tuvo que atravesar las calles y los zocos en medio de un gran cortejo de niños y de mayores, que gritaban: «¡Es un loco! ¡un loco!» Y el pobre Hassán ya no sabía qué hacer, cuando Alah, temiendo qué al hermoso joven le ocurriese algo, le hizo pasar por junto á una pastelería que acababa de abrirse. Y Hassán se refugió en la tienda, y como el pastelero era un hombre de puños, cuyas hazañas eran muy conocidas en la ciudad, la gente tuvo miedo y se retiró, dejando en paz al joven.

Cuando el pastelero, que se llamaba El-Hadj Abdalá, vió al joven Hassán Badreddin y pudo examinarle á su gusto, le maravilló su hermosura, sus encantos y sus dones naturales, y rebosante de cariño el corazón, le dijo: «¡Oh gentil mancebo! dime de dónde vienes. Nada temas; pero refiéreme tu historia, pues ya te quiero más que á mi misma vida.» Y Hassán contó entonces toda su historia al pastelero Hadj Abdalá, desde el principio hasta el fin.

Y el pastelero, profundamente maravillado, dijo á Hassán: «¡Oh mi joven señor Badreddin! En verdad que esa historia es muy sorprendente y muy extraordinario tu relato. Pero te aconsejo, hijo mío, que á nadie se lo cuentes, pues es peligroso hacer confidencias. Te ofrezco mi tienda, y vivirás conmigo hasta que Alah se digne dar término á las des-

gracias que te afligen. Además, yo no tengo hijos, y me darás mucho gusto si quieres aceptarme por padre. Yo te adoptaría como hijo.» Y Hassán respondió: «¡Aceptado! ¡sea según tu deseo!»

En seguida fué al zoco el pastelero, y compró trajes magníficos con que vestir al joven, y lo llevó á casa del kadí, y ante testigos prohió á Hassán Badreddin.

Y Hassán permaneció en la pastelería como hijo del amo, y cobraba el dinero de los parroquianos, y les vendía pasteles, tarros de dulce, fuentes llenas de crema y toda la confitería famosa de Damasco, y aprendió en seguida el oficio de pastelero, que le gustaba mucho, por las lecciones recibidas de su madre, la mujer del visir Nureddin, que preparaba pasteles y dulces delante de él cuando era niño.

Y como en toda la ciudad de Damasco fué elogiada la hermosura de Hassán, el gallardo joven de Bassra, hijo adoptivo del pastelero, la tienda de Hadj Abdalá llegó á ser la más frecuentada de todas las pastelerías de Damasco.

¡Y esto fué todo lo de Hassán Badreddin!

En cuanto á la recién casada Sett El-Hosn, hija del visir Chamseddin, he aquí lo que hubo de ocurrirle:

Cuando se despertó Sett El-Hosn, la mañana siguiente á la noche de sus bodas, no encontró á su lado al hermoso Hassán; pero figurándose que habría ido al retrete, le aguardó muy tranquila.

En aquel momento se presentó á saber de ella

su padre el visir Chamseddin. Llegaba muy inquieto. Estaba poseído de indignación por la injusticia del sultán obligándole á casar á la hermosa Sett El-Hosn con el palafranero jorobado. Y al entrar en las habitaciones de su hija, se dijo: «Como sepa que se ha entregado á ese inmundo jorobado, la mato.»

Golpeó en la puerta de la cámara nupcial y llamó: «¡Sett El-Hosn!» Y desde dentro ella contestó: «¡Ya voy á abrir, padre mío!» Y levantándose en seguida, abrió la puerta. Parecía más hermosa que de costumbre, y mostraba resplandeciente el rostro y el alma, satisfecha por haber sentido las briosas caricias de aquel hermoso ciervo. E inclinándose ante su padre con coquetería, le besó las manos. Pero su padre, al verla tan contenta, en lugar de encontrarla afligida por su unión con el jorobado, le dijo: «¡Ah, desvergonzada! ¿Cómo te atreves á mostrarte con esa cara de alegría, después de haber dormido con el horrendo jorobeta?» Y Sett El-Hosn, al oirlo, se echó á reir, y exclamó: «¡Por Alah, padre mío, dejémonos de bromas! Bastante tengo con haber sido la irrisión de todos los invitados, á causa de mi supuesto marido, ese jorobado que no vale ni la recortadura de una uña de mi verdadero esposo de esta noche. ¡Oh, qué noche! ¡Cuán llena de delicias junto á mi amado! Basta, pues, de bromas, padre mío. No me hables más del jorobado.» El visir temblaba de coraje escuchando á su hija, y sus ojos estaban azules de furor, y dijo: «¿Qué dices, desdichada? ¿No pasaste aquí la noche

con el jorobado?» Y ella contestó: «Por Alah sobre ti, ¡oh padre mío! No me hables más del jorobado. ¡Confúndalo Alah, á él, á su padre, á su madre y á toda su familia! Sabe de una vez que estoy enterada de la superchería que inventaste para defenderme del mal de ojo.» Y dió á su padre todos los pormenores de la boda y de cuanto le había ocurrido aquella noche, añadiendo: «¡Qué bien lo pasé sintiendo en mi regazo á mi adorado esposo, el hermoso joven de exquisitas maneras y espléndidos y negros ojos y de arqueadas cejas!»

Oído esto, gritó el visir: «Pero hija, ¿estás loca? ¿sabes lo que dices? ¿Dónde se halla el joven á quien llamas tu esposo?» Y Sett El-Hosn respondió: «Ha ido al retrete.» Entonces, el visir, muy alarmado, se precipitó afuera de la habitación, y corriendo hacia el retrete, se encontró al jorobado que seguía inmóvil, con los pies hacia arriba y la cabeza dentro del agujero. Estupefacto hasta más no poder, exclamó el visir: «¿Qué veo? ¿Eres tú, jorobeta?» Y como no le contestase, repitió esta pregunta en voz más alta. Pero el jorobado tampoco quiso contestar, porque seguía aterrado, creyendo que quien le hablaba era el efrit...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente



*PERO CUANDO LLEGÓ
LA 22.^a NOCHE*

Ella dijo:

He llegado á saber, ¡oh rey afortunado! que Giafar prosiguió así la historia contada al califa Harún Al-Rachid:

«El cobarde jorobeta, creyendo que le hablaba el efrit, tenía un miedo horrible, y no se atrevía á contestar. Entonces, muy enfurecido, el visir le increpó: «¡Respóndeme, jorobado maldito, ó te atravieso con este alfanje!» Y entonces el jorobado, sin sacar del agujero la cabeza, contestó desde dentro: «¡Por Alah! ¡Oh jefe de los efrits, tenme compasión! Te juro que te he obedecido, sin moverme de aquí en toda la noche.» Al oírle, el visir ya no supo qué pensar, y exclamó: «Pero ¿qué estás diciendo? No soy ningún efrit, sino el padre de la novia.» Y el jorobado, dando un gran suspiro, contestó entonces: «Pues márchate de aquí, que nada tengo que ver contigo. Y vete antes de que aparezca el terrible efrit, arrebatador de almas. Además, te odio, porque tú tienes la culpa de todas mis desdichas, al casarme con la querida de los búfalos, los asnos y los efrits. ¡Malditos seáis tú, tu hija y todos los que obran tan mal como vosotros!» Y el visir le dijo: «Pero ¿estás loco? Sal de ahí, para que escu-

che bien eso que acabas de contar.» Entonces el jorobado replicó: «Acaso esté loco; pero no lo estaré hasta el punto de moverme de este sitio sin permiso del terrible efrit. Porque me ha prohibido salir del agujero antes de que amanezca. Así, pues, vete y déjame en paz. Pero antes dime: ¿falta mucho para que salga el sol?» Y el visir, cada vez más perplejo, contestó: «¿Pero qué efrit es ese del cual hablas?» Y entonces el jorobado le contó la historia, su ida al retrete para hacer sus necesidades antes de entrar al cuarto de la desposada, la aparición del efrit bajo las diversas formas de rata, gato, perro, asno y búfalo, y por fin la prohibición hecha y el trato sufrido. Y terminado el relato, rompió á llorar.

Entonces el visir se acercó al jorobado, y tirándole de los pies le sacó del agujero. Y el jorobado, con la faz lastimosamente embadurnada de amarillo, gritó al visir: «¡Maldito seas tú, y maldita tu hija, la amante de los búfalos!» Y por temor de que se le apareciese de nuevo el efrit, echó á correr con todas sus fuerzas, dando alaridos y sin atreverse á volver la cara. Y llegó al palacio, y fué á ver al sultán, y le explicó su aventura con el efrit.

En cuanto al visir Chamseddin, regresó como loco al aposento de su hija Sett El-Hosn, y le dijo: «Hija mía, noto que pierdo la razón. Aclárame lo sucedido.» Entonces, Sett El-Hosn le dijo: «Sabe, ¡oh padre mío! que el joven encantador que logró

los honores de la boda durmió toda la noche conmigo, gozando mis primicias; y tendré un hijo seguramente. Y en prueba de lo que hablo, ahí en la silla tienes su turbante, sus calzones en el diván, y su calzoncillo en mi cama. Además, en sus calzones encontrarás algo que ha escondido y que yo no pude adivinar.» A estas palabras, se dirigió el visir hacia la silla, cogió el turbante, y le dió vueltas en todos sentidos para examinarlo bien, y luego exclamó: «¡Es un turbante como el de los visires de Bassra y de Mossul!» Después desenrolló la tela, y encontró un pliego que allí estaba cosido, y se apresuró á guardarlo, y examinó luego los calzones, encontrando en ellos el bolsillo con los mil dinares que el judío había dado á Hassán Badreddin. Y en el bolsillo había un papel, donde el judío había escrito lo siguiente: «Yo, comerciante de Bassra, declaro haber entregado la cantidad de mil dinares al joven Hassán Badreddin, hijo del visir Nureddin (á quien Alah haya recibido en Su misericordia), por el cargamento de la primera nave que arribe á Bassra.» Al leer el papel, el visir Chamseddin lanzó un grito y quedó desmayado. Cuando volvió en sí, se apresuró á abrir el pliego que había encontrado en el turbante, é inmediatamente conoció la letra de su hermano Nureddin. Y entonces empezó á llorar y á lamentarse, diciendo: «¡Pobre hermano mío! ¡pobre hermano mío!»

Y cuando se hubo calmado un poco, exclamó: «¡Alah es Todopoderoso!» Y dijo á Sett El-Hosn:

«¡Oh hija mía! ¿sabes el nombre de aquel á quien te has entregado esta noche? Pues es Hassán Badreddin, mi sobrino, el hijo de tu tío Nureddin. Y esos mil dinares son tu dote. ¡Alah sea loado!» Después recitó estas dos estrofas:

¡Vuelvo á encontrar sus huellas, y al instante me domina el deseo! ¡Y al recordar la mansión de la dicha, derramo todas las lágrimas de mis ojos!

Y pregunto y grito, sin lograr respuesta: «¿Quién me ha arrancado lejos de él? ¡Oh! ¡tenga piedad de mí el autor de mis desventuras, y permítame que vuelva!»

En seguida leyó cuidadosamente la Memoria de su hermano, y encontró relatada toda la vida de Nureddin y el nacimiento de su hijo Badreddin. Y quedó muy maravillado, sobre todo cuando contrastó las fechas anotadas por su hermano con las de su propio casamiento en El Cairo, y del nacimiento de Sett El-Hosn. Y vió que estas fechas concordaban perfectamente.

Y tanto hubo de asombrarse, que se apresuró á ir en busca del sultán para contarle la historia y mostrarle aquellos papeles. Y el sultán se asombró también de tal modo, que mandó á los escribas de palacio redactasen tan admirable historia para conservar la escrupulosamente en el archivo.

En cuanto al visir Chamseddin, marchó á su casa y esperó en compañía de su hija el regreso de su sobrino Hassán Badreddin. Pero acabó por darse

cuenta de que Hassán había desaparecido. Y no pudiendo explicarse la causa, se dijo: «¡Por Alah! ¡Qué aventura tan extraordinaria es esta aventura! No he conocido otra semejante...»

Al llegar á este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y discreta, interrumpió su relato, para no cansar al sultán Schahriar, rey de las islas de la India y de la China.



*PERO CUANDO LLEGÓ
LA 23.^a NOCHE*

Ella dijo:

He llegado á saber, ¡oh rey afortunado! que Giafar al-Barmakí, visir del rey Harún Al-Rachid, prosiguió de este modo la historia que contaba al califa:

«Cuando el visir Chamseddin se convenció de que su sobrino Hassán Badreddin había desaparecido, se dijo: «Puesto que el mundo está hecho de vida y de muerte, nada tan oportuno como que procure que mi sobrino Hassán encuentre á su regreso esta vivienda igual que la ha dejado.» Y el visir Chamseddin cogió un tintero, un cálamo y un pliego de papel, y anotó uno por uno todos los muebles y enseres de la casa, en esta forma: «Tal armario está en tal sitio; tal cortina en tal otro», y así sucesivamente. Cuando terminó, selló el papel

después de leérselo á su hija Sett El-Hosn, y lo guardó con mucho cuidado en la caja de los papeles. Después recogió el turbante, el gorro, los calzones, el ropón y el bolsillo, é hizo con todo ello un paquete, que guardó con el mismo esmero.

En cuanto á Sett El-Hosn, la hija del visir, quedó preñada efectivamente la primera noche de bodas, y á los nueve meses cumplidos parió un hijo tan hermoso como la luna y que se parecía á su padre en todo, en lo bello, lo gentil y lo perfecto. En seguida que nació lo lavaron las mujeres y le ennegrecieron los ojos con kohl. Después le cortaron el cordón umbilical, y lo confiaron á las criadas y á la nodriza. Y por su hermosura sorprendente se le llamó Agib (1).

Pero cuando el admirable Agib llegó, día por día, mes por mes y año por año, á cumplir los siete de su edad, su abuelo el visir Chamseddin le mandó á la escuela de un maestro muy famoso, recomendándoselo mucho á este maestro. Y Agib, acompañado diariamente del esclavo negro Said, eunuco de su padre, iba á la escuela para regresar á su casa al mediodía y al anochecer. Y así fué á la escuela durante cinco años, hasta cumplir los doce. Pero á todo esto los demás niños de la escuela no podían soportar á Agib, que les pegaba y les insultaba y les decía: «¿Cuál de vosotros puede compararse conmigo? Mi padre es el visir de Egipto.» Al

(1) Esto es: Maravilloso.

fin se reunieron los niños y fueron á quejarse al maestro contra la conducta de Agib. Y el maestro, al ver que sus exhortaciones al hijo del visir no daban resultado, sin atreverse á despedirle, por ser quien era, dijo á los otros niños: «Os voy á indicar una cosa que en cuanto se la digáis le impedirá volver á la escuela. Mañana á la hora del recreo os reuniréis todos en torno de Agib y os diréis los unos á los otros: «¡Por Alah! ¡Vamos á jugar á un juego maravilloso! Pero para jugarlo es preciso que diga en alta voz cada uno su nombre, y el nombre de su padre y de su madre. Pues el que no pueda decir el nombre de su padre y de su madre será considerado como hijo adulterino y no jugará con nosotros.»

Y aquella mañana, cuando Agib hubo llegado á la escuela, todos los niños se reunieron á su alrededor, y uno de ellos dijo; «¡Vamos á jugar á un juego maravilloso! Pero nadie podrá jugar sino con la condición de decir su nombre y los de sus padres. ¡Empecemos, uno á uno!» Y les guiñó el ojo.

Entonces avanzó uno de los niños, y dijo: «Me llamo Nahib, mi madre se llama Nahiba y mi padre Izeddin.» Y otro dijo: «Yo me llamo Naguib, mi madre se llama Gamila y mi padre se llama Mustafá.» Y el tercero y el cuarto y los otros se expresaron en la misma forma. Cuando le tocó el turno á Agib, dijo orgullosamente: «Yo soy Agib, mi madre se llama Sett El-Hosn y mi padre se llama Chamseddin, visir de Egipto.»

Pero todos los niños replicaron: «¡No, por Alah! ¡El visir no es tu padre!» Y Agib gritó enfurecido: «¡Alah os confunda! ¡El visir es mi padre!» Pero los niños comenzaron á reirse y á palmotear, y le volvieron la espalda, gritando: «¡Vete, vete! ¡No sabes cómo se llama tu padre! ¡Chamseddin no es tu padre, sino tu abuelo, el padre de tu madre! ¡No jugarás con nosotros!» Y los niños se desbandaron, riendo á carcajadas.

Entonces Agib sintió que se le oprimía el pecho y le ahogaban los sollozos. Y en seguida se le acercó el maestro, y le dijo: «Pero ¡cómo, Agib! ¿no sabías que el visir no es tu padre, sino tu abuelo, el padre de tu madre Sett El-Hosn? A tu padre, ni tú, ni nosotros, ni nadie le conoce. Porque el sultán había casado á Sett El-Hosn con un palafrenero jorobado, pero el tal no pudo acostarse con ella, y ha ido contando por toda la ciudad que la noche de su boda los efrits le habían encerrado á él, para dormir ellos con Sett El-Hosn. Y ha contado también historias asombrosas de búfalos, perros, borricos y otros seres semejantes. De modo, ¡oh mi querido Agib! que nadie sabe el nombre de tu padre. Sé, pues, humilde ante Alah y con tus compañeros, que te miran como á hijo adulterino. Considera que te hallas en la misma situación que un niño vendido en el mercado y que ignora quién es su padre. Sabe, pues, que el visir Chamseddin no es mas que tu abuelo, y que tu padre nadie lo conoce. Y en adelante procura ser modesto.»

Después de oir al maestro de escuela, Agib salió corriendo á casa de su madre Sett El-Hosn, llorando tanto, que no pudo al principio articular palabra. Entonces su madre empezó á consolarle, y viéndole tan conmovido, se le llenó el corazón de lástima, y le dijo: «¡Hijo mío, cuéntale á tu madre la causa de tu pena!» Y le besó y le acarició. Entonces el pequeño le dijo: «Dime, madre, ¿quién es mi padre?» Y Sett El-Hosn, muy asombrada, dijo: «¡Pues el visir!» Y Agib le contestó, ahogado por el llanto: «¡No; ese no es mi padre! ¡No me ocultes la verdad! ¡El visir es tu padre, pero no el mío! Si no me dices la verdad, con este puñal me mataré ahora mismo.» Y Agib le repitió á su madre las palabras del maestro de escuela.

Entonces, al recordar á su primo y marido, la hermosa Sett El-Hosn recordó también su primera noche de bodas y la belleza y encantos del maravilloso Hassán Badreddin El-Bassrauí, y lloró muy emocionada, suspirando estas estrofas:

¡Encendió el deseo en mi corazón, y se ausentó muy lejos! ¡Y se ausentó hacia lo más distante de nuestra morada!

¡Mi pobre razón no he de recobrarla hasta que él vuelva! ¡Y aguardándole, he perdido asimismo el sueño reparador y toda la paciencia!

¡Me abandonó, y con él me abandonó la dicha, arrebatándome la tranquilidad! ¡Y desde entonces perdí todo reposo!

¡Me dejó, y las lágrimas de mis ojos lloran su ausencia, y al correr, sus arroyos llenan los mares;

Que no pasa un día sin que mi deseo me empuje hacia él y palpita mi corazón con el dolor de su ausencia;

Por eso su imagen se alza frente á mí, y al mirarla, aumentan mi cariño, mi anhelo y mis recuerdos!

¡Oh! ¡Su imagen amada es siempre lo primero que se presenta á mis ojos en la primera hora de la mañana! ¡Y así ha de ser siempre, pues no tengo otro pensamiento ni otros amores!

Después prosiguió en sus sollozos. Y Agib, viendo llorar á su madre, se echó á llorar también. Y mientras los dos estaban llorando, entró en la habitación el visir Chamseddin, que habia oído los llantos y las voces. Y al ver cómo lloraban, se le oprimió el corazón, y dijo muy alarmado: «Hijos míos, ¿por qué lloráis así?» Entonces Sett El-Hosn le refirió la aventura de Agib con los chicos de la escuela. Y el visir, al oírla, se acordó de todas las desventuras pasadas, las que le habian ocurrido á él, á su hermano Nureddin, á su sobrino Hassán Badreddin, y por último á su nieto Agib, y al reunir todos estos recuerdos no pudo menos de llorar también. Y se fué muy desesperado en busca del emir, y le contó lo que pasaba, diciéndole que aquella situación no podía durar, ni por su buen nombre ni por el de sus hijos; y le pidió su venia para partir hacia los países de Levante, y llegar á la ciudad de Bassra, en donde pensaba encontrar á su sobri-

no Hassán Badreddin. Rogó asimismo que el sultán le escribiera unos decretos que le permitiesen realizar por los países las gestiones necesarias para encontrar y atraerse á su sobrino. Y como no cesaba en su amargo llanto, se enterneció el sultán y le concedió los decretos. Y después de darle gracias mil veces y hacer votos por su engrandecimiento, prosternándose ante él y besando la tierra entre sus manos, el visir se despidió. Inmediatamente hizo los preparativos para la marcha y partió con su hija Sett El-Hosn y con Agib.

Anduvieron el primer día y el segundo y el tercero, y así sucesivamente, en dirección á Damasco, y por fin llegaron sin dificultad á Damasco. Y se detuvieron cerca de las puertas, en el meidán de Hasba, donde armaron sus tiendas para descansar dos días antes de seguir el camino. Y les pareció Damasco una ciudad admirable, llena de árboles y aguas corrientes, siendo en realidad como la cantó el poeta:

¡He pasado un día y una noche en Damasco! ¡Damasco! ¡Su creador juró no hacer en adelante nada parecido!

¡La noche cubre amorosamente á Damasco con sus alas! ¡Y cuando llega el día, tiende por encima la sombra de sus árboles frondosos!

¡El rocío en las ramas de estos árboles no es rocío, sino perlas, perlas que caen como copos de nieve á merced de la brisa que las empuja!

¡En sus bosques luce la Naturaleza todas sus galas: el ave da su lectura matutina; el agua es como una página blanca abierta; la brisa responde y escribe lo que dicta el ave, y las blancas nubes derraman gotas para la escritura!

La servidumbre del visir fué á visitar la ciudad y sus zocos para comprar lo que necesitaban y vender las cosas traídas de Egipto. Y no dejaron de bañarse en los hammams famosos, y entraron en la mezquita de los Bani-Ommiah (1), situada en el centro de la población, y que no tiene igual en todo el mundo.

Agib marchó también á la ciudad para distraerse, acompañado de su fiel eunuco Said. Y el eunuco le seguía muy próximo y llevaba en la mano un látigo capaz de matar á un camello, pues sabía la fama que tienen los habitantes de Damasco, y con aquel látigo quería impedirles acercarse á su amo el hermoso Agib. Y efectivamente, no se engañaba, pues apenas hubieron visto al hermoso Agib, los habitantes de Damasco se percataron de lo encantador y gracioso que era, hallándole más suave que la brisa del Norte, más delicioso que el agua fresca para el paladar del sediento y más grato que la salud para el convaleciente. Y en seguida la gente de la calle, de las casas y de las tiendas siguieron á Agib, sin dejarle, á pesar del látigo del eunuco.

(1) Los Bani-Ommiah, ú Omniadas, dinastía de califas en Damasco.

Y otros corrían para adelantarse y se sentaban en el suelo, á su paso, para contemplarle más tiempo y mejor. Al fin, por voluntad del Destino, Agib y el eunuco llegaron á una pastelería, donde se detuvieron para escapar de tan indiscreta muchedumbre.

Y precisamente aquella pastelería era la de Hassán Badreddin, padre de Agib. Había muerto el anciano pastelero que adoptó á Hassán, y éste había heredado la tienda. Y aquel día Hassán estaba ocupado en preparar un plato delicioso con granos de granada y otras cosas azucaradas y sabrosas. Y cuando vió pararse á Agib y al eunuco, quedó encantado con la hermosura de Agib, y no solamente encantado, sino conmovido con una emoción cordial y extraordinaria, que le hizo exclamar lleno de cariño: «¡Oh mi joven señor! Acabas de conquistar mi corazón y reinas para siempre en lo íntimo de mi ser, sintiéndome atraído hacia ti desde el fondo de mis entrañas. ¿Quieres honrarme entrando en mi tienda? ¿Quieres hacerme la merced de probar mis dulces, sencillamente por piedad?» Y Hassán, al decir esto, sentía que, sin poder remediarlo, sus ojos se arrasaban en lágrimas, y lloró mucho al recordar entonces su pasado y su situación presente.

Y cuando Agib oyó las palabras de su padre, se le enterneció también el corazón, y volviéndose hacia el esclavo, le dijo: «¡Said! Este pastelero me ha enternecido. Se me figura que ha de tener algún

hijo ausente y que yo le recuerdo este hijo. Entre-
mos, pues, en su tienda para complacerle, y probe-
mos lo que nos ofrece. Y si aliviarnos con esto su
pena, es probable que Alah se apiade á su vez de
nosotros y haga que logren buen éxito las pesqui-
sas para encontrar á mi padre.»

Pero Said, al oir á Agib, exclamó: «¡Oh mi se-
ñor, no hagamos eso! ¡Por Alah! ¡De ningún modo!
No es propio del hijo de un visir entrar en una pas-
telería del zoco, y menos todavía comer pública-
mente en ella. ¡Oh! ¡No puede ser! Si lo haces por
temor á estas gentes que te siguen, y por eso quie-
res entrar en esa tienda, ya sabré yo espantarlas
y defenderte con mi látigo. ¡Pero lo que es entrar
en la pastelería, en modo alguno!»

Y Hassán Badreddin se afectó muchísimo al oir
al eunuco. Y luego, volviéndose hacia él, con los
ojos llenos de lágrimas, le dijo: «¡Oh eunuco! ¿Por
qué no quieres apiadarte y darme el gusto de entrar
en mi tienda? ¡Porque tú, como la castaña, eres ne-
gro por fuera, pero por dentro blanco! Y te han elo-
giado todos nuestros poetas en versos admirables,
hasta el punto de que puedo revelarte el secreto de
que aparezcas tan blanco por fuera como por den-
tro lo eres.» Entonces el buen eunuco se echó á
reír á carcajadas, y exclamó: «¿Es de veras? ¿Pue-
des hacerlo así? ¡Por Alah, apresúrate á decírme-
lo!» En seguida Hassán le recitó estos versos admi-
rables en loor de los eunucos:

¡Su cortesía exquisita, la dulzura de sus modales y su noble apostura han hecho de él el guardián respetado de las casas de los reyes!

¡Y para el harén, qué servidor tan incomparable! ¡Tal es su gentileza, que los ángeles del cielo bajan á su vez para servirle!

Estos versos eran, efectivamente, tan maravillosos y tan oportunos, y fueron tan admirablemente recitados por Hassán, que el eunuco se conmovió y se sintió halagadísimo, hasta el punto de que, cogiendo de la mano á Agib, entró con él en la tienda.

Entonces Hassán Badreddin llegó al colmo de la alegría y se apresuró á hacer cuanto pudo para honrarlos. Cogió un tazón de porcelana de los más ricos, lo llenó de granos de granada preparados con azúcar y almendras mondadas, perfumado todo deliciosamente y muy en su punto, y lo presentó sobre la más suntuosa de sus bandejas de cobre repujado. Y al verlos comer con manifiesta satisfacción, se sintió muy halagado y muy complacido: «¡Oh, qué honor para mí! ¡Qué fortuna la mía! ¡Que os sea tan agradable como provechoso!»

Agib, después de probar los primeros bocados, invitó á sentarse al pastelero, y le dijo: «Puedes quedarte con nosotros y comer con nosotros. Porque Alah lo tendrá en cuenta, haciendo que encontremos al que buscamos.» Y Hassán Badreddin se apresuró á replicar: «Pero ¡cómo, hijo mío! ¿Acaso lamentas ya, siendo tan joven, la pérdida de un ser

querido?» Y Agib contestó: «¡Oh buen hombre! ¡La ausencia de un ser querido ha destrozado ya mi corazón! ¡Y ese ser por quien lloro es nada menos que mi padre! Porque mi abuelo y yo hemos abandonado nuestro país para recorrer todas las comarcas en su busca.» Y Agib, al recordar su desgracia, rompió á llorar, mientras que Badreddin, emocionado por aquel dolor, lloraba también. Y hasta el eunuco inclinó la cabeza en señal de sentimiento. Sin embargo, hicieron los honores al magnífico tazón de granada perfumada, dispuesta con tanto arte. Y comieron hasta la saciedad, pues tan exquisita estaba.

Pero como apremiaba el tiempo, Hassán no pudo saber más, porque el eunuco hizo que Agib partiese con él hacia las tiendas del visir.

Y apenas se hubo marchado Agib, Hassán sintió que su alma se iba con él, y no pudo sustraerse al deseo de seguirle. Cerró en seguida su tienda, y sin sospechar que Agib era su hijo, marchó á buen paso, para alcanzarles antes de que hubiesen traspuesto la puerta principal de la ciudad.

Entonces el eunuco se apercibió de que el pastelero les seguía, y volviéndose hacia él, le dijo: «Pastelero, ¿por qué nos sigues?» Y Badreddin respondió: «Tengo que despachar un asunto fuera de la ciudad, y he querido alcanzarlos para que vayamos juntos y regresar después en seguida. Además, vuestra partida me ha arrancado el alma del cuerpo.»

Estas palabras indignaron profundamente al eunuco, que exclamó: «¡Parece que va á salirnos muy caro el dichoso dulce! ¡Qué maldito tazón! ¡Este hombre nos lo va á amargar! ¡Y he aquí que ahora nos seguirá á todas partes!» Entonces, Agib, al volverse y ver al pastelero, se puso muy colorado, y balbuceó: «¡Déjalo, Said, que el camino de Alah es libre para todos los musulmanes!» Y añadió después: «Si viene hasta las tiendas, ya no habrá duda de que nos persigue, y entonces lo echaremos.» Y dicho esto, Agib bajó la cabeza y continuó andando, y el eunuco marchaba á pocos pasos detrás de él.

En cuanto á Hassán, no dejó de seguirles hasta el meidán de Hasba, donde estaban las tiendas. Y entonces Agib y el eunuco se volvieron, viéndole á pocos pasos detrás de ellos. Y esta vez acabó por enfadarse Agib, temiendo que el eunuco se lo contase todo á su abuelo: ¡que Agib había entrado en una pastelería y que el pastelero había seguido á Agib! Y asustado de que esto ocurriese, cogió una piedra y volvió á mirar á Hassán, que seguía inmóvil, contemplándole siempre con una extraña luz en los ojos. Y Agib, sospechando que esta llama de los ojos del pastelero era una llama equívoca, se puso aún más furioso y lanzó con toda su fuerza la piedra contra él, hiriéndole de gravedad en la frente. Después, Agib y el eunuco huyeron hacia las tiendas. En cuanto á Hassán Badreddin, cayó al suelo, desmayado y con la cara cubierta de sangre. Pero afortunadamente no tardó en volver en

si, se restañó la sangre, y con un trozo de su turbante se vendó la herida. Después comenzó á reconvenirse de este modo: «¡Verdaderamente, toda la culpa la tengo yo! He procedido muy mal al cerrar la tienda y seguir á ese hermoso muchacho, haciéndole creer que le acosaba con fines sospechosos.» Y suspiró después: «¡Alah karim!» (1). Luego regresó á la ciudad, abrió la tienda y siguió preparando sus pasteles y vendiéndolos como antes hacia, pensando siempre, lleno de dolor, en su pobre madre, que en la ciudad de Bassra le había enseñado desde muy niño las primeras lecciones del arte de la pastelería. Y se puso á llorar, y para consolarse, recitó esta estrofa:

*¡No pidas justicia al infortunio! ¡Sólo hallarás el
desengaño! ¡Porque el infortunio jamás te hará justicia!*

En cuanto al visir Chamseddin, tío del pastelero Hassán Badreddin, transcurridos los tres días de descanso en Damasco, dispuso que levantasen el campamento del meidán, y continuando su viaje á Bassra, siguió el camino de Homs, luego el de Hama y por fin el de Alepo. Y en todas partes hacía investigaciones. De Alepo marchó á Mardin, después á Mossul y luego á Diarbekir. Y llegó por último á la ciudad de Bassra.

Entonces, apenas hubo descansado, se apresuró

(1) ¡Dios es generoso!

á presentarse al sultán de Bassra, que le recibió con mucha amabilidad, preguntándole el motivo de su viaje. Y Chamseddin le relató toda la historia, y le dijo que era hermano de su antiguo visir Nureddin. Y al oír el nombre de Nureddin exclamó el sultán: «¡Alah lo tenga en su gracia!» Y añadió: «Efectivamente, Nureddin fué mi visir, y lo quise mucho, y murió hace quince años. Y dejó un hijo llamado Hassán Badreddin, que era mi favorito predilecto; mas un día desapareció, y no hemos vuelto á saber de él. Pero en Bassra está todavía su madre, la esposa de tu hermano, é hija de mi antiguo visir, el antecesor de Nureddin.

Esta noticia colmó de alegría á Chamseddin, que dijo: «¡Oh rey! ¡Quisiera ver á mi cuñada!» Y el rey lo consintió.

Chamseddin corrió á casa de su difunto hermano inmediatamente después de haber averiguado las señas. Y no tardó en llegar, pensando durante todo el camino en Nureddin, muerto lejos de él, con la tristeza de no poder abrazarle. Y llorando, recitó estas dos estrofas:

¡Oh! ¡Vuelva yo á la morada de mis antiguas noches! ¡Logre yo besar sus paredes!

¡Pero no es el amor á estos muros de la casa querida el que me ha herido en mitad del corazón, sino el amor al que en ella vivía!

Atravesó Chamseddin la puerta principal, lle-

gando á un gran patio, en cuyo fondo se alzaba la morada. La puerta era una maravilla de arcadas de granito, embellecida con mármoles de todos los colores. En el umbral, sobre una magnífica losa de mármol, vió el nombre de su hermano Nureddin grabado con letras de oro. Se inclinó para besar aquel nombre, y se afectó mucho, recitando estas estrofas:

¡Todas las mañanas pido noticias tuyas al sol que sale! ¡Y todas las noches se las pido al relámpago que brilla!

¡Cuando duermo, hasta cuando duermo, el deseo, el aguijón del deseo, el peso del deseo, la sierra afilada del deseo, trabaja en mí! ¡Y nunca clamo estos dolores!

¡Oh dulce amigo! ¡No prolongues más la dura ausencia! ¡Mi corazón está destrozado, cortado en pedazos, por el dolor de esta ausencia!

¡Oh! ¡Qué día bendito, qué día tan incomparable sería aquel en que al fin pudiéramos reunirnos!

¡Pero no temas que por tu ausencia se haya llenado mi corazón con el amor de otro! ¡Mi corazón no es bastante grande para encerrar otro amor!

Después entró Chamseddin en la casa y atravesó varios aposentos, hasta llegar á aquel en que estaba generalmente su cuñada, la madre de Hassán Badreddin El-Bassrauí.

Desde la desaparición de su hijo, se había encerrado en aquella estancia, y allí pasaba días y no-

ches en continuo llanto. Y había mandado construir en medio de la habitación un pequeño edificio con su cúpula, para que figurase la tumba de su pobre hijo, al cual creía muerto desde mucho tiempo atrás. Y allí dejaba transcurrir entre lágrimas su vida, y allí, extenuada por el dolor, abatía la cabeza aguardando la muerte.

Al llegar junto á la puerta, Chamseddin oyó á su cuñada, que con voz doliente recitaba estos versos:

¡Oh tumba! ¡Dime, por Alah, si han desaparecido la hermosura y los encantos de mi amigo! ¿Se desvaneció para siempre el magnífico espectáculo de su belleza?

¡Oh tumba! No eres seguramente el jardín de las delicias ni el elevado cielo; pero dime, ¿cómo veo resplandecer dentro de ti la luna y florecer el ramo?

Entonces entró el visir Chamseddin, saludó á su cuñada con el mayor respeto, y la enteró de que era el hermano de su esposo Nureddin. Después le refirió toda la historia, haciéndole saber que Hasán, su hijo, se había acostado una noche con su hija Sett El-Hosn y había desaparecido por la mañana, y Sett El-Hosn quedó preñada y parió á Agib. Después añadió: «Agib ha venido conmigo. Es tu hijo, por ser el hijo de tu hijo y mi hija.»

La viuda, que hasta aquel momento había estado sentada, como una mujer de riguroso luto que renunciaba á los usos sociales, al saber que vivía su hijo y

que su nieto estaba allí y tenía delante á su cuñado el visir de Egipto, se levantó apresuradamente y se echó á los pies de Chamseddin, besándoselos, y recitó en honor suyo estas estrofas:

¡Por Alah! ¡Colma de beneficios á aquel que acaba de anunciarme esta nueva feliz, pues para mí es la noticia más dichosa y mejor de cuantas pueden oírse!

¡Y si le agradan los regalos, puedo hacerle el de un corazón desgarrado por las ausencias!

El visir ordenó que buscasen en seguida á Agib, y cuando éste se presentó, su abuela se abrazó á él llorando. Y Chamseddin le dijo: «¡Oh mi señora! No es el momento de llorar, sino de que prepares tu viaje á Egipto en compañía de nosotros. ¡Y quiera Alah reunirnos con tu hijo y sobrino mío Hassán!» Y la abuela de Agib respondió: «Escucho y obedezco.» Y en el mismo instante fué á disponer todas las cosas necesarias, y los víveres, y toda su servidumbre, no tardando en hallarse dispuesta.

Entonces el visir Chamseddin fué á despedirse del sultán de Bassra. Y el sultán le entregó muchos regalos para él y para el sultán de Egipto. Después, Chamseddin, las dos damas y Agib emprendieron la marcha acompañados de todo su séquito.

Y no se detuvieron hasta llegar nuevamente á Damasco. Hicieron alto en la plaza de Kânun, armaron las tiendas, y el visir dijo: «Ahora nos detendremos en Damasco toda una semana, para tener

tiempo de comprar regalos como se los merece el sultán de Egipto.»

Y mientras el visir recibía á los ricos mercaderes que habían acudido para ofrecerle sus géneros, Agib dijo al eunuco: «Baba Said, tengo ganas de distraerme un rato. Vámonos al zoco para saber qué novedades hay y qué le ocurrió á aquel pastelero cuyos dulces nos comimos, y teniendo que agradecerle su hospitalidad le pagamos partiéndole la cabeza de una pedrada. Realmente, le volvimos mal por bien.» Y el eunuco respondió: «Escucho y obedezco.»

Entonces Agib y el eunuco abandonaron el campamento, porque Agib obraba con un ciego impulso, como movido por un cariño filial inconsciente. Llegados á la ciudad, anduvieron por todos los zocos hasta que encontraron la pastelería. Y era la hora en que los creyentes marchaban á la mezquita de los Bani-Ommiah para la oración del *asr*.

Y precisamente en dicho momento estaba Hassán Badreddin en su tienda, ocupado en confeccionar el mismo plato delicioso de la otra vez: granos de granada con almendras, azúcar y perfumes en su punto. Y entonces Agib pudo observar al pastelero, y ver en su frente la cicatriz de la pedrada con que le había herido. Y se le enterneció más el corazón, y le dijo: «¡Oh pastelero, la paz sea contigo! El interés que me inspiras me hace venir á saber de ti. ¿No me recuerdas?» Y apenas lo vió Hassán, se le conmovieron las entrañas, le palpitó

el corazón desordenadamente, abatió la cabeza hacia el suelo, y su lengua, pegada al paladar, le impedía decir palabra. Por fin hubo de levantar la vista hacia el muchacho, y sumisa y humildemente recitó estas estrofas:

¡Pensé reconvenir á mi amante, pero en cuanto le vi lo olvidé todo, y no pude dominar mi lengua ni mis ojos!

¡He callado y bajé los ojos ante su apostura imponente y altiva, y quise disimular lo que sentía, pero no lo pude conseguir!

¡He aquí cómo, después de haber escrito pliegos y pliegos de reconvenciones, al hallarle ante mí me fué imposible leer ni una palabra!

Luego añadió: «¡Oh mis señores! ¿Queréis entrar sólo por condescendencia y probar este plato? Porque, ¡por Alah! apenas te he visto, ¡oh lindo muchacho! mi corazón se ha inclinado hacia tu persona, como la otra vez. Y me arrepiento de haber cometido la locura de seguirte.» Y Agib contestó: «¡Por Alah, que eres un amigo peligroso! Por unos dulces que nos diste, estuvo en poco que nos comprometieras. Pero ahora no entraré, ni comeré nada en tu casa, como no jures que no saldrás detrás de nosotros como la otra vez. Y sabe que de otra manera nunca volveremos aquí, porque vamos á pasar toda la semana en Damasco, á fin de que mi abuelo pueda comprar regalos para el sultán.» Entonces Badreddin exclamó: «¡Lo juro ante vos-

otros!» Y en seguida Agib y el eunuco entraron en la tienda, y Badreddin les ofreció al instante una terrina de granos de granada, su deliciosa especialidad. Y Agib le dijo: «Ven, y come con nosotros. Y así puede que Alah conceda el éxito á nuestras pesquisas.» Y Hassán se sintió muy feliz al sentarse frente á ellos. Pero no dejaba ni un instante de contemplar á Agib. Y lo miraba de un modo tan extraño y persistente, que Agib, cohibido, le dijo: «¡Por Alah! ¡Qué enamorado tan pesado y tan molesto eres! Ya te lo dije la otra vez. No me mires de esa manera, pues parece que quieras devorar mi cara con tus ojos.» Y á sus frases respondió Badreddin con estas estrofas:

¡En lo más profundo de mi corazón hay para ti un secreto que no puedo revelar, un pensamiento íntimo y oculto que nunca traduciré en palabras!

¡Oh tú, que humillas á la brillante luna, orgullosa de su belleza! ¡oh tú, rostro radiante, que avergüenzas á la mañana y á la resplandeciente aurora!

¡Te he consagrado un culto mudo; te dediqué, ¡oh vaso selecto! un signo mortal y unos votos que de continuo se acrecientan y embellecen!

¡Y ahora ardo y me derrito por completo! ¡Tu rostro es mi paraíso! ¡Estoy seguro de morir de esta sed abrasadora! ¡Y sin embargo, tus labios podrían apagarla y refrescarme con su miel!

Terminadas estas estrofas, recitó otras no menos

admirables, pero en otro sentido, dirigidas al eunuco. Y así estuvo diciendo versos durante una hora, tan pronto dedicados á Agib como al esclavo. Y luego que sus huéspedes se hubieron saciado, Hasán se levantó á fin de traerles lo indispensable para que se lavasen. Y al efecto les presentó un hermoso jarro de cobre muy limpio; les echó agua perfumada en las manos y se las limpió después con una hermosa toalla de seda que le pendía de la cintura. Y en seguida les roció con agua de rosas, sirviéndose de un aspersorio de plata que guardaba cuidadosamente en el estante más alto de su tienda, sacándolo nada más que en las ocasiones solemnes. Y no contento aún, salió un instante para volver en seguida, trayendo en la mano dos alcarrazas llenas de sorbete de agua de rosas, y les ofreció una á cada uno, diciendo: «Aceptadlo y coronad así vuestra condescendencia.» Entonces Agib cogió una alcarraza y bebió, y luego se la entregó al eunuco, que bebió y se la entregó otra vez á Agib, que bebió y se la volvió á entregar al esclavo, y así sucesivamente, hasta que llenaron bien el vientre y se vieron hartos como nunca lo habían estado en su vida. Y por último, dieron las gracias al pastelero, y se retiraron muy de prisa para llegar al campamento antes de que se ocultase el sol.

Y llegados á las tiendas, Agib se apresuró á besar la mano á su abuela y á su madre Sett El-Hosn. Y la abuela le dió otro beso, acordándose de su hijo

Badreddin, y hubo de suspirar y llorar mucho. Y después recitó estas dos estrofas:

¡Si no tuviese la esperanza de que los objetos separados han de reunirse algún día, nada habría aguardado ya desde que te fuiste!

¡Pero hice el juramento de que no entraría en mi corazón más amor que el tuyo! ¡Y Alah mi señor, que conoce todos los secretos, puede atestiguar que lo he cumplido!

Después le dijo á Agib: «Hijo mío, ¿por dónde estuviste?» Y él contestó: «Por los zocos de Damasco.» Y ella dijo: «Ya debes tener mucho apetito.» Y se levantó y le trajo una terrina llena del famoso dulce de granada, deliciosa especialidad en que era muy diestra, y cuyas primeras nociones había dado á su hijo Badreddin siendo él muy niño.

Y ordenó al eunuco: «Puedes comer con tu amo Agib.» Y el eunuco, haciendo muecas, se decía: «¡Por Alah! ¡Maldito el apetito que tengo! ¡No podré comer ni un bocado!» Pero fué á sentarse junto á su señor.

Y Agib, que se había sentado también, se encontraba con el estómago lleno de cuanto había comido y bebido en la pastelería. Sin embargo, tomó un poco de aquel dulce, pero no pudo tragarlo por lo hartó que estaba. Además le pareció muy poco azucarado. Y en realidad no era así ni mucho menos. Porque la culpa era de él, pues no podía estar

más ahito de lo que estaba. Así es que, haciendo un gesto de repugnancia, dijo á su abuela: «¡Oh abuela! Este dulce no está bien hecho.» Y la abuela, despechada, exclamó: «¿Cómo te atreves á decir que no están bien hechos mis dulces? ¿Ignoras que no hay en el mundo quien me iguale en el arte de la repostería y la confitería, como no sea tu padre Hassán Badreddin, y eso porque yo le enseñé?» Pero Agib repuso: «¡Por Alah, abuela, que á este plato le falta algo de azúcar! No se lo digas á mi madre ni á mi abuelo; pero sabe que acabamos de comer en el zoco, donde nos ha obsequiado un pastelero, ofreciéndonos este mismo plato. ¡Ah! ¡sólo su perfume ensanchaba el corazón! Y su saber delicioso habría despertado el apetito de un enfermo. Y realmente, este plato preparado por ti no se le puede comparar ni con mucho, abuela mía.»

Y la abuela, enfurecida al oír estas palabras, lanzó una terrible mirada al eunuco Said y le dijo...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Entonces, su hermana, la joven Doniazada, le dijo: «¡Oh hermana mía! ¡Cuán dulces y agradables son tus palabras, y cuán delicioso y encantador ese cuento!»

Y Schahrazada sonrió y dijo: «Sí, hermana mía; pero nada vale comparado con lo que os contaré la próxima noche, si vivo aún, por merced de Alah y gusto del rey.»

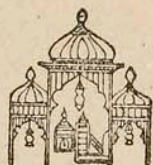
Y el rey dijo para sí: «¡Por Alah! No la mataré

antes de oír la continuación de su historia, pues realmente es una historia en extremo asombrosa y extraordinaria.»

Después el rey Schahriar y Schahrazada pasaron enlazados el resto de la noche, hasta que salió el sol.

Inmediatamente el rey Schahriar fué á la sala de sus justicias, y se llenó el diván con la multitud de visires, chambelanes, guardias y gente de palacio. Y el rey juzgó y dispuso nombramientos y destituciones, y gobernó y despachó los asuntos pendientes, hasta que hubo acabado el día.

Y luego se levantó el diván, regresó el rey al palacio, y cuando llegó la noche fué á buscar á Schahrazada, la hija del visir, y no dejó de hacer con ella su cosa acostumbrada.



Y ERA LA 24.^a NOCHE

Y la joven Doniazada, en cuanto se hubo terminado la cosa, se apresuró á levantarse del tapiz y dijo á Schahrazada:

«¡Oh hermana mía! Te suplico que termines ese cuento tan hermoso de la historia del bello Hassán Badreddin y de su mujer, la hija de su tío Chamseddin. Estabas precisamente en estas palabras: «La abuela lanzó una terrible mirada al eunuco Said, y le dijo...» ¿Qué le dijo?»

Y Schahrazada, sonriendo á su hermana, repuso: «La proseguiré de todo corazón y buena voluntad, pero no sin que este rey tan bien educado me lo permita.»

Entonces, el rey, que aguardaba impaciente el final del relato, dijo á Schahrazada: «Puedes continuar.»

Y Schahrazada dijo:

He llegado á saber, ¡oh rey afortunado! que la abuela de Agib se encolerizó mucho, miró al esclavo de una manera terrible, y le dijo: «Pero ¡desdichado! ¡Así has pervertido á este niño! ¿Cómo te atreviste á hacerle entrar en tiendas de cocineros ó pasteleros?» Á estas palabras de la abuela de Agib, el eunuco, muy asustado, se apresuró á negar, y dijo: «No hemos entrado en ninguna pastelería; no hicimos mas que pasar por delante.» Pero Agib insistió tenazmente: «¡Por Alah! Hemos entrado y hemos comido muy bien.» Y maliciosamente añadió: «Y te repito, abuela, que aquel dulce estaba mucho mejor que este que nos ofreces.»

Entonces la abuela se marchó indignada en busca del visir para enterarle de aquel «terrible delito del eunuco de alquitrán». Y de tal modo excitó al visir contra el esclavo, que Chamseddin, hombre de mal genio, que solía desahogarse á gritos contra la servidumbre, se apresuró á marchar con su cuñada en busca de Agib y el eunuco. Y exclamó: «¡Said! ¿Es cierto que entraste con Agib en una pastelería?» Y el eunuco, aterrado, dijo: «No es cierto, no hemos entrado.» Pero Agib, maliciosamente, repuso: «¡Sí que hemos entrado! ¡Y además, cuánto hemos comido! ¡Ay, abuela! Tan rico estaba, que nos hartamos hasta la nariz. Y luego hemos

tomado un sorbete delicioso, con nieve, de lo más exquisito. Y el complaciente pastelero no economizó en nada el azúcar, como la abuela.» Entonces aumentó la ira del visir, y volvió á preguntar al eunuco, pero éste seguía negando. En seguida el visir le dijo: ¡Said! Eres un embustero. Has tenido la audacia de desmentir á este niño, que dice la verdad, y sólo podría creerte si te comieras toda esta terrina preparada por mi cuñada. Así me demostrarías que te hallas en ayunas.»

Entonces, Said, aunque ahito por la comilona en casa de Badreddin, quiso someterse á la prueba. Y se sentó frente á la terrina, dispuesto á empezar; pero hubo de dejarlo al primer bocado, pues estaba hasta la garganta. Y tuvo que arrojar el bocado que tomó, apresurándose á decir que la vispera había comido tanto en el pabellón con los demás esclavos, que había cogido una indigestión. Pero el visir comprendió en seguida que el eunuco había entrado realmente aquel día en la tienda del pastelero. Y ordenó que los otros esclavos lo tendiesen en tierra, y él mismo, con toda su fuerza, le propinó una gran paliza. Y el eunuco, lleno de golpes, pedía piedad, pero seguía gritando: «¡Oh mi señor, es cierto que cogí una indigestión!» Y como el visir ya se cansaba de pegarle, se detuvo y le dijo: «¡Vamos! ¡Confiesa la verdad!» Entonces el eunuco se decidió y dijo: «Sí, mi señor, es verdad. Hemos entrado en una pastelería en el zoco. Y lo que se nos dió allí de comer era tan rico, que en mi vida

probé una cosa semejante. ¡No como este plato horrible y detestable! ¡Por Alah! ¡Qué malo es!»

Entonces el visir se echó á reir de muy buena gana; pero la abuela no pudo dominar su despecho, y dijo: «¡Calla, embustero! ¿A que no traes un plato como éste? Todo eso que has dicho no es mas que una invención tuya. Ve, si no, á buscar una terrina de ese mismo dulce. Y si la traes, podremos comparar mi trabajo y el de ese pastelero. Mi cuñado será quien juzgue.» Y el eunuco contestó: «No hay inconveniente.» Entonces la abuela le dió medio dinar y una terrina de porcelana, vacía.

Y el eunuco salió, marchando á la pastelería, donde dijo al pastelero: «He aquí que acabamos de apostar en favor de ese plato de granada, que sabes hacer, contra otro que han preparado los criados. Aquí tienes medio dinar, pero preséntalo con toda tu pericia, pues si no, me apalearán de nuevo. Todavía me duelen las costillas.» Entonces Hassán se echó á reir y le dijo: «No tengas cuidado; sólo hay en el mundo una persona que sepa hacer este dulce, y es mi madre. ¡Pero está en un país muy lejano!»

Después Badreddin llenó muy cuidadosamente la terrina, y aún hubo de mejorarla añadiéndole un poco de almizcle y de agua de rosas. Y el eunuco regresó á toda prisa al campamento. Entonces la abuela de Agib tomó la terrina y se apresuró á probar el dulce, para darse cuenta de su calidad y su sabor. Y apenas lo llevó á los labios, exhaló un grito y cayó de espaldas.

Y el visir y todos los demás no salían de su asombro, y se apresuraron á rociar con agua de rosas la cara de la abuela, que al cabo de una hora pudo volver en sí. Y dijo: «¡Por Alah! ¡El autor de este plato de granada no puede ser mas que mi hijo Hassán Badreddin, y no otro alguno! ¡Estoy segura de ello! ¡Soy la única que sabe prepararlo de esta manera, y sólo se lo enseñé á mi hijo Hassán!»

Y al oirla, el visir llegó al límite de la alegría y de la impaciencia, y exclamó: «¡Alah va á permitir por fin que nos reunamos!» En seguida llamó á sus servidores, y después de meditar unos momentos, concibió un plan, y les dijo: «Id veinte de vosotros inmediatamente á la pastelería de ese Hassán, conocido en el zoco por Hassán El-Bassraui, y haced pedazos cuanto haya en la tienda. Amarrad al pastelero con la tela de su turbante y traéd-melo aquí, pero sin hacerle daño alguno.»

Luego montó á caballo, y provisto de las cartas oficiales, se fué á la casa del gobierno para ver al lugarteniente que representaba en Damasco á su señor el sultán de Egipto. Y mostró las cartas del sultán al lugarteniente gobernador, que se inclinó al leerlas, besándolas respetuosamente y poniéndoselas sobre la cabeza con veneración. Después, volviéndose al visir, le dijo: «Estoy á tus órdenes. ¿De quién quieres apoderarte?» Y el visir le contestó: «Solamente de un pastelero del zoco.» Y el gobernador dijo: «Pues es muy fácil.» Y mandó á sus guardias que fuesen á prestar auxilio á los servido-

res del visir. Y después de despedirse del gobernador, volvió el visir á sus tiendas.

Por su parte, Hassán Badreddin vió llegar gente armada con palos, piquetas y hachas, que invadieron súbitamente la pastelería, haciéndolo pedazos todo, tirando por los suelos los dulces y pasteles, y destruyendo, en fin, la tienda entera. Después, apoderándose del espantadísimo pastelero, le ataron con la tela de su turbante, sin decir palabra. Y Hassán pensaba: «¡Por Alah! La causa de todo esto debe haber sido esa maldita terrina. ¿Qué habrán encontrado en ella?»

Y acabaron por llevarle al campamento, á presencia del visir. Y Hassán Badreddin, muy asustado, exclamó: «¡Señor! ¿Qué crimen he cometido?» Y el visir le dijo: «¿Eres tú quien ha preparado ese dulce de granada?» Y Hassán repuso: «¡Oh mi señor! ¿Has encontrado en él algo por lo cual deban cortarme la cabeza?» Y el visir replicó severamente: «¿Cortarte la cabeza? Eso sería un castigo demasiado suave. Algo peor te ha de pasar, como irás viendo.»

Porque el visir había encargado á las dos damas que le dejasen obrar á su gusto, pues no quería darles cuenta de sus investigaciones hasta su llegada al Cairo.

Llamó, pues, á sus esclavos, y les dijo: «Que se me presente uno de nuestros camelleros. Y traed un cajón grande de madera.» Y los esclavos obedecieron en seguida. Después, por orden del visir, se

apoderaron del atemorizado Hassán y le hicieron entrar en el cajón, que cerraron cuidadosamente. En seguida lo cargaron en el camello, levantaron las tiendas, y la comitiva se puso en marcha. Y así caminaron hasta la noche. Entonces se detuvieron para comer, y á fin de que Hassán también comiese, le dejaron salir unos instantes, encerrándole después de nuevo. Y de este modo prosiguieron el viaje. De cuando en cuando se detenían, y se hacía salir á Hassán para encerrarle luego de ser sometido á un interrogatorio del visir, que le preguntaba cada vez: «¿Eres tú el que preparó el dulce de granada?» Y Hassán contestaba siempre: «¡Oh mi señor! Así es, en verdad.» Y el visir exclamaba: «¡Atad á ese hombre y encerradle en el cajón!»

Y de este modo llegaron al Cairo. Pero antes de entrar en la ciudad, el visir hizo que sacaran á Hassán del cajón y se lo presentasen. Y entonces dispuso: «¡Que venga en seguida un carpintero!» Y el carpintero compareció, y el visir le dijo: «Toma las medidas de alto y de ancho para construir una picota que le vaya bien á este hombre, y adáptala á un carretón, que arrastrará una pareja de búfalos.» Y Hassán, espantado, exclamó: «¡Señor! ¿Qué vas á hacer conmigo?» Y el visir dijo: «Clavarte en la picota y llevarte por la ciudad para que todos te vean.» Y Hassán repuso: «Pero ¿cuál es mi crimen, para que me castigues de ese modo?» Entonces el visir Chamseddin le dijo: «¡La negligencia con que preparaste el plato de granada! Le

faltaban condimento y aroma.» Y al oírlo Hassán se aporreó con las manos la cabeza, y dijo: «¡Por Alah! ¡Todo eso es mi crimen! ¿Y no es otra la causa de este suplicio del viaje, y de que sólo me hayas dado de comer una vez al día, y pienses, por añadidura, clavarme en la picota?» Y el visir respondió: «Ciertamente, esa es toda la causa; ¡por la falta de condimento!»

Entonces Hassán llegó al límite del asombro, y levantando los brazos al cielo se puso á reflexionar profundamente. Y el visir le dijo: «¿En qué piensas?» Y Hassán respondió: «¡Por Alah! Pienso en que hay muchos locos en este mundo. Porque si tú no fueses el más loco de todos los locos, no me hubieras tratado así porque falte un poco de aroma en un plato de granada.» Y el visir dijo: «He de enseñarte á que no reincidas, y no veo otro medio.» Pero Hassán exclamó: «¡Pues tu manera de proceder es un crimen muchísimo mayor que el mío, y debías empezar por castigarte!» Entonces el visir contestó: «¡No te preocupes! ¡La picota es lo que más te conviene!»

Y mientras tanto, el carpintero seguía preparando allí mismo el poste del suplicio, y de cuando en cuando dirigía miradas á Hassán, como queriéndole decir: «¡Por Alah, que has de estar muy á tu gusto!»

Pero á todo esto se hizo de noche. Y se apoderaron de Hassán y nuevamente lo encerraron en el cajón. Y su tío le dijo: «¡Mañana te crucificaremos!» Después aguardó á que Hassán se hubiese

dormido dentro de su cárcel. Entonces dispuso que cargasen la caja en un camello y dió la orden de partir, no deteniéndose hasta llegar al palacio.

Y fué entonces cuando quiso revelárselo todo á su hija y á su cuñada. Y dijo á su hija Sett El-Hosn: «¡Loado sea Alah, que nos ha permitido encontrar á tu primo Hassán Badreddin! ¡Ahí le tienes! ¡Marcha, hija mía, y sé feliz! Y procura colocar los muebles, los tapices y todo lo de la casa y de la cámara nupcial exactamente lo mismo que estaban la noche de tus bodas.» Y Sett El-Hosn, casi en el límite de la emoción, dió al momento las órdenes necesarias, y sus siervas se levantaron en seguida, y pusieron manos á la obra, encendiendo los candelabros. Y el visir les dijo: «Voy á auxiliar vuestra memoria.» Y abrió un armario, y sacó el papel con la lista de los muebles y de todos los objetos, con la indicación de los sitios que ocupaban. Y fué leyendo muy detenidamente esta lista, cuidando que cada cosa se pusiera en su lugar. Y tan á maravilla se hizo todo, que el observador más inteligente se habría creído aún en la noche de la boda de Sett El-Hosn con el jorobado.

En seguida el visir colocó con sus propias manos las ropas de Hassán donde éste las dejó: el turbante en la silla, el calzoncillo en el lecho, los calzones y el ropón en el diván, con la bolsa de los mil dinares y el contrato del judío, volviendo á coser en el turbante el pedazo de hule con los papeles que contenía.

Después recomendó á Sett El-Hosn que se vistiese como la primera noche, disponiéndose á recibir á su primo y esposo Hassán Badreddin, y que cuando éste entrase, le dijera: «¡Oh, cuánto tiempo has estado en el retrete! ¡Por Alah! Si estás indispuerto, ¿por qué no lo dices? ¿Acaso no soy tu esclava?» Y le recomendó también, aunque en realidad Sett El-Hosn no necesitaba esta advertencia, que se mostrase muy cariñosa con su primo y le hiciese pasar la noche lo más agradablemente posible.

Y luego el visir apuntó la fecha de este día bendito. Y fué al aposento donde estaba Hassán encerrado en el cajón. Lo mandó sacar mientras dormía, le desató las piernas, lo desnudó y no le dejó mas que una camisa fina y un gorro en la cabeza, lo mismo que la noche de la boda. Y después se escabulló, abriendo las puertas que conducían á la cámara nupcial, para que Hassán se despertase solo.

Y Hassán no tardó en despertarse, y atónito al verse casi desnudo en aquel corredor tan maravillosamente alumbrado, y que no se le hacía desconocido, dijo: «¡Por Alah! ¿estaré despierto ó soñando?»

Pasados los primeros instantes de sorpresa, se arriesgó á levantarse y mirar á través de una de las puertas que se abrían en el pasillo. Y al momento perdió la respiración. Acababa de reconocer la sala donde se había celebrado la fiesta en honor

suyo y con tal detrimento para el jorobado. Y al mirar por la puerta que conducía á la cámara nupcial, vió su turbante encima de una silla y en el diván su ropón y sus calzones. Entonces, llena de sudor la frente, se dijo: «¿Estaré despierto? ¿Estaré soñando? ¿Estaré loco?» Y quiso avanzar, pero adelantaba un paso y retrocedía otro, limpiándose á cada momento la frente, bañada de un sudor frío. Y al fin exclamó: «¡Por Alah! No es posible dudarlo. ¡Esto es un sueño! Pero ¿no estaba yo amarrado y metido en un cajón? ¡No; esto no es un sueño!» Y así llegó hasta la entrada de la cámara nupcial, y cautelosamente avanzó la cabeza.

Y he aquí que Sett El-Hosn, tendida en el lecho, en toda su hermosura, levantó gentilmente una de las puntas del mosquitero de seda azul y dijo: «¡Oh dueño querido! ¡Cuánto tiempo has estado en el retrete! ¡Ven en seguida!»

Y entonces el pobre Hassán se echó á reir á carcajadas, como un tragador de haschich ó un fumador de opio, y gritaba: «¡Oh, qué sueño tan asombroso! ¡Qué sueño tan embrollado!» Y avanzó con infinitas precauciones, como si pisara serpientes, agarrando con una mano el faldón de la camisa y tentando en el aire con la otra, como un ciego ó como un borracho.

Después, sin poder resistir la emoción, se sentó en la alfombra y empezó á reflexionar profundamente. Y es el caso que veía allí mismo, delante de él, sus calzones tal como eran, abombados y con

sus pliegues bien hechos, su turbante de Bassra, su ropón, y colgando, los cordones de la bolsa.

Y nuevamente le habló Sett El-Hosn desde el interior del lecho y le dijo: «¿Qué haces, mi querido? ¡Te veo perplejo y tembloroso! ¡Ah! ¡No estabas así al principio!»

Entonces, Badreddin, sin levantarse y apretándose la frente con las manos, empezó á abrir y á cerrar la boca, con una risa de loco, y al fin pudo decir: «¿Qué principio? ¿Y de qué noche? ¡Por Alah! ¡Si hace años y años que me ausenté!»

Entonces Sett El-Hosn le dijo: «¡Oh querido mío! ¡Tranquilízate! ¡Por el nombre de Alah sobre ti y en torno de ti! ¡Tranquilízate! Hablo de esta noche que acabas de pasar en mis brazos, ¡la noche del poderoso ariete! Saliste un instante y has tardado cerca de una hora. Pero ya veo que no te encuentras bien. ¡Ven, ojos míos, á que te dé calor; ven, alma mía!»

Pero Badreddin siguió riendo como un loco, y dijo: «¡Puede que digas la verdad! ¡Es posible que me haya dormido en el retrete y que haya soñado!» Después añadió: «¡Pero qué sueño tan desagradable! Figúrate que he soñado que era algo así como cocinero ó pastelero en la ciudad de Damasco, en Siria, muy lejos de aquí, y que vivía diez años en ese oficio. He soñado también con un muchacho, seguramente hijo de noble, al que acompañaba un eunuco. Y me ocurrió con él tal aventura...» Y el pobre Hassán, notando que el sudor le bañaba la fren-

te, fué á enjugarla, pero entonces tentó la huella de la piedra que le había herido, y dió un salto y dijo: «¡Por Alah! ¡Esta es la cicatriz de la pedrada que me tiró aquel muchacho!» Después reflexionó un instante, y añadió: «¡Es efectivamente un sueño! Este golpe es posible que me lo hayas dado tú hace un momento, en uno de nuestros transportes.» Y luego dijo: «Sigo contándote mi sueño. Llegué á Damasco, pero no sé cómo. Era una mañana, y yo iba como ahora me ves, en camisa y con un gorro blanco: el gorro del jorobado. Y los habitantes no sé qué querían hacer conmigo. Heredé la tienda de un pastelero, un viejecillo muy amable. ¡Pero claro, esto no ha sido un sueño! Porque he preparado un plato de granada que no tenía bastante aroma... ¿Y después?... ¿Pero he soñado todo esto ó ha sido realidad?...»

Entonces Sett El-Hosn exclamó: «¡Querido mío, realmente has soñado cosas muy extrañas! ¡Por favor, prosigue hasta el final!»

Y Hassán Badreddin, interrumpiéndose de cuando en cuando para lanzar exclamaciones, refirió á Sett El-Hosn toda la historia, real ó soñada, desde el principio hasta el fin. Y luego añadió: «¡Cuando pienso que por poco me crucifican! ¡Y me hubiesen crucificado si no se disipa oportunamente el sueño! ¡Por Alah! ¡Todavía sudo al acordarme del cajón!»

Y Sett El-Hosn le preguntó: «¿Y por qué te querían crucificar?» Y él contestó: «Por haber aro-

matizado poco el dulce de granada. ¡Oh! Me esperaba la terrible picota con un carretón arrastrado por dos búfalos del Nilo. Pero gracias á Alah, todo ha sido un sueño... Y á fe que la pérdida de mi pastelería, destruída por completo, me dió mucha pena.»

Entonces, Sett El-Hosn, que ya no podía más, saltó de la cama, se echó en brazos de Hassán Badreddin, y estrechándole contra su pecho empezó á besarle todo. Pero él no se movía. Y de pronto dijo: «¡No, no! ¡Esto no es un sueño! ¡Por Alah! ¿dónde estoy? ¿dónde está la verdad?»

Y el pobre Hassán, llevado suavemente al lecho en brazos de Sett El-Hosn, se tendió extenuado y cayó en un sueño profundo, velado por su esposa, que de cuando en cuando le oía murmurar: «¡Es la realidad! ¡No! ¡Es un sueño!»

Con la mañana volvió la calma al espíritu de Hassán Badreddin, que al despertarse se encontró en brazos de Sett El-Hosn, viendo al pie del lecho á su tío el visir Chamseddin, que en seguida le deseó la paz. Y Badreddin le dijo: «¡Por Alah! ¿No has sido tú quien mandó que me atasen los brazos y has dispuesto la destrucción de mi tienda? ¡Y todo ello por estar poco aromatizado el dulce de granada!»

Entonces, el visir Chamseddin, como ya no había razón para callar, le dijo:

«¡Oh hijo mío! Sabe que eres Hassán Badreddin, hijo de mi difunto hermano Nureddin, visir de

Bassra. Y si te he hecho sufrir tales tratos ha sido para tener una nueva prueba con que identificarte y saber que eras tú, y no otro, el que entró en la casa de mi hija la noche de la boda. Y esa prueba la he tenido al ver que conocías (pues yo estaba escondido detrás de ti) la casa y los muebles, y después tu turbante, tus calzones y tu bolsillo, y sobre todo, la etiqueta de esta bolsa y el pliego sellado del turbante, que contiene las instrucciones de tu padre Nureddin. Dispénsame, pues, hijo mío; porque no tenía otro medio de conocerte, ya que no te hube visto nunca, pues naciste en Bassra. ¡Oh hijo mío! Todo esto se debe á una divergencia que surgió hace muchos años entre tu padre Nureddin y yo, que soy tu tío.»

Y el visir le contó toda la historia, y después le dijo: «¡Oh hijo mío! En cuanto á tu madre, la he traído de Bassra, y la vas á ver, lo mismo que á tu hijo Agib, fruto de tu primera noche de bodas con tu prima.» Y el visir corrió á llamarlos.

El primero en llegar fué Agib, que esta vez se echó en brazos de su padre, y Badreddin, lleno de alegría, recitó estos versos:

¡Cuando te fuiste, me puse á llorar, y las lágrimas se desbordaban de mis párpados!

¡Y juré que si Alah reunía alguna vez á los amantes, afligidos por su separación, mis labios no volverían á hablar de la pasada ausencia!

¡La felicidad ha cumplido lo que ofreció y ha paga-

do su deuda! ¡Y mi amigo ha vuelto! ¡Levántate hacia aquel que trajo la dicha y recógete los faldones de tu ropón para servirle!

Apenas concluyó de recitar, cuando llegó sollozando la abuela de Agib, madre de Badreddin, y se precipitó en los brazos de su hijo, casi desmayada de júbilo.

Y á la vuelta de grandes expansiones y lágrimas de alegría, se contaron mutuamente sus historias y sus penas y todos sus padecimientos.

Dieron después gracias á Alah por haberlos reunido sanos y salvos, y volvieron á vivir en la felicidad y entre puras delicias y sin privarse de nada, ¡hasta que les visitó la Separadora de los amigos, la Destructora de la felicidad, la Irreparable, la Inevitable!»

Y esta es ¡oh rey afortunado!—dijo Schahrazada al rey Schahriar—la historia maravillosa que el visir Giafar Al-Barmakí refirió al califa Harún Al-Rachid, Emir de los Creyentes de la ciudad de Bagdad. Y son estas también las aventuras del visir Chamseddin, de su hermano el visir Nureddin y de Hassán Badreddin, hijo de Nureddin.

Y el califa Harún Al-Rachid dijo: «¡Por Alah, que todo esto es verdaderamente asombroso!» Y admirado hasta el límite de la admiración, sonrió agradecido á su visir Giafar, y ordenó á los escribas de palacio que escribiesen con oro y con su

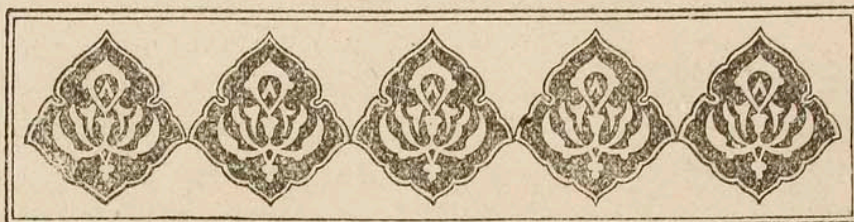
más bella letra esta maravillosa historia y que la conservasen cuidadosamente en el armario de los papeles, para que sirviese de lección á los hijos de los hijos.

Y la discreta y sagaz Schahrazada, dirigiéndose al rey Schahriar, sultán de la India y de la China, prosiguió de este modo: «Pero no creas, ¡oh rey afortunado! que esta historia sea tan admirable como la que ahora te contaré si no estás cansado!» Y el rey Schahriar le preguntó: «¿Qué historia es esa?» Y Schahrazada dijo: «Es mucho más admirable que todas las otras.» Y el rey Schahriar preguntó: «Pero ¿cómo se llama?» Y ella dijo:

«Es la historia del sastre, el jorobado, el judío, el nazareno y el barbero de Bagdad.»

Entonces el rey exclamó: «¡Te lo concedo! ¡Puedes contarla!»





Historia del jorobado, con el sastre, el corredor nazarino, el intendente y el médico judío; lo que de ello resultó, y sus aventuras sucesivamente referidas.



Entonces Schahrazada dijo al rey Schahriar:

He llegado á saber, ¡oh rey afortunado! que en la antigüedad del tiempo y en lo pasado de las edades y de los siglos, hubo en una ciudad de la China un hombre que era sastre y estaba muy satisfecho de su condición. Amaba las distracciones apacibles y tranquilas y de cuando en cuando acostumbraba á salir con su mujer, para pasearse y recrear la vista con el espectáculo de las calles y los jardines. Pero cierto día que ambos habían pasado fuera de casa, al regresar á ella, al anochecer, encontraron en el camino á un jorobado de tan grotesca facha, que era antídoto de toda melancolía y haría reír al hombre más triste, disipando todo pesar y toda aflicción. Inmediatamente se le acercaron el sastre y su mujer, divirtiéndose tanto

con sus chanzas, que le convidaron á pasar la noche en su compañía. El jorobado hubo de responder á esta oferta como era debido, uniéndose á ellos, y llegaron juntos á la casa. Entonces el sastre se apartó un momento para ir al zoco antes de que los comerciantes cerrasen sus tiendas, pues quería comprar provisiones con que obsequiar al huésped. Compró pescado frito, pan fresco, limones, y un gran pedazo de *halawa* (1) para postre. Después volvió, puso todas estas cosas delante del jorobado, y todos se sentaron á comer.

Mientras comían alegremente, la mujer del sastre tomó con los dedos un gran trozo de pescado y lo metió por broma todo entero en la boca del jorobado, tapándosela con la mano para que no escupiera el pedazo, y dijo: «¡Por Alah! Tienes que tragarte ese bocado de una vez sin remedio, ó si no, no te suelto.»

Entonces, el jorobado, tras de muchos esfuerzos, acabó por tragarse el pedazo entero. Pero desgraciadamente para él, había decretado el Destino que en aquel bocado hubiese una enorme espina. Y esta espina se le atravesó en la garganta, ocasionándole en el acto la muerte.

Al llegar á este punto de su relato, vió Schahrazada, hija del visir, que se acercaba la mañana, y con su habitual discreción no quiso proseguir la his-

(1) *Halawa*, pasta blanca hecha con aceite de sésamo, azúcar, nueces, etcétera, en forma de panes grandes y semiesféricos.

toría, para no abusar del permiso concedido por el rey Schahriar.

Entonces, su hermana la joven Doniazada le dijo: «¡Oh hermana mía! ¡Cuán gentiles, cuán dulces y cuán sabrosas son tus palabras!» Y Schahrazada respondió: «¿Pues qué dirás la noche próxima, cuando oigas la continuación, si es que vivo aún, porque así lo disponga la voluntad de este rey lleno de buenas maneras y de cortesía?»

Y el rey Schahriar dijo para sí: «¡Por Alah! No la mataré hasta no oír lo que falta de esta historia, que es muy sorprendente.»

Después el rey Schahriar cogió á Schahrazada entre sus brazos, y pasaron enlazados el resto de la noche, hasta que llegó la mañana. Entonces el rey se levantó y se fué á la sala de justicia. Y en seguida entró el visir, y entraron asimismo los emires, los chambelanes y los guardias, y el diván se llenó de gente. Y el rey empezó á juzgar y á despachar asuntos, dando un cargo á este, destituyendo á aquel, sentenciando en los pleitos pendientes, y ocupando su tiempo de este modo hasta acabar el día. Terminado el diván, el rey volvió á sus aposentos y fué en busca de Schahrazada.



*Y CUANDO LLEGÓ
LA 25.^a NOCHE*

Doniazada dijo á Schahrazada: «¡Oh hermana mía! Te ruego que nos cuentes la continuación de esa historia del jorobado, con el sastre y su mujer.»

Y Schahrazada repuso: «¡De todo corazón y como debido homenaje! Pero no sé si lo consentirá el rey.» Entonces el rey se apresuró á decir: «Puedes contarla.» Y Schahrazada dijo:

He llegado á saber, ¡oh rey afortunado! que cuando el sastre vió morir de aquella manera al jorobado, exclamó: «¡Sólo Alah el Altísimo y Omnipotente posee la fuerza y el poder! ¡Qué desdicha que este pobre hombre haya venido á morir precisamente entre nuestras manos!» Pero la mujer replicó: «¿Y qué piensas hacer ahora? ¿No conoces estos versos del poeta?

¡Oh alma mía! ¿por qué te sumerges en lo absurdo hasta enfermar? ¿Por qué te preocupas con aquello que te acarreará la pena y la zozobra?

¿No temes al fuego, puesto que vas á sentarte en él? ¿No sabes que quien se acerca al fuego se expone á abrasarse?

Entonces su marido le dijo: «No sé, en verdad, qué hacer.» Y la mujer respondió: «Levántate, que entre los dos lo llevaremos, tapándole con una colcha de seda, y lo sacaremos ahora mismo de aquí, yendo tú detrás y yo delante. Y por todo el camino irás diciendo en alta voz: «¡Es mi hijo, y ésta es su madre! Vamos buscando á un médico que lo cure. ¿En dónde hay un médico?»

Al oír el sastre estas palabras se levantó, cogió

al jorobado en brazos, y salió de la casa en seguimiento de su esposa. Y la mujer empezó á clamar: «¡Oh mi pobre hijo! ¿Podremos verte sano y salvo? ¡Dime! ¿Sufres mucho? ¡Oh maldita viruela! ¿En qué parte del cuerpo te ha brotado la erupción?» Y al oírlos, decían los transeuntes: «Son un padre y una madre que llevan á un niño enfermo de viruelas.» Y se apresuraban á alejarse.

Y así siguieron andando el sastre y su mujer, preguntando por la casa de un médico, hasta que los llevaron á la de un médico judío. Llamaron entonces, y en seguida bajó una negra, abrió la puerta, y vió á aquel hombre que llevaba un niño en brazos, y á la madre que lo acompañaba. Y ésta le dijo: «Traemos un niño para que lo vea el médico. Toma este dinero, un cuarto de dinar, y dáselo adelantado á tu amo, rogándole que baje á ver al niño, porque está muy enfermo.»

Volvió á subir entonces la criada, y en seguida la mujer del sastre traspuso el umbral de la casa, hizo entrar á su marido, y le dijo: «Deja en seguida ahí el cadáver del jorobado. Y vámonos á escape.» Y el sastre soltó el cadáver del jorobado, dejándolo arrimado al muro, sobre un peldaño de la escalera, y se apresuró á marcharse, seguido por su mujer.

En cuanto á la negra, entró en casa de su amo el médico judío, y le dijo: «Ahí abajo queda un enfermo, acompañado de un hombre y una mujer, que me han dado para ti este cuarto de dinar para que recetes algo que le alivie.» Y cuando el médico

judío vió el cuarto de dinar, se alegró mucho y se apresuró á levantarse; pero con la prisa no se acordó de coger una luz para bajar. Y por esto tropezó con el jorobado, derribándole. Y muy asustado, al ver rodar á un hombre, le examinó en segida, y al comprobar que estaba muerto, se creyó causante de su muerte. Y gritó entonces: «¡Oh Señor! ¡Oh Alah justiciero! Por las diez palabras santas!» Y siguió invocando á Harún, á Yuschah (1), hijo de Nun, y á los demás. Y dijo: «He aquí que acabo de tropezar con este enfermo, y le he tirado rodando por la escalera. Pero ¿cómo salgo yo ahora de casa con un cadáver?» De todos modos, acabó por cogerlo y llevarlo desde el patio á su habitación, donde lo mostró á su mujer, contando todo lo ocurrido. Y ella exclamó aterrorizada: «¡No, aquí no lo podemos tener! ¡Sácalo de casa cuanto antes! Como continúe con nosotros hasta la salida del sol, estamos perdidos sin remedio. Vamos á llevarlo entre los dos á la azotea y desde allí lo echaremos á la casa de nuestro vecino el musulmán. Ya sabes que nuestro vecino es el intendente proveedor de la cocina del rey, y su casa está infestada de ratas, perros y gatos, que bajan por la azotea para comerse las provisiones de aceite, manteca y harina. Por tanto, esos bichos no dejarán de comerse este cadáver, y lo harán desaparecer.»

Entonces el médico judío y su mujer cogieron al

(1) Aarón, Josué.

jorobado y lo llevaron á la azotea, y desde allí lo hicieron descender pausadamente hasta la casa del mayordomo, dejándolo de pie contra la pared de la cocina. Después se alejaron, descendiendo á su casa tranquilamente.

Pero haría pocos momentos que el jorobado se hallaba arrimado contra la pared, cuando el intendente, que estaba ausente, regresó á su casa, abrió la puerta, encendió una vela, y entró. Y encontró á un hijo de Adán de pie en un rincón, junto á la pared de la cocina. Y el intendente, sorprendidísimo, exclamó: «¿Qué es eso? ¡Por Alah! He aquí que el ladrón que acostumbraba á robar mis provisiones no era un bicho, sino un ser humano. Este es el que me roba la carne y la manteca, á pesar de que las guardo cuidadosamente por temor á los gatos y á los perros. Bien inútil habría sido matar á todos los perros y gatos del barrio, como pensé hacer, puesto que este individuo es el que bajaba por la azotea.» Y en seguida agarró el intendente una enorme estaca, yéndose para el hombre, y le dió de garrotazos, y aunque le vió caer, le siguió apaleando. Pero como el hombre no se movía, el intendente advirtió que estaba muerto, y entonces dijo desolado: «¡Sólo Alah el Altísimo y Omnipotente posee la fuerza y el poder!» Y después añadió: «¡Malditas sean la manteca y la carne, y maldita esta noche! Se necesita tener toda la mala suerte que yo tengo para haber matado así á este hombre. Y no sé qué hacer con él.» Después lo miró con mayor atención,

comprobando que era jorobado. Y le dijo: «¿No te basta con ser jorobeta? ¿Querías también ser ladrón y robarme la carne y la manteca de mis provisiones? ¡Oh Dios protector, ampárame con el velo de tu poder!» Y como la noche se acababa, el intendente se echó áuestas al jorobado, salió de su casa y anduvo cargado con él, hasta que llegó á la entrada del zoco. Paróse entonces, colocó de pie al jorobado junto á una tienda, en la esquina de una bocacalle, y se fué.

Y al poco tiempo de estar allí el cadáver del jorobado, acertó á pasar un nazareno. Era el corredor de comercio del sultán. Y aquella noche estaba beodo. Y en tal estado iba al hammam á bañarse. Su borrachera le incitaba á las cosas más curiosas, y se decía: «¡Vamos, que eres casi como el Mesías!» Y marchaba haciendo eses y tambaleándose, y acabó por llegar adonde estaba el jorobado. Y entonces quiso orinar. Pero de pronto vió al jorobado delante de él, apoyado contra la pared. Y al encontrarse con aquel hombre, que seguía inmóvil, se le figuró que era un ladrón y que acaso fuese quien le había robado el turbante, pues el corredor nazareno iba sin nada á la cabeza. Entonces se abalanzó contra aquel hombre, y le dió un golpe tan violento en la nuca, que lo hizo caer al suelo. Y en seguida empezó á dar gritos llamando al guarda del zoco. Y con la excitación de su embriaguez, siguió golpeando al jorobado y quiso estrangularlo, apretándole la garganta con ambas manos. En este

momento llegó el guarda del zoco, y vió al nazareno encima del musulmán, dándole golpes y á punto de ahogarlo. Y el guarda dijo: «¡Deja á ese hombre y levántate!» Y el cristiano se levantó.

Entonces el guarda del zoco se acercó al jorobado, que se hallaba tendido en el suelo, lo examinó, y vió que estaba muerto. Y gritó entonces: «¿Cuándo se ha visto que un nazareno tenga la audacia de golpear á un musulmán y matarlo?» Y el guarda se apoderó del nazareno, le ató las manos á la espalda y le llevó á casa del walí (1). Y el nazareno se lamentaba y decía: «¡Oh Mesías, oh Virgen! ¿Cómo habré podido matar á ese hombre? ¡Y qué pronto ha muerto, sólo de un puñetazo! Se me pasó la borrachera, y ahora viene la reflexión.»

Llegados á casa del walí, el nazareno y el cadáver del jorobado quedaron encerrados toda la noche, hasta que el walí se despertó por la mañana. Entonces el walí interrogó al nazareno, que no pudo negar los hechos referidos por el guarda del zoco. Y el walí no pudo hacer otra cosa que condenar á muerte á aquel nazareno que había matado á un musulmán. Y ordenó que el portaalfanje pregonara por toda la ciudad la sentencia de muerte del corredor nazareno. Luego mandó que levantasen la horca y llevasen á ella al sentenciado.

Entonces se acercó el portaalfanje y preparó la cuerda, hizo el nudo corredizo, se lo pasó al na-

(1) *Walí*: gobernador de una provincia por delegación del sultán.

zareno por el cuello, y ya iba á tirar de él, cuando de pronto el proveedor del sultán hendió la muchedumbre y abriéndose camino hasta el nazareno, que estaba de pie junto á la horca, dijo al portaalfanje: «¡Detente! ¡Yo soy quien ha matado á ese hombre!» Entonces el walí le preguntó: «¿Y por qué le mataste?» Y el intendente dijo: «Vas á saberlo. Esta noche, al entrar en mi casa, advertí que se había metido en ella descolgándose por la terraza, para robarme las provisiones. Y le di un golpe en el pecho con un palo, y en seguida le vi caer muerto. Entonces le cogí á cuestras y le traje al zoco, dejándole de pie arrimado contra una tienda en tal sitio y en tal esquina. Y he aquí que ahora, con mi silencio, iba á ser causa de que matasen á este nazareno, después de haber sido yo quien mató á un musulmán. ¡A mí, pues, hay que ahorcarme!»

Cuando el walí hubo oído las palabras del proveedor, dispuso que soltasen al nazareno, y dijo al portaalfanje: «Ahora mismo ahorcarás á este hombre, que acaba de confesar su delito.»

Entonces el portaalfanje cogió la cuerda que había pasado por el cuello del cristiano y rodeó con ella el cuello del proveedor, lo llevó junto al patíbulo, y lo iba á levantar en el aire, cuando de pronto el médico judío atravesó la muchedumbre, y dijo á voces al portaalfanje: «¡Aguarda! ¡El único culpable soy yo!» Y después contó así la cosa: «Sabed todos que este hombre me vino á buscar para consultarme, á fin de que lo curara. Y cuando

yo bajaba la escalera para verle, como era de noche, tropecé con él y rodó hasta lo último de la escalera, convirtiéndose en un cuerpo sin alma. De modo que no deben matar al proveedor, sino á mí solamente.»

Entonces el wali dispuso la muerte del médico judío. Y el portaalfanje quitó la cuerda del cuello del proveedor y la echó al cuello del médico judío, cuando se vió llegar al sastre, que, atropellando á todo el mundo, dijo: «¡Detente! Yo soy quien lo maté. Y he aquí lo que ocurrió. Salí ayer de paseo y regresaba á mi casa al anocheecer. En el camino encontré á este jorobado, que estaba borracho y muy divertido, pues llevaba en la mano una pandereta y se acompañaba con ella cantando de una manera chistosisima. Me detuve para contemplarle y divertirme, y tanto me regocijó, que lo convidé á comer en mi casa. Y compré pescado entre otras cosas, y cuando estábamos comiendo, tomó mi mujer un trozo de pescado, que colocó en otro de pan, y se lo metió todo en la boca á este hombre, y el bocado le ahogó, muriendo en el acto. Entonces lo cogimos entre mi mujer y yo y lo llevamos á casa del médico judío. Bajó á abrirnos una negra, y yo le dije lo que le dije. Después le di un cuarto de dinar para su amo. Y mientras ella subía, agarré en seguida al jorobado y lo puse de pie contra el muro de la escalera, y yo y mi mujer nos fuimos á escape. Entretanto, bajó el médico judío para ver al enfermo; pero tropezó con el jorobado, que

cayó en tierra, y el judío creyó que lo había matado él.»

Y en este momento, el sastre se volvió hacia el médico judío y le dijo: «¿No fué así?» El médico respondió: «¡Esa es la verdad!» Entonces, el sastre, dirigiéndose al walí, exclamó: «¡Hay, pues, que soltar al judío y ahorcarme á mí!»

El walí, prodigiosamente asombrado, dijo entonces: «En verdad que esta historia merece escribirse en los anales y en los libros.» Después mandó al portaalfanje que soltase al judío y ahorcase al sastre, que se había declarado culpable. Entonces el portaalfanje llevó al sastre junto á la horca, le echó la soga al cuello, y dijo: «¡Esta vez va de veras! ¡Ya no habrá ningún otro cambio!» Y agarró la cuerda.

¡He aquí todo, por el momento!

En cuanto al jorobado, no era otro que el bufón del sultán, que ni una hora podía separarse de él. Y el jorobado, después de emborracharse aquella noche, se escapó de palacio, permaneciendo ausente toda la noche. Y al otro día, cuando el sultán preguntó por él, le dijeron: «¡Oh señor, el walí te dirá que el jorobado ha muerto, y que su matador iba á ser ahorcado! Por eso el wálí había mandado ahorcar al matador, y el verdugo se preparaba á ejecutarle; pero entonces se presentó un segundo individuo, y luego un tercero, diciendo todos: «¡Yo soy el único que ha matado al jorobado!» Y cada cual contó al walí la causa de la muerte.»

Y el sultán, sin querer escuchar más, llamó á un chambelán y le dijo: «Baja en seguida en busca del walí y ordénale que traiga á toda esa gente que está junto á la horca.»

Y el chambelán bajó, y llegó junto al patíbulo, precisamente cuando el verdugo iba á ejecutar al sastre. Y el chambelán gritó: «¡Detente!» Y en seguida le contó al walí que esta historia del jorobado había llegado á oídos del rey. Y se lo llevó, y se llevó también al sastre, al médico judío, al corredor nazareno y al proveedor, mandando transportar también el cuerpo del jorobado, y con todos ellos marchó en busca del sultán.

Cuando el walí se presentó entre las manos del rey, se inclinó y besó la tierra, y refirió toda la historia del jorobado, con todos sus pormenores, desde el principio hasta el fin. Pero es inútil repetirla.

El sultán, al oír tal historia, se maravilló mucho y llegó al límite más extremo de la hilaridad. Después mandó á los escribas de palacio que escribieran esta historia con aguja de oro. Y luego preguntó á todos los presentes: «¿Habéis oído alguna vez historia semejante á la del jorobado?»

Entonces el corredor nazareno avanzó un paso, besó la tierra entre las manos del rey, y dijo: «¡Oh rey de los siglos y del tiempo! Sé una historia mucho más asombrosa que nuestra aventura con el jorobado. La referiré, si me das tu venia, porque es mucho más sorprendente, más extraña y más deliciosa que la del jorobado.»

Y dijo el rey: «¡Ciertamente! Desembucha lo que hayas de decir para que lo oigamos.»

Entonces, el corredor nazareno dijo:



Relato del corredor nazareno



«Sabe, ¡oh rey del tiempo! que vine á este país para un asunto comercial. Soy un extranjero á quien el Destino encaminó á tu reino. Porque yo nací en la ciudad de El Cairo y soy copto entre los coptos. Y es igualmente cierto que me crié en El Cairo, y en aquella ciudad fué corredor mi padre antes que yo.

Cuando murió mi padre ya había llegado yo á la edad de hombre. Y por eso fui corredor como él, pues contaba con toda clase de cualidades para este oficio, que es la especialidad entre nosotros los coptos..

Pero un día entre los días, estaba yo sentado á la puerta del khan de los mercaderes de granos, y vi pasar á un joven, hermoso como la luna llena, vestido con el más suntuoso traje y montado en un borrico blanco ensillado con una silla roja. Cuando me vió este joven me saludó, y yo me levanté por consideración hacia él. Sacó entonces un pañuelo que contenía una muestra de sésamo, y me pre-

guntó: «¿Cuánto vale el *ardeb* (1) de esta clase de sésamo?» Y yo le dije: «Vale cien dracmas.» Entonces me contestó: «Avisa á los medidores de granos y ven con ellos al khan Al-Gaonali, en el barrio de Bab Al-Nassr; allí me encontrarás.» Y se alejó, después de darme el pañuelo que contenía la muestra de sésamo.

Entonces me dirigí á todos los mercaderes de granos y les enseñé la muestra que yo había justipreciado en cien dracmas. Y los mercaderes la tasaron en ciento veinte dracmas por *ardeb*. Entonces me alegré sobremanera, y haciéndome acompañar de cuatro medidores, fui en busca del joven, que, efectivamente, me aguardaba en el khan. Y al verme, corrió á mi encuentro y me condujo á un almacén donde estaba el grano, y los medidores llenaron sus sacos, y lo pesaron todo, que ascendió en total á cincuenta medidas en *ardebs*. Y el joven me dijo: «Te corresponden por comisión diez dracmas por cada *ardeb* que se venda á cien dracmas. Pero has de cobrar en mi nombre todo el dinero, y lo guardarás cuidadosamente en tu casa, hasta que lo reclame. Como su precio total es cinco mil dracmas, te quedarás con quinientos, guardando para mí cuatro mil quinientos. En cuanto despache mis negocios, iré á buscarte para recoger esa cantidad.» Entonces yo le contesté: «Escucho y obedezco.» Después le besé las manos y me fui.

(1) *Ardeb* ó *irdab*, medida árabe de capacidad que todavía se usa hoy.

Y efectivamente, aquel día gané mil dracmas de corretaje, quinientos del vendedor y quinientos de los compradores, de modo que me correspondió el veinte por ciento, según la costumbre de los corredores egipcios.

En cuanto al joven, después de un mes de ausencia, vino á verme y me dijo: «¿Dónde están los dracmas?» Y le contesté en seguida: «A tu disposición; helos aquí metidos en este saco.» Pero él me dijo: «Sigue guardándolos algún tiempo, hasta que yo venga á buscarlos.» Y se fué y estuvo ausente otro mes, y regresó y me dijo: «¿Dónde están los dracmas?» Entonces yo me levanté, le saludé y le dije: «Aquí están á tu disposición. Helos aquí.» Después añadí: «¿Y ahora quieres honrar mi casa viniendo á comer conmigo un plato ó dos, ó tres ó cuatro?» Pero se negó y me dijo: «Sigue guardando el dinero, hasta que venga á reclamártelo, después de haber despachado algunos asuntos urgentes.» Y se marchó. Y yo guardé cuidadosamente el dinero que le pertenecía, y esperé su regreso.

Volvió al cabo de un mes, y me dijo: «Esta noche pasaré por aquí y recogeré el dinero.» Y le preparé los fondos; pero aunque le estuve aguardando toda la noche y varios días consecutivos, no volvió hasta pasado un mes, mientras yo decía para mí: «¡Qué confiado es ese joven! En toda mi vida, desde que soy corredor en los khanes y los zocos, he visto confianza como esta.» Se me acercó y le vi, como siempre, en su borrico, con suntuoso traje; y

era tan hermoso como la luna llena, y tenía el rostro brillante y fresco como si saliese del hammam, y sonrosadas las mejillas y la frente como una flor lozana, y en un extremo del labio un lunar, como gota de ámbar negro, según dice el poeta:

¡La luna llena se encontró con el sol en lo alto de la torre, ambos en todo el esplendor de su belleza!

¡Tales eran los dos amantes! ¡Y cuantos los veían, tenían que admirarlos y desearles completa felicidad!

¡Y ahora son tan hermosos, que cautivan el alma!

¡Gloria, pues, á Alah, que realiza tales prodigios y forma sus criaturas á su deseo!

Y al verle, le besé las manos é invoqué para él todas las bendiciones de Alah, y le dije: «¡Oh mi señor! Supongo que ahora recogerás tu dinero.» Y me contestó: «Ten todavía un poco de paciencia; pues en cuanto acabe de despachar mis asuntos vendré á recogerlo.» Y me volvió la espalda y se fué. Y yo supuse que tardaría en volver, y saqué el dinero y lo coloqué con un interés de veinte por ciento, obteniendo de él cuantiosa ganancia. Y dije para mí: «¡Por Alah! Cuando vuelva, le rogaré que acepte mi invitación, y le trataré con toda largueza, pues me aprovecho de sus fondos y me estoy haciendo muy rico.»

Y transcurrió un año, al cabo del cual regresó, y le vi vestido con ropas más lujosas que antes, y

siempre montado en su borrico blanco, de buena raza.

Entonces le supliqué fervorosamente que aceptase mi invitación y comiera en mi casa, á lo cual me contestó: «No tengo inconveniente, pero con la condición de que el dinero para los gastos no lo saques de los fondos que me pertenecen y están en tu casa.» Y se echó á reir. Y yo hice lo mismo. Y le dije: «Así sea, y de muy buena gana.» Y le llevé á casa, y le rogué que se sentase, y corri al zoco á comprar toda clase de víveres, bebidas y cosas semejantes, y lo puse todo sobre el mantel entre sus manos, y le invité á empezar, diciendo: «¡Bismilah!» Entonces se acercó á los manjares, pero alargó la mano izquierda, y se puso á comer con esta mano izquierda. Y yo me quedé sorprendidísimo, y no supe qué pensar. Terminada la comida, se lavó la mano izquierda sin auxilio de la derecha, y yo le alargué la toalla para que se secase, y después nos sentamos á conversar.

Entonces le dije: «¡Oh mi generoso señor! Librame de un peso que me abrumba y de una tristeza que me aflige. ¿Por qué has comido con la mano izquierda? ¿Sufres alguna enfermedad en tu mano derecha?» Y al oírlo el mancebo, me miró y recitó estas estrofas:

¡No preguntes por los sufrimientos y dolores de mi alma! ¡Conocerías mi mal!

¡Y sobre todo, no preguntes si soy feliz! ¡Lo fui!

¡Pero hace tanto tiempo! ¡Desde entonces, todo ha cambiado! ¡Y contra lo inevitable no hay mas que invocar la cordura!

Después sacó el brazo derecho de la manga del ropón, y vi que la mano estaba cortada, pues aquel brazo terminaba en un muñón. Y me quedé asombrado profundamente. Pero él me dijo: «¡No te asombres tanto! Y sobre todo, no creas que he comido con la mano izquierda por falta de consideración á tu persona, pues ya ves que ha sido por tener cortada la derecha. Y el motivo de ello no puede ser más sorprendente.» Entonces le pregunté: «¿Y cuál fué la causa?» Y el joven suspiró, se le llenaron de lágrimas los ojos, y dijo:

«Sabe que yo soy de Bagdad. Mi padre era uno de los principales personajes entre los personajes. Y yo, hasta llegar á la edad de hombre, pude oír los relatos de los viajeros, peregrinos y mercaderes que en casa de mi padre nos contaban las maravillas de los países egipcios. Y retuve en la memoria todos estos relatos, admirándolos en secreto, hasta que falleció mi padre. Entonces cogí cuantas riquezas pude reunir, y mucho dinero, y compré gran cantidad de mercancías en telas de Bagdad y de Mosul, y otras muchas de alto precio y excelente clase; lo empaqueté todo y salí de Bagdad. Y como estaba escrito, por Alah que había de llegar sano y salvo al término de mi viaje, no tardé en

hallarme en esta ciudad de El Cairo, que es tu ciudad.»

Pero en este momento el joven se echó á llorar y recitó estas estrofas:

¡A veces, el ciego, el ciego de nacimiento, sabe sortear la zanja donde cae el que tiene buenos ojos!

¡A veces, el insensato sabe callar las palabras que, pronunciadas por el sabio, son la perdición del sabio!

¡A veces, el hombre piadoso y creyente sufre desventuras, mientras que el loco, el impío, alcanza la felicidad!

¡Así, pues, conozca el hombre su impotencia! ¡La fatalidad es la única reina del mundo!

Terminados los versos, siguió en esta forma su relación:

«Entré, pues, en El Cairo, y fui al khan Serur, deshice mis paquetes, descargué mis camellos y puse las mercancías en un local que alquilé para almacenarlas. Después di dinero á un criado para que comprase comida, dormí en seguida un rato, y al despertarme salí á dar una vuelta por Bain Al-Kasrein, regresando después al khan Serur, en donde pasé la noche.

Cuando me desperté por la mañana, dije para mí, desliando un paquete de telas: «Voy á llevar esta tela al zoco y á enterarme de cómo van las compras.» Cargué las telas en los hombros de un criado, y me dirigí al zoco, para llegar al centro

de los negocios, un gran edificio rodeado de pórticos y de tiendas de todas clases y de fuentes. Ya sabes que allí suelen estar los corredores, y que aquel sitio se llama la kaisariat Guergués.

Cuando llegué, todos los corredores, avisados de mi viaje, me rodearon, y yo les di las telas, y salieron en todas direcciones á ofrecer mis géneros á los principales compradores de los zocos. Pero al volver me dijeron que el precio ofrecido por mis mercaderías no alcanzaba al que yo había pagado por ellas ni á los gastos desde Bagdad hasta El Cairo. Y como no sabía qué hacer, el jeique principal de los corredores me dijo: «Yo sé el medio de que debes valerte para que ganes algo. Es sencillamente que hagas lo que hacen todos los mercaderes. Vender al por menor tus mercaderías á los comerciantes con tienda abierta, por tiempo determinado, ante testigos y por escrito, que firmaréis ambos, con intervención de un cambiante. Y así, todos los lunes y todos los jueves cobrarás el dinero que te corresponda. Y de este modo, cada dracma te producirá dos dracmas y á veces más. Y durante este tiempo tendrás ocasión de visitar El Cairo y de admirar el Nilo.»

Al oír estas palabras, dije: «Es en verdad una idea excelente.» Y en seguida reuní á los pregoneiros y corredores y marché con ellos al khan Serur y les di todas las mercaderías, que llevaron á la kaisariat. Y lo vendí todo al por menor á los mercaderes, después que se escribieron las cláusulas

de una y otra parte, ante testigos, con intervención de un cambista de la kaisariat.

Despachado este asunto, volví al khan, permaneciendo allí tranquilo, sin privarme de ningún placer ni escatimar ningún gasto. Todos los días comía magníficamente, siempre con la copa de vino encima del mantel. Y nunca faltaba en mi mesa buena carne de carnero, dulces y confituras de todas clases. Y así seguí, hasta que llegó el mes en que debía cobrar con regularidad mis ganancias. En efecto, desde la primera semana de aquel mes, cobre como es debido mi dinero. Y los jueves y los lunes me iba á sentar en la tienda de alguno de los deudores míos, y el cambista y el escribano público recorrían cada una de las tiendas, recogían el dinero y me lo entregaban.

Y fué en mí una costumbre el ir á sentarme, ya en una tienda, ya en otra. Pero un día, después de salir del hammam, descansé un rato, almorcé un pollo, bebí algunas copas de vino, me lavé en seguida las manos, me perfumé con esencias aromáticas y me fuí al barrio de la kaisariat Guergués, para sentarme en la tienda de un vendedor de telas llamado Badreddin Al-Bostaní. Cuando me hubo visto me recibió con gran consideración y cordialidad, y estuvimos hablando una hora.

Pero mientras conversábamos vimos llegar una mujer con un largo velo de seda azul. Y entró en la tienda para comprar géneros, y se sentó á mi lado en un taburete. Y el velo, que le cubría la

cabeza y le tapaba ligeramente el rostro, estaba echado á un lado, y exhalaba delicados aromas y perfumes. Y la negrura de sus pupilas, bajo el velo, asesinaba las almas y arrebatava la razón. Se sentó y saludó á Badreddin, que después de corresponder á su salutación de paz, se quedó de pie ante ella, y empezó á hablar, mostrándole telas de varias clases. Y yo, al oír la voz de la dama, tan llena de encanto y tan dulce, sentí que el amor apuñalaba mi hígado.

Pero la dama, después de examinar algunas telas, que no le parecieron bastante lujosas, dijo á Badreddin: «¿No tendrías por casualidad una pieza de seda blanca tejida con hilos de oro puro?» Y Badreddin fué al fondo de la tienda, abrió un armario pequeño, y de un montón de varias piezas de tela sacó una de seda blanca tejida con hilos de oro puro, y luego la desdobló delante de la joven. Y ella la encontró muy á su gusto y á su conveniencia, y le dijo al mercader: «Como no llevo dinero encima, creo que me la podré llevar, como otras veces, y en cuanto llegue á casa te enviaré el importe.» Pero el mercader le dijo: «¡Oh mi señora! No es posible por esta vez, porque esa tela no es mía, sino del comerciante que está ahí sentado, y me he comprometido á pagarle hoy mismo.» Entonces sus ojos lanzaron miradas de indignación, y dijo: «Pero desgraciado, ¿no sabes que tengo la costumbre de comprarte las telas más caras y pagarte más de lo que me pides? ¿No sabes que nunca he

dejado de enviarte su importe inmediatamente?» Y el mercader contestó: «Ciertamente, ¡oh mi señora! Pero hoy tengo que pagar ese dinero en seguida.» Y entonces la dama cogió la pieza de tela, se la tiró á la cara al mercader, y le dijo: «¡Todos sois lo mismo en tu maldita corporación!» Y levantándose airada, volvió la espalda para salir.

Pero yo comprendí que mi alma se iba con ella, me levanté apresuradamente y le dije: «¡Oh mi señora! Concédeme la gracia de volverte un poco hacia mí y desandar generosamente tus pasos.» Entonces ella volvió su rostro hacia donde yo estaba, sonrió discretamente, y me dijo: «Consiento en pisar otra vez esta tienda, pero es sólo en obsequio tuyo.» Y se sentó en la tienda frente á mí. Entonces, volviéndome hacia Badreddin, le dije: «¿Cuál es el precio de esta tela?» Badreddin contestó: «Mil cien dracmas.» Y yo repuse: «Está bien. Te pagaré además cien dracmas de ganancia. Trae un papel para que te dé el precio por escrito.» Y cogí la pieza de seda tejida con oro, y á cambio le di el precio por escrito, y luego entregué la tela á la dama, diciéndole: «Tómala, y puedes irte sin que te preocupe el precio, pues ya me lo pagarás cuando gustes. Y para esto te bastará venir un día entre los días á buscarme en el zoco, donde siempre estoy sentado en una ó en otra tienda. Y si quieres honrarme aceptándola como homenaje mío, te pertenece desde ahora.» Entonces me contestó: «¡Alah te lo premie con toda clase de favores! ¡Ojalá alcan-

ces todas las riquezas que me pertenecen, convirtiéndote en mi dueño y en corona de mi cabeza! ¡Así oiga Alah mi ruego!» Y yo le repliqué: «¡Oh señora mía, acepta, pues, esta pieza de seda! ¡Y que no sea esta sola! Pero te ruego que me otorgues el favor de que admire un instante el rostro que me ocultas.» Entonces se levantó el finísimo velo que le cubría la parte inferior de la cara y no dejaba ver mas que los ojos.

Y vi aquel rostro de bendición, y esta sola mirada bastó para aturdirme, avivar el amor en mi alma y arrebatarme la razón. Pero ella se apresuró á bajar el velo, cogió la tela, y me dijo: «¡Oh dueño mío, que no dure mucho tu ausencia, ó moriré desolada!» Y después se marchó. Y yo me quedé solo con el mercader, hasta la puesta del sol.

Y me hallaba como si hubiese perdido la razón y el sentido, dominado en absoluto por la locura de aquella pasión tan repentina. Y la violencia de este sentimiento hizo que me arriesgase á preguntar al mercader respecto á aquella dama. Y antes de levantarme para irme, le dije: «¿Sabes quién es esa dama?» Y me contestó: «Claro que sí. Es una dama muy rica. Su padre fué un emir ilustre, que murió, dejándole muchos bienes y riquezas.»

Entonces me despedí del mercader y me marché, para volver al khan Serur, donde me alojaba. Y mis criados me sirvieron de comer; pero yo pensaba en ella, y no pude probar bocado. Me eché á

dormir; pero el sueño huía de mi persona, y pasé toda la noche en vela, hasta por la mañana.

Entonces me levanté, me puse un traje más lujoso todavía que el de la víspera, bebí una copa de vino, me desayuné con un buen plato, y volví á la tienda del mercader, á quien hube de saludar, sentándome en el sitio de costumbre. Y apenas había tomado asiento, vi llegar á la joven, acompañada de una esclava. Entró, se sentó y me saludó, sin dirigir el menor saludo de paz á Badreddin. Y con su voz tan dulce y su incomparable modo de hablar, me dijo: «Esperaba que hubieses enñado á alguien á mi casa para cobrar los mil doscientos dracmas que importa la pieza de seda.» A lo cual contesté: «¿Por qué tanta prisa, si á mí no me corre ninguna?» Y ella me dijo: «Eres muy generoso; pero yo no quiero que por mí pierdas nada.» Y acabó por dejar en mi mano el importe de la tela, no obstante mi oposición. Y empezamos á hablar. Y de pronto me decidí á expresarle por señas la intensidad de mi sentimiento. Pero inmediatamente se levantó y se alejó á buen paso, despidiéndose por pura cortesía. Y sin poder contenerme, abandoné la tienda, y la fui siguiendo hasta que salimos del zoco. Y la perdí de vista; pero se me acercó una muchacha, cuyo velo no me permitía adivinar quién fuese, y me dijo: «¡Oh mi señor! Ven á ver á mi señora, que quiere hablarte.» Entonces, muy sorprendido, le dije: «¡Pero si aquí nadie me conoce!» Y la muchacha replicó: «¡Oh cuán escasa es tu

memoria! ¿No recuerdas á la sierva que has visto ahora mismo en el zoco, con su señora, en la tienda de Badreddin?» Entonces eché á andar detrás de ella, hasta que vi á su señora en una esquina de la calle de los Cambios.

Cuando ella me vió, se acercó á mi rápidamente, y llevándome á un rincón de la calle, me dijo: «¡Ojo de mi vida! Sabe que con tu amor llenas todo mi pensamiento y mi alma. Y desde la hora que te vi, ni disfruto del sueño reparador, ni como, ni bebo.» Y yo le contesté: «A mí me pasa igual; pero la dicha que ahora gozo me impide quejarme.» Y ella dijo: «¡Ojo de mi vida! ¿Vas á venir á mi casa, ó iré yo á la tuya?» Yo repuse: «Soy forastero y no dispongo de otro lugar que el khan, en donde hay demasiada gente. Por tanto, si tienes bastante confianza en mi cariño para recibirme en tu casa, colmarás mi felicidad.» Y ella respondió: «Cierto que sí; pero esta noche es la noche del viernes y no puedo recibirte... Pero mañana, después de la oración del mediodía, monta en tu borrico, y pregunta por el barrio de Habbania, y cuando llegues á él, averigua la casa de Barakat, el que fué gobernador, conocido por Aby-Schama. Allí vivo yo. Y no dejes de ir, que te estaré esperando.»

Yo estaba loco de alegría; después nos separamos. Volví al khan Serur, en donde habitaba, y no pude dormir en toda la noche. Pero al amanecer me apresuré á levantarme, y me puse un traje nuevo, perfumándome con los más suaves aromas, y

me proveí de cincuenta dinares de oro, que guardé en un pañuelo. Salí del khan Serur, y me dirigí hacia el lugar llamado Bab-Zauilat, alquilando allí un borrico, y le dije al burrero: «Vamos al barrio de Habbania.» Y me llevó en muy escaso tiempo, llegando á una calle llamada Darb Al-Monkari, y dije al burrero: «Pregunta en esta calle por la casa del nakib (1) Aby-Schama.» El burrero se fué, y volvió á los pocos momentos con las señas pedidas, y me dijo: «Puedes apearte.» Entonces eché pie á tierra, y le dije: «Ve adelante para enseñarme el camino.» Y me llevó á la casa, y entonces le ordené: «Mañana por la mañana volverás aquí para llevarme de nuevo al khan.» Y el hombre me contestó que así lo haría. Entonces le di un cuarto de dinar de oro, y cogiéndolo, se lo llevó á los labios y después á la frente, para darme las gracias, marchándose en seguida.

Llamé entonces á la puerta de la casa. Me abrieron dos jovencitas, dos vírgenes de pechos firmes y blancos, redondos como lunas, y me dijeron: «Entra, ¡oh señor! nuestra ama te aguarda impaciente. No duerme por las noches á causa de la pasión que le inspiras.»

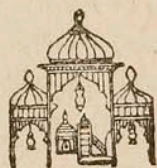
Entré en un patio, y vi un soberbio edificio con siete puertas; y aparecía toda la fachada llena de ventanas, que daban á un inmenso jardín. Este jardín encerraba todas las maravillas de árboles

(1) Gobernador de una provincia.

frutales y de flores; lo regaban arroyos y lo encantaba el gorjeo de las aves. La casa era toda de mármol blanco, tan diáfano y pulimentado, que reflejaba la imagen de quien lo miraba, y los artesonados interiores estaban cubiertos de oro y rodeados de inscripciones y dibujos de distintas formas. Todo su pavimento era de mármol muy rico y de fresco mosaico. En medio de la sala hallábase una fuente incrustada de perlas y pedrería. Alfombras de seda cubrían los suelos, tapices admirables colgaban de los muros, y en cuanto á los muebles, el lenguaje y la escritura más elocuentes no podrían describirlos.

A los pocos momentos de entrar y sentarme...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



*PERO CUANDO LLEGÓ
LA 26.^a NOCHE*

Ella dijo:

He llegado á saber, ¡oh rey afortunado! que el mercader prosiguió así su historia al corredor copto del Cairo, el cual se la contaba al sultán de aquella ciudad de la China:

»Vi que se me acercaba la joven, adornada con perlas y pedrería, luminosa la cara y asesinos los

negros ojos. Me sonrió, me cogió entre sus brazos, y me estrechó contra ella. En seguida juntó sus labios con los míos, y gustó de mi lengua con la suya. Y yo hice lo propio. Y ella me dijo: «¿Es cierto que te tengo aquí, ó es un sueño?» Yo respondí: «¡Soy tu esclavo!» Y ella dijo: «¡Hoy es un día de bendición! ¡Por Alah! ¡Ya no vivía, ni podía disfrutar comiendo y bebiendo!» Yo contesté: «Y yo igualmente.» Luego nos sentamos, y yo, confundido por aquel modo de recibirme, no levantaba la cabeza.

Pero pusieron el mantel y nos presentaron platos exquisitos: carnes asadas, pollos rellenos y pasteles de todas clases. Y ambos comimos hasta saciarnos, y ella me ponía los manjares en la boca, invitándome cada vez con dulces palabras y miradas insinuantes. Después me presentaron el jarro y la palangana de cobre, y me lavé las manos, y ella también, y nos perfumamos con agua de rosas y almizcle, y nos sentamos para departir.

Entonces ella empezó á contarme sus penas, y yo hice lo mismo. Y con esto me enamoré todavía más. Y en seguida empezamos con mimos y juegos, y nos estuvimos besando y haciéndonos mil caricias, hasta que anocheció. Pero no sería de ninguna utilidad detallarlos. Después nos fuimos al lecho, y permanecemos enlazados hasta la mañana. Y lo demás, con sus pormenores, pertenece al misterio.

A la mañana siguiente me levanté, puse disimuladamente debajo de la almohada el bolsillo con los cincuenta dinares de oro, me despedí de la joven y

me dispuse á salir. Pero ella se echó á llorar, y me dijo: «¡Oh dueño mío! ¿cuándo volveré á ver tu hermoso rostro?» Y yo le dije: «Volveré esta misma noche.»

Y al salir encontré á la puerta el borrico que me condujo la víspera, y allí estaba también el burrero esperándome. Monté en el burro, y llegué al khan Serur, donde hube de apearme, y dando medio dinar de oro al burrero, le dije: «Vuelve aquí al anochecer.» Y me contestó: «Tus órdenes están sobre mi cabeza.» Entré entonces en el khan y almorcé. Después salí para recoger de casa de los mercaderes el importe de mis géneros. Cobré las cantidades, regresé á casa, dispuse que preparasen un carnero asado, compré dulces, y llamé á un mandadero, al cual di las señas de la casa de la joven, pagándole por adelantado y ordenándole que llevara todas aquellas cosas. Y yo seguí ocupado en mis negocios hasta la noche, y cuando vino á buscarme el burrero, cogí cincuenta dinares de oro, que guardé en un pañuelo, y salí.

Al entrar en la casa pude ver que todo lo habían limpiado, lavado el suelo, brillante la batería de cocina, preparados los candelabros, encendidos los faroles, prontos los manjares y escanciados los vinos y demás bebidas. Y ella, al verme, se echó en mis brazos, y acariciándome me dijo: «¡Por Alah! ¡Cuánto te deseo!» Y después nos pusimos á comer avellanas y nueces hasta media noche. Entonces nos enlazamos hasta por la mañana. Y me levanté,

puse los cincuenta dinares de oro en el sitio de costumbre, y me fui.

Monté en el borrico, me dirigí al khan, y allí estuve durmiendo. Al anochecer me levanté y dispuse que el cocinero del khan preparase la comida: un plato de arroz salteado con manteca y aderezado con nueces y almendras, y otro plato de cotufas fritas, con varias cosas más. Luego compré flores, frutas y varias clases de almendras, y las envié á casa de mi amada. Y cogiendo cincuenta dinares de oro, los puse en un pañuelo y salí. Y aquella noche me sucedió con la joven lo que estaba escrito que sucediese.

Y siguiendo de este modo, acabé por arruinarme en absoluto, y ya no poseía un dinar, ni siquiera un dracma. Entonces dije para mí que todo ello había sido obra del Cheitán. Y recité las siguientes estrofas:

¡Si la fortuna abandonase al rico, lo veréis empobrecerse y extinguirse sin gloria, como el sol que amarillea al ponerse!

¡Y al desaparecer, su recuerdo se borra para siempre de todas las memorias! ¡Y si vuelve algún día, la suerte no le sonreirá nunca!

¡Ha de darle vergüenza presentarse en las calles! ¡Y á solas consigo mismo, derramará todas las lágrimas de sus ojos!

¡Oh, Alah! ¡El hombre nada puede esperar de sus amigos, porque si cae en la miseria, hasta sus parientes renegarán de él!

Y no sabiendo qué hacer, dominado por tristes pensamientos, salí del khan para pasear un poco, y llegué á la plaza de Bain Al-Kasrain, cerca de la puerta de Zauilat. Allí vi un gentío enorme que llenaba toda la plaza, por ser día de fiesta y de feria. Me confundí entre la muchedumbre, y por decreto del Destino hallé á mi lado un jinete muy bien vestido. Y como la gente aumentaba, me apretujaron contra él, y precisamente mi mano se encontró pegada á su bolsillo, y noté que el bolsillo contenía un paquetito redondo. Entonces metí rápidamente la mano y saqué el paquetito; pero no tuve bastante destreza para que él no lo notase. Porque el jinete comprobó por la disminución de peso que le habían vaciado el bolsillo. Volvióse iracundo, blandiendo la maza de armas, y me asestó un golpazo en la cabeza. Caí al suelo, y me rodeó un corro de personas, algunas de las cuales impidieron que se repitiera la agresión cogiendo al caballo de la brida y diciendo al jinete: «¿No te da vergüenza aprovecharte de las apreturas para pegar á un hombre indefenso?» Pero él dijo: «¡Sabed todos que ese individuo es un ladrón!»

En aquel momento volví en mí del desmayo en que me encontraba, y oí que la gente decía: «¡No puede ser! Este joven tiene sobrada distinción para dedicarse al robo.» Y todos discutían si yo habría ó no robado, y cada vez era mayor la disputa. Hube de verme al fin arrastrado por la muchedumbre, y quizá habría podido escapar de aquel jinete, que

no quería soltarme, cuando, por decreto del Destino, acertaron á pasar por allí el walí y su guardia, que atravesando la puerta de Zauilat, se aproximaron al grupo en que nos encontrábamos. Y el walí preguntó: «¿Qué es lo que pasa?» Y contestó el jinete: «¡Por Alah! ¡Oh Emir! He aquí á un ladrón. Llevaba yo un bolsillo azul con veinte dinares de oro, y entre las apreturas ha encontrado manera de quitármelo.» Y el walí preguntó al jinete: «¿Tienes algún testigo?» Y el jinete contestó: «No tengo ninguno.» Entonces el walí llamó al mokadem, jefe de policía, y le dijo: «Apodérate de ese hombre y regístralo.» Y el mokadem me echó mano, porque ya no me protegía Alah, y me despojó de toda la ropa, acabando por encontrar el bolsillo, que era efectivamente de seda azul. El walí lo cogió y contó el dinero, resultando que contenía exactamente los veinte dinares de oro, según el jinete había afirmado.

Entonces el walí llamó á sus guardias, y les dijo: «Traed acá á ese hombre.» Y me pusieron en sus manos, y me dijo: «Es necesario declarar la verdad. Dime si confiesas haber robado este bolsillo.» Y yo, avergonzado, bajé la cabeza y reflexioné un momento, diciendo entre mí: «Si digo que no he sido yo, no me creerán, pues acaban de encontrarme el bolsillo encima, y si digo que lo he robado, me pierdo.» Pero acabé por decidirme, y contesté: «Sí, lo he robado.»

Al verme quedó sorprendido el walí, y llamó á

los testigos, para que oyesen mis palabras, mandándome que las repitiese ante ellos. Y ocurría todo aquello en la Bab-Zauilat.

El walí mandó entonces al portaalfanje que me cortase la mano, según la ley contra los ladrones. Y el portaalfanje me cortó inmediatamente la mano derecha. Y el jinete se compadeció de mí é intercedió con el walí para que no me cortasen la otra mano. Y el walí le concedió esa gracia y se alejó. Y la gente me tuvo lástima, y me dieron un vaso de vino para infundirme alientos, pues había perdido mucha sangre, y me hallaba muy débil. En cuanto al jinete, se acercó á mí, me alargó el bolsillo y me lo puso en la mano, diciendo: «Eres un joven bien educado y no se hizo para ti el oficio de ladrón.» Y dicho esto se alejó, después de haberme obligado á aceptar el bolsillo. Y yo me marché también, envolviéndome el brazo con un pañuelo y tapándolo con la manga del ropón. Y me había quedado muy pálido y muy triste á consecuencia de lo ocurrido.

Sin darme cuenta, me fui hacia la casa de mi amiga. Y al llegar, me tendí extenuado en el lecho. Pero ella, al ver mi palidez y mi decaimiento, me dijo: «¿Qué te pasa? ¿Cómo estás tan pálido?» Y yo contesté: «Me duele mucho la cabeza; no me encuentro bien.» Entonces, muy entristecida, me dijo: «¡Oh dueño mío, no me abrases el corazón! Levanta un poco la cabeza hacia mí, te lo ruego, ¡ojo de mi vida! y dime lo que te ha ocurrido. Porque adivino

en tu rostro muchas cosas.» Pero yo le dije: «¡Por favor! Ahórrame la pena de contestarte.» Y ella, echándose á llorar, replicó: «¡Ya veo que te cansaste de mí, pues no estás conmigo, como de costumbre!» Y derramó abundantes lágrimas mezcladas con suspiros, y de cuando en cuando interrumpía sus lamentos para dirigirme preguntas, que quedaban sin respuesta; y así estuvimos hasta la noche. Entonces nos trajeron de comer y nos presentaron los manjares, como solían. Pero yo me guardé bien de aceptar, pues me habría avergonzado coger los alimentos con la mano izquierda, y temía que me preguntase el motivo de ello. Y por tanto, exclamé: «No tengo ningún apetito ahora.» Y ella dijo: «Ya ves como tenía razón. Entérame de lo que te ha pasado, y por qué estás tan afligido y con luto en el alma y en el corazón.» Entonces acabé por decirle: «Te lo contaré todo, pero poco á poco, por partes.» Y ella, alargándome una copa de vino, repuso: «¡Vamos, hijo mío! Déjate de pensamientos tristes. Con esto se cura la melancolía. Bebe este vino, y confíame la causa de tus penas.» Y yo le dije: «Si te empeñas, dame tú misma de beber con tu mano.» Y ella acercó la copa á mis labios, inclinandola con suavidad, y me dió de beber. Después la llenó de nuevo, y me la acercó otra vez. Hice un esfuerzo, tendí la mano izquierda y cogí la copa. Pero no pude contener las lágrimas y rompí á llorar.

Y cuando ella me vió llorar, tampoco pudo contenerse, me cogió la cabeza con ambas manos, y

dijo: «¡Oh, por favor! ¡Dime el motivo de tu llanto! ¡Me estás abrasando el corazón! Dime también por qué tomaste la copa con la mano izquierda.» Y yo le contesté: «Tengo un tumor en la derecha.» Y ella replicó: «Ensénamelo; lo sajaremos, y te aliviarás.» Y yo respondí: «No es el momento oportuno para tal operación. No insistas, porque estoy resuelto á no sacar la mano.» Vacíé por completo la copa, y seguí bebiendo cada vez que ella me la ofrecía, hasta que me poseyó la embriaguez, madre del olvido. Y tendiéndome en el mismo sitio en que me hallaba, me dormí.

Al día siguiente, cuando me desperté, vi que me había preparado el almuerzo: cuatro pollos cocidos, caldo de gallina y vino abundante. De todo me ofreció, y comí y bebí, y después quise despedirme y marcharme. Pero ella me dijo: «¿Adónde piensas ir?» Y yo contesté: «A cualquier sitio en que pueda distraerme y olvidar las penas que me oprimen el corazón.» Y ella me dijo: «¡Oh, no te vayas! ¡Quédate un poco más!» Y yo me senté, y ella me dirigió una intensa mirada, y me dijo: «Ojo de mi vida, ¿qué locura te aqueja? Por mi amor te has arruinado. Además, adivino que tengo también la culpa de que hayas perdido la mano derecha. Tu sueño me ha hecho descubrir tu desgracia. Pero ¡por Alah! jamás me separaré de ti. Y quiero casarme contigo legalmente.»

Y mandó llamar á los testigos, y les dijo: «Sed testigos de mi casamiento con este joven. Vais á

redactar el contrato de matrimonio, haciendo constar que me ha entregado la dote.»

Y los testigos redactaron nuestro contrato de matrimonio. Y ella les dijo: «Sed testigos asimismo de que todas las riquezas que me pertenecen, y que están en esa arca que veis, así como cuanto poseo, es desde ahora propiedad de este joven.» Y los testigos lo hicieron constar, y levantaron acta de su declaración, así como de que yo aceptaba, y se fueron después de haber cobrado sus honorarios.

Entonces la joven me cogió de la mano, y me llevó frente á un armario, lo abrió y me enseñó un gran cajón, que abrió también, y me dijo: «Mira lo que hay en esa caja.» Y al examinarla, vi que estaba llena de pañuelos, cada uno de los cuales formaba un paquetito. Y me dijo: «Todo esto son los bienes que durante el transcurso del tiempo fuí aceptando de ti. Cada vez que me dabas un pañuelo con cincuenta dinares de oro, tenía yo buen cuidado de guardarlo muy oculto en esa caja. Ahora recobra lo tuyo. Alah te lo tenía reservado y lo había escrito en tu Destino. Hoy te protege Alah, y me eligió para realizar lo que él había escrito. Pero por causa mía perdiste la mano derecha, y no puedo corresponder como es debido á tu amor ni á tu adhesión á mi persona, pues no bastaría aunque para ello sacrificase mi alma.» Y añadió: «Toma posesión de tus bienes.» Y yo mandé fabricar una nueva caja, en la cual metí uno por uno los paquetes que iba sacando del armario de la joven.

Me levanté entonces y la estreché en mis brazos. Y siguió diciéndome las palabras más gratas y lamentando lo poco que podía hacer por mí en comparación de lo que yo había hecho por ella. Después, queriendo colmar cuanto había hecho, se levantó é inscribió á mi nombre todas las alhajas y ropas de lujo que poseía, así como sus valores, terrenos y fincas, certificándolo con su sello y ante testigos.

Y aquella noche, á pesar de los transportes de amor á que nos entregamos, se durmió muy entristecida por la desgracia que me había ocurrido por su causa.

Y desde aquel momento no dejó de lamentarse y afligirse de tal modo, que al cabo de un mes se apoderó de ella un decaimiento, que se fué acentuando y se agravó, hasta el punto de que murió á los cincuenta días.

Entonces dispuse todos los preparativos de los funerales, y yo mismo la deposité en la sepultura y mandé verificar cuantas ceremonias preceden al entierro. Al regresar del cementerio entré en la casa y examiné todos sus legados y donaciones, y vi que entre otras cosas me había dejado grandes almacenes llenos de sésamo. Precisamente de este sésamo cuya venta te encargué, ¡oh mi señor! por lo cual te aviniste á aceptar un escaso corretaje, muy inferior á tus méritos.

Y esos viajes que he realizado y que te asombraban eran indispensables para liquidar cuanto

ella me ha dejado, y ahora mismo acabo de cobrar todo el dinero y arreglar otras cosas.

Te ruego, pues, que no rechaces la gratificación que quiero ofrecerte, ¡oh tú que me das hospitalidad en tu casa y me invitas á compartir tus manjares! Me harás un favor aceptando todo el dinero que has guardado y que cobraste por la venta del sésamo.

Y tal es mi historia y la causa de que coma siempre con la mano izquierda.»

Entonces, yo, ¡oh poderoso rey! dije al joven: «En verdad que me colmas de favores y beneficios.» Y me contestó: «Eso no vale nada. ¿Quieres ahora, ¡oh excelente corredor! acompañarme á mi tierra, que, como sabes, es Bagdad? Acabo de hacer importantes compras de géneros en El Cairo, y pienso venderlos con mucha ganancia en Bagdad. ¿Quieres ser mi compañero de viaje y mi socio en las ganancias?» Y contesté: «Pongo tus deseos sobre mis ojos.» Y determinamos partir á fin del mes.

Mientras tanto, me ocupé en vender sin pérdida ninguna todo lo que poseía, y con el dinero que aquello me produjo compré también muchos géneros. Y partí con el joven hacia Bagdad, y desde allí, después de obtener ganancias cuantiosas y comprar otras mercancías, nos encaminamos á este país que gobiernas, ¡oh rey de los siglos!

Y el joven vendió aquí todos sus géneros y ha marchado de nuevo á Egipto, y me disponía á re-

unirme con él, cuando me ha ocurrido esta aventura con el jorobado, debida á mi desconocimiento del país, pues soy un extranjero que viaja para realizar sus negocios.

Tal es, ¡oh rey de los siglos! la historia, que juzgo más extraordinaria que la del jorobado.»

Pero el rey contestó: «Pues á mí no me lo parece. Y voy á mandar que os ahorquen á todos, para que paguéis el crimen cometido en la persona de mi bufón, este pobre jorobado á quien matasteis.»

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



*PERO CUANDO LLEGÓ
LA 27.^a NOCHE*

Ella dijo:

He llegado á saber, ¡oh rey afortunado! que cuando el rey de la China dijo: «Voy á mandar que os ahorquen á todos», el intendente dió un paso, prosternándose ante el rey, y dijo: «Si me lo permites, te contaré una historia que ha ocurrido hace pocos días, y que es más sorprendente y maravillosa que la del jorobado. Si así lo crees después de haberla oído, nos indultarás á todos.» El rey de la China dijo: «¡Así sea!» Y el intendente contó lo que sigue:



Relato del intendente del rey de la China



«Sabe, ¡oh rey de los siglos y del tiempo! que la noche última me convidaron á una comida de boda, á la cual asistían los sabios versados en el Libro de la Nobleza. Terminada la lectura del Corán, se tendió el mantel, se colocaron los manjares y se trajo todo lo necesario para el festín. Pero entre otros comestibles, había un plato de arroz preparado con ajos, que se llama *roz baja*, y que es delicioso si está en su punto el arroz y se han dosificado bien los ajos y especias que lo sazonan. Todos empezamos á comerlo con gran apetito, excepto uno de los convidados, que se negó rotundamente á tocar este plato de *roz baja*. Y como le instábamos á que lo probase, juró que no haría tal cosa. Entonces repetimos nuestro ruego, pero él nos dijo: «Por favor, no me apremiéis de ese modo. Bastante lo pagué una vez que tuve la desgracia de probarlo.» Y recitó esta estrofa:

¡Si no quieres tratarte con el que fué tu amigo y deseas evitar su saludo, no pierdas el tiempo en inventar estratagemas: huye de él!

Entonces no quisimos insistir más. Pero le preguntamos: «¡Por Alah! ¿Cuál es la causa que te im-

pide probar este delicioso plato de rozbaja?» Y contestó: «He jurado no comer rozbaja sin haberme lavado las manos cuarenta veces seguidas con sosa, otras cuarenta con potasa y otras cuarenta con jabón, ó sean ciento veinte veces.»

Y el dueño de la casa mandó á los criados que trajesen inmediatamente agua y las demás cosas que había pedido el convidado. Y después de lavarse se sentó de nuevo el convidado, y aunque no muy á gusto, tendió la mano hacia el plato en que todos comíamos, y trémulo y vacilante empezó á comer. Mucho nos sorprendió aquello, pero más nos sorprendimos cuando al mirar su mano vimos que sólo tenía cuatro dedos, pues carecía del pulgar. Y el convidado no comía mas que con cuatro dedos. Entonces le dijimos: «¡Por Alah sobre ti! Dinos por qué no tienes pulgar. ¿Es una deformidad de nacimiento, obra de Alah, ó has sido víctima de algún accidente?»

Y entonces contestó: «Hermanos, aún no lo babéis visto todo. No me falta un pulgar, sino los dos, pues tampoco le tengo en la mano izquierda. Y además, en cada pie me falta otro dedo. Ahora lo vais á ver.» Y nos enseñó la otra mano, y descubrió ambos pies, y vimos que, efectivamente, no tenía mas que cuatro dedos en cada uno. Entonces aumentó nuestro asombro, y le dijimos: «Hemos llegado al límite de la impaciencia, y deseamos averiguar la causa de que perdieras los dos pulgares y esos otros dos dedos de los pies, así como el

motivo de que te hayas lavado las manos ciento veinte veces seguidas.» Entonces nos refirió lo siguiente:

«Sabed, ¡oh todos vosotros! que mi padre era un mercader entre los grandes mercaderes, el principal de los mercaderes de la ciudad de Bagdad en tiempo del califa Harún Al-Rachid. Y eran sus delicias el vino en las copas, los perfumes de las flores, las flores en su tallo, cantoras y danzarinas, los ojos negros y las propietarias de estos ojos. Así es que cuando murió no me dejó dinero, porque todo lo había gastado. Pero como era mi padre, le hice un entierro según su rango, di festines fúnebres en honor suyo, y le llevé luto días y noches. Después fui á la tienda que había sido suya, la abrí, y no hallé nada que tuviese valor; al contrario, supe que dejaba muchas deudas. Entonces fui á buscar á los acreedores de mi padre, rogándoles que tuviesen paciencia, y los tranquilicé lo mejor que pude. Después me puse á vender y comprar, y á pagar las deudas, semana por semana, conforme á mis ganancias. Y no dejé de proceder del mismo modo hasta que pagué todas las deudas y acrecenté mi capital primitivo con mis legítimas ganancias.

Pero un día que estaba yo sentado en mi tienda, vi avanzar montada en una mula torda, un milagro entre los milagros, una joven deslumbrante de hermosura. Delante de ella iba un eunuco y otro detrás. Paró la mula, y á la entrada del zoco se apeó, y penetró en el mercado, seguida de uno de los dos

eunucos. Y éste le dijo: «¡Oh mi señora! Por favor, no te dejes ver de los transeuntes. Vas á atraer contra nosotros alguna calamidad. Vámonos de aquí.» Y el eunuco quiso llevársela. Pero ella no hizo caso de sus palabras, y estuvo examinando todas las tiendas del zoco, una tras otra, sin que viera ninguna más lujosa ni mejor presentada que la mía. Entonces se dirigió hacia mí, siempre seguida por el eunuco, se sentó en mi tienda y me deseó la paz. Y en mi vida había oído voz más suave ni palabras más deliciosas. Y la miré, y sólo con verla me sentí turbadísimo, con el corazón arrebatado. Y no pude apartar mis miradas de su semblante, y recité estas dos estrofas:

¡Di á la hermosa del velo suave, tan suave como el ala de un palomo!

¡Dile que al pensar en lo que padezco, creo que la muerte me aliviaría!

¡Dile que sea buena un poco nada más! ¡Por ella, para acercarme á sus alas, he renunciado á mi tranquilidad!

Cuando oyó mis versos, me correspondió con los siguientes:

¡He gastado mi corazón amándote! ¡Y este corazón rechaza otros amores!

¡Y si mis ojos vieses alguna vez otra beldad, ya no podrían alegrarse!

*¡Juré no arrancar nunca tu amor de mi corazón!
¡Y sin embargo, mi corazón está triste y sediento de tu amor!*

¡He bebido en una copa en la cual encontré el amor puro! ¿Por qué no han humedecido tus labios esa copa en que encontré el amor?...

Después me dijo: «¡Oh joven mercader! ¿tienes telas buenas que enseñarme?» A lo cual contesté: «¡Oh mi señora! Tu esclavo es un pobre mercader, y no posee nada digno de ti. Ten, pues, paciencia, porque como todavía es muy temprano, aún no han abierto las tiendas los demás mercaderes. Y en cuanto abran, iré á comprarles yo mismo los géneros que buscas.» Luego estuve conversando con ella, sintiéndome cada vez más enamorado.

Pero cuando los mercaderes abrieron sus establecimientos, me levanté y salí á comprar lo que me había encargado, y el total de las compras, que tomé por mi cuenta, ascendía á cinco mil dracmas. Y todo se lo entregué al eunuco. Y en seguida la joven partió con él, dirigiéndose al sitio donde la esperaba el otro esclavo con la mula. Y yo entré en mi casa embriagado de amor. Me trajeron la comida y no pude comer, pensando siempre en la hermosa joven. Y cuando quise dormir huyó de mí el sueño.

De este modo transcurrió una semana, y los mercaderes me reclamaron el dinero; pero como no volví á saber de la joven, les rogué que tuviesen un poco de paciencia, pidiéndoles otra semana de

plazo. Y ellos se avinieron. Y efectivamente, al cabo de la semana vi llegar á la joven, montada en su mula y acompañada por un servidor y los dos eunucos. Y la joven me saludó y me dijo: «¡Oh mi señor! Perdóname que hayamos tardado tanto en pagarte. Pero ahí tienes el dinero. Manda venir á un cambista, para que vea estas monedas de oro.» Mandé llamar al cambista, y en seguida uno de los eunucos le entregó el dinero, lo examinó y lo encontró de ley. Entonces tomé el dinero, y estuve hablando con la joven hasta que se abrió el zoco y llegaron los mercaderes á sus tiendas. Y ella me dijo: «Ahora necesito estas y aquellas cosas. Ve á comprármelas.» Y compré por mi cuenta cuanto me había encargado, entregándoselo todo. Y ella lo tomó, como la primera vez, y se fué en seguida. Y cuando la vi alejarse, dije para mí: «No entiendo esta amistad que me tiene. Me trae cuatrocientos dinares y se lleva géneros que valen mil. Y se marcha sin decirme siquiera dónde vive. ¡Pero solamente Alah sabe lo que se oculta en un corazón!»

Y así transcurrió todo un mes, cada día más atormentado mi espíritu por estas reflexiones. Y los mercaderes vinieron á reclamarme su dinero en forma tan apremiante, que para tranquilizarlos hube de decirles que iba á vender mi tienda con todos los géneros, y mi casa y todos mis bienes. Me hallé, pues, próximo á la ruina, y estaba muy afligido, cuando vi á la joven que entraba en el zoco y se dirigía á mi tienda. Y al verla se desvanecieron

todas mis zozobras, y hasta olvidé la triste situación en que me había encontrado durante su ausencia. Y ella se me acercó, y con su voz llena de dulzura me dijo: «Saca la balanza, para pesar el dinero que te traigo.» Y me dió, en efecto, cuanto me debía y algo más, en pago de las compras que para ella había hecho.

En seguida se sentó á mi lado y me habló con gran afabilidad, y yo desfallecía de ventura. Y acabó por decirme: «¿Eres soltero ó tienes esposa?» Y yo dije: «¡Por Alah! No tengo ni mujer legítima ni concubina.» Y al decirlo, me eché á llorar. Entonces ella me preguntó: «¿Por qué lloras?» Y yo respondí: «Por nada; es que me ha pasado una cosa por la mente.» Luego me acerqué á su criado, le di algunos dinares de oro y le rogué que sirviese de mediador entre ella y mi persona para lo que yo deseaba. Y él se echó á reir, y me dijo: «Sabe que mi señora está enamorada de ti. Pues ninguna necesidad tenía de comprar telas, y sólo las ha comprado para poder hablar contigo y darte á conocer su pasión. Puedes, por tanto, dirigirte á ella, seguro de que no te reñirá ni ha de contrariarte.»

Y cuando ella iba á despedirse, me vió entregar el dinero al servidor que la acompañaba. Y entonces volvió á sentarse y me sonrió. Y yo le dije: «Otorga á tu esclavo la merced que desea solicitar de ti y perdónale anticipadamente lo que va á decirte.» Después le hablé de lo que tenía en mi corazón. Y vi que le agradaba, pues me dijo: «Este

esclavo te traerá mi respuesta y te señalará mi voluntad. Haz cuanto te diga que hagas.» Después se levantó y se fué.

Entonces fui á entregar á los mercaderes su dinero con los intereses que les correspondían. En cuanto á mí, desde el instante que dejé de verla perdí todo mi sueño durante todas mis noches. Pero en fin, pasados algunos días, vi llegar al esclavo y lo recibí con solicitud y generosidad, rogándole que me diese noticias. Y él me dijo: «Ha estado enferma estos días.» Y yo insistí: «Dame algunos pormenores acerca de ella.» Y él respondió: «Esta joven ha sido educada por nuestra ama Zobeida, esposa favorita de Harún Al-Rachid, y ha entrado en su servidumbre. Y nuestra ama Zobeida la quiere como si fuese hija suya, y no le niega nada. Pero el otro día le pidió permiso para salir, diciéndole: «Mi alma desea pasearse un poco y volver en seguida á palacio.» Y se le concedió el permiso. Y desde aquel día no dejó de salir y de volver á palacio, con tal frecuencia, que acabó por ser peritísima en compras, y se convirtió en la proveedora de nuestra ama Zobeida. Entonces te vió, y le habló de ti á nuestra ama, rogándole que la casase contigo. Y nuestra ama le contestó: «Nada puedo decirte sin conocer á ese joven. Si me convenzo de que te iguala en cualidades, te uniré con él.» Pero ahora vengo á decirte que nuestro propósito es que entres en palacio. Y si logramos hacerte entrar sin que nadie se entere, puedes estar seguro de casar-

te, pero si se descubre te cortarán la cabeza. ¿Qué dices á esto?» Yo respondí: «Que iré contigo.» Entonces me dijo: «Apenas llegue la noche, dirígete á la mezquita que Sett-Zobeida ha mandado edificar junto al Tigris. Entra, haz tu oración, y aguárdame.» Y yo respondí: «Obedezco, amo, y honro.»

Y cuando vino la noche fui á la mezquita, entré, me puse á rezar, y pasé allí toda la noche. Pero al amanecer vi, por una de las ventanas que dan al río, que llegaban en una barca unos esclavos llevando dos cajas vacías. Las metieron en la mezquita y se volvieron á su barca. Pero uno de ellos, que se había quedado detrás de los otros, era el que me había servido de mediador. Y á los pocos momentos vi llegar á la mezquita á mi amada, la dama de Sett-Zobeida. Y corrí á su encuentro, queriendo estrecharla entre mis brazos. Pero ella huyó hacia donde estaban las cajas vacías é hizo una seña al eunuco, que me cogió, y antes de que pudiese defenderme me encerró en una de aquellas cajas. Y en el tiempo que se tarda en abrir un ojo y cerrar el otro, me llevaron al palacio del califa. Y me sacaron de la caja. Y me entregaron trajes y efectos que valdrían lo menos cincuenta mil dracmas. Después vi á otras veinte esclavas blancas, todas con pechos de vírgenes. Y en medio de ellas estaba Sett-Zobeida, que no podía moverse de tantos esplendores como llevaba á partir del ombligo.

Y las damas formaban dos filas frente á la sultana. Yo di un paso y besé la tierra entre sus ma-

nos. Entonces me hizo seña de que me sentase, y me senté entre sus manos. En seguida me interrogó acerca de mis negocios, mi parentela y mi linaje, contestándole yo á cuanto me preguntaba. Y pareció muy satisfecha, y dijo: «¡Alah! ¡Ya veo que no he perdido el tiempo criando á esta joven, pues le encuentro un esposo cual éste!» Y añadió: «¡Sabe que la considero como si fuese mi propia hija, y será para ti una esposa sumisa y dulce ante Alah y ante ti!» Y entonces me incliné, besé la tierra y consentí en casarme.

Y Sett-Zobeida me invitó á pasar en el palacio diez días. Y allí permanecí estos diez días, pero sin saber nada de la joven. Y eran otras jóvenes las que me traían el almuerzo y la comida y servían á la mesa.

Transcurrido el plazo indispensable para los preparativos de la boda, Sett-Zobeida rogó al Emir de los Creyentes el permiso para la boda. Y el califa, después de dar su venia, regaló á la joven diez mil dinares de oro. Y Sett-Zobeida mandó á buscar al kadí y á los testigos, que escribieron el contrato de matrimonio. Después empezó la fiesta. Se prepararon dulces de todas clases y los manjares de costumbre. Comimos, bebimos y se repartieron platos de comida por toda la ciudad, durando el festín diez días completos. Después llevaron á la joven al hamam para prepararla, según es uso.

Y durante este tiempo se puso la mesa para mí y mis convidados, se trajeron platos exquisitos, y

entre otras cosas, en medio de pollos asados, pasteles de todas clases, rellenos deliciosos y dulces perfumados con almizcle y agua de rosas, había un plato de rozbaja capaz de volver loco al espíritu más equilibrado. Y yo, ¡por Alah! en cuanto me senté á la mesa, no pude menos de precipitarme sobre este plato de rozbaja y hartarme de él. Después me sequé las manos.

Y así estuve tranquilo hasta la noche. Pero se encendieron las antorchas y llegaron las cantoras y tañedoras de instrumentos. Después se procedió á vestir á la desposada. Y la vistieron siete veces con trajes diferentes, en medio de los cantos y del sonar de los instrumentos. En cuanto al palacio, estaba lleno completamente por una muchedumbre de convidados. Y yo, cuando hubo terminado la ceremonia, entré en el aposento reservado, y me trajeron á la novia, procediendo su servidumbre á despojarla de todos los vestidos, retirándose después.

Cuando la vi toda desnuda y estuvimos solos en nuestro lecho, la cogí entre mis brazos; y tal era mi ventura, que me parecía mentira el poseerla. Pero en este momento notó el olor de mi mano con la cual había comido la rozbaja, y apenas lo notó lanzó un agudo chillido.

Inmediatamente acudieron por todas partes las damas de palacio, mientras que yo, trémulo de emoción, no me daba cuenta de la causa de todo aquello. Y le dijeron: «¡Oh hermana nuestra! ¿qué te ocurre?» Y ella contestó: «¡Por Alah sobre vosotras!

¡Libradme al instante de este estúpido, al cual creí hombre de buenas maneras!» Y yo le pregunté: «¿Y por qué me juzgas estúpido ó loco?» Y ella dijo: «¡Insensato! ¡Ya no te quiero, por tu poco juicio y tu mala acción!» Y cogió un látigo que estaba cerca de ella, y me azotó con tan fuertes golpes, que perdí el conocimiento. Entonces ella se detuvo, y dijo á las doncellas: «Cogedlo y llevádselo al gobernador de la ciudad, para que le corten la mano con que comió los ajos.» Pero ya había yo recobrado el conocimiento, y al oír aquellas palabras, exclamé: «¡No hay poder y fuerza mas que en Alah Todopoderoso! ¿Pero por haber comido ajos me han de cortar una mano? ¿Quién ha visto nunca semejante cosa?» Entonces las doncellas empezaron á interceder en mi favor, y le dijeron: «¡Oh hermana, no le castigues esta vez! ¡Concedéenos la gracia de perdonarle!» Entonces ella dijo: «Os concedo lo que pedís; no le cortarán la mano, pero de todos modos algo he de cortarle de sus extremidades.» Después se fué y me dejó solo.

En cuanto á mí, estuve diez días completamente solo y sin verla. Pero pasados los diez días, vino á buscarme y me dijo: «¡Oh tú, el de la cara ennegrecida! (1). ¿Tan poca cosa soy para ti, que comiste ajo la noche de la boda?» Después llamó á sus siervas y les dijo: «¡Atadle los brazos y las

(1) Expresión muy usada: significa que no se ha ejecutado bien un acto cualquiera. En cambio, cuando se dice: «Tu cara se ha blanqueado», se quiere decir que alguien ha salido airoso de algún trance.

piernas!» Y entonces me ataron los brazos y las piernas, y ella cogió una cuchilla de afeitar bien afilada y me cortó los dos pulgares de las manos y los dedos gordos de ambos pies. Y por eso, ¡oh todos vosotros! me veis sin pulgares en las manos y en los pies.

En cuanto á mí, caí desmayado. Entonces ella echó en mis heridas polvos de una raíz aromática, y así restañó la sangre. Y yo dije, primero entre mí y luego en alta voz: «¡No volveré á comer rozbaja sin lavarme después las manos cuarenta veces con potasa, cuarenta con sosa y cuarenta con jabón!» Y al oirme, me hizo jurar que cumpliría esta promesa, y que no comería rozbaja sin cumplir con exactitud lo que acababa de decir.

Por eso, cuando me apremiabais todos los aquí reunidos á comer de ese plato de rozbaja que hay en la mesa, he palidecido y me he dicho: «He aquí la rozbaja que me costó perder los pulgares.» Y al empeñaros en que la comiera, me vi obligado por mi juramento á hacer lo que visteis.»

Entonces, ¡oh rey de los siglos!—dijo el intendente continuando la historia, mientras los demás circunstantes estaban escuchando—pregunté al joven mercader de Bagdad: «¿Y qué te ocurrió luego con tu esposa?» Y él me contestó:

«Cuando hice aquel juramento ante ella, se tranquilizó su corazón, y acabó por perdonarme.

Entonces la cogí y me acosté con ella. Y ¡por Alah! recuperé bien el tiempo perdido y olvidé mis pesares. Y permanecimos unidos largo tiempo de aquel modo. Después ella me dijo: «Has de saber que nadie de la corte del califa sabe lo que ha pasado entre nosotros. Eres el único que logró introducirse en este palacio. Y has entrado gracias al apoyo de El-Sayedat (1) Zobeida.» Después me entregó diez mil dinares de oro, diciéndome: «Toma este dinero y ve á comprar una buena casa en que podamos vivir los dos.»

Entonces salí, y compré una casa magnífica. Y allí transporté las riquezas de mi esposa y cuantos regalos le habían hecho, los objetos preciosos, telas, muebles y demás cosas bellas. Y todo lo puse en aquella casa que había comprado. Y vivimos juntos hasta el límite de los placeres y de la expansión.

Pero al cabo de un año, por voluntad de Alah, murió mi mujer. Y no busqué otra esposa, pues quise viajar. Salí entonces de Bagdad, después de haber vendido todos mis bienes, y cogí todo mi dinero y emprendí el viaje, hasta que llegué á esta ciudad.»

Y tal es, ¡oh rey del tiempo!—prosiguió el intendente—la historia que me refirió el joven mercader de Bagdad. Entonces todos los invitados seguimos comiendo, y después nos fuimos.

(1) *El-Sayedat*: la gran señora, el ama.

Pero al salir me ocurrió la aventura con el jorobado. Y entonces sucedió lo que sucedió.

Esta es la historia. Estoy convencido de que es más sorprendente que nuestra aventura con el jorobado. ¡Uasalam!» (1).

Entonces dijo el rey de la China: «Pues te equivocas. No es más maravillosa que la aventura del jorobado. Porque la aventura del jorobado es mucho más sorprendente. Y por eso van á crucificaros á todos, desde el primero hasta el último.»

Pero en este momento avanzó el médico judío, besó la tierra entre las manos del sultán, y dijo: «¡Oh rey del tiempo! Te voy á contar una historia que es seguramente más extraordinaria que todo cuanto oíste, y que la misma aventura del jorobado.»

Entonces dijo el rey de la China: «Cuéntala pronto, porque no puedo aguardar más.»

Y el médico judío dijo:



Relato del médico judío



«La cosa más extraordinaria que me ocurrió en mi juventud es precisamente esta que vais á oír, ¡oh mis señores llenos de cualidades!

Estudiaba entonces medicina y ciencias en la

(1) Fórmula para despedirse ó retirarse: «Que la paz sea sobre ti.»

ciudad de Damasco. Y cuando tuve bien aprendida mi profesión, empecé á ejercerla y á ganarme la vida.

Pero un día entre los días, cierto esclavo del gobernador de Damasco vino á mi casa, y diciéndome que le acompañase, me llevó al palacio del gobernador. Y allí, en medio de una gran sala, vi un lecho de mármol chapeado de oro. En este lecho estaba echado y enfermo un hijo de Adán. Era un joven tan hermoso, que no se habría encontrado otro como él entre todos los de su tiempo. Me acerqué á su cabecera, y le deseé pronta curación y completa salud. Pero él sólo me contestó haciéndome una seña con los ojos. Y yo le dije: «¡Oh mi señor, dame la mano!» Y él me alargó la mano izquierda, lo cual me asombró mucho, haciéndome pensar: «¡Por Alah! ¡Qué cosa tan sorprendente! He aquí un joven de buena apariencia y de elevada condición, y que está sin embargo muy mal educado.» No por eso dejé de tomarle el pulso, y receté un medicamento á base de agua de rosas. Y le seguí visitando, hasta que, pasados diez días, recuperó las fuerzas y pudo levantarse como de costumbre. Entonces le aconsejé que fuese al hammam y que después volviese á descansar.

El gobernador de Damasco me demostró su gratitud regalándome un magnífico ropón de honor y nombrándome, no sólo médico suyo, sino también del hospital de Damasco. En cuanto al joven, que durante su enfermedad había seguido alargándome

la mano izquierda, me rogó que le acompañase al hammam, que se había reservado para él solo, prohibiendo entrar á los demás clientes. Y cuando llegamos al hammam se acercaron los criados del joven, le ayudaron á desnudarse, cogiendo su ropa y dándole otra, limpia y nueva. Y al ver desnudo al joven, noté que carecía de mano derecha. Y me sorprendió y apenó grandemente el descubrimiento. Y aumentó mi asombro cuando vi huellas de varazos en todo su cuerpo. Entonces el joven se volvió hacia mí, y me dijo: «¡Oh médico del siglo! No te asombre el verme como me ves, pues voy á contarte el motivo, y oirás una relación muy extraordinaria. Pero tenemos que aguardar á estar fuera del hammam.»

Después de salir del hammam llegamos al palacio, y nos sentamos para descansar y comer luego. Pero el joven me dijo: «¿No prefieres que subamos á la sala alta?» Y yo le contesté que sí, y entonces mandó á los criados que asaran un carnero y lo subieran á la sala alta, á la cual nos encaminamos. Y los esclavos no tardaron en subir el carnero asado y toda clase de frutas. Y nos pusimos á comer, y él siempre se servía de la mano izquierda. Entonces yo le dije: «Cuéntame ahora esa historia.» Y él contestó: «¡Oh médico del siglo, te la voy á contar! Escucha, pues.

Sabe que nací en la ciudad de Mossul, donde mi familia figuraba entre las más principales. Mi padre era el mayor de los diez vástagos que dejó mi

abuelo al morir, y cuando esto ocurrió, mi padre estaba ya casado, como todos mis tíos. Pero él era el único que tuvo un hijo, que fui yo, pues ninguno de mis tíos los tuvo. Por eso fui creciendo entre las simpatías de todos mis tíos, que me querían muchísimo y se alegraban mirándome.

Un día que estaba con mi padre en la gran mezquita de Mossul para rezar la oración del viernes, vi que después de la plegaria todo el mundo se había marchado, menos mi padre y mis tíos. Se sentaron todos en la gran estera, y yo me senté con ellos. Y se pusieron á hablar, versando la conversación sobre los viajes y las maravillas de los países extranjeros y de las grandes ciudades lejanas. Pero sobre todo hablaron de Egipto y del Cairo. Y mis tíos repitieron los relatos admirables de los viajeros que habían estado en Egipto, y decían que no había en la tierra país más bello ni río más maravilloso que el Nilo. Por eso los poetas han hecho muy bien en cantar ese país y su Nilo, y dice la verdad el poeta cuando dice:

*¡Por Alah! ¡Te conjuro que digas al río de mi país,
al Nilo de mi país, que aquí no puedo extinguir la sed,
que el Éufrates no puede apagar la sed que me atormenta!*

Mis tíos empezaron á enumerar las maravillas de Egipto y de su río, con tal elocuencia y tanto calor, que cuando dejaron de hablar y se fué cada

cual á su casa, quedé muy pensativo y preocupado, y no podía apartarse de mi espíritu el grato recuerdo de todas aquellas cosas que acababa de oír con motivo de aquel país tan admirable. Y cuando volví á casa, no pude pegar los ojos en toda la noche, y perdí el apetito.

Averigüé á los pocos días que mis tíos estaban preparando un viaje á Egipto, y rogué con tanto ardor á mi padre, y tanto laboré para que me dejase ir con ellos, que me lo permitió y hasta me compró mercaderías muy estimables. Y encargó á mis tíos que no me llevasen con ellos á Egipto, sino que me dejaran en Damasco, donde debía yo ganar dinero con los géneros que llevaba. Me despedí de mi padre, me junté con mis tíos, y salimos de Mossul.

Así viajamos hasta Alepo, donde nos detuvimos algunos días, y desde allí reanudamos el viaje hacia Damasco, adonde no tardamos en llegar.

Y vimos que Damasco es una hermosa ciudad, entre jardines, arroyos, árboles, frutas y pájaros. Nos albergamos en uno de los khanes, y mis tíos se quedaron en Damasco hasta que vendieron sus mercaderías de Mossul, comprando otras en Damasco para despacharlas en El Cairo, y vendieron también mis géneros tan ventajosamente, que cada dracma de mercadería me valió cinco dracmas de plata. Después mis tíos me dejaron solo en Damasco y prosiguieron su viaje á Egipto.

En cuanto á mí, continué viviendo en Damasco,

en donde alquilé una casa maravillosa, cuyas bellezas no puede enumerar la lengua humana. Me costaba dos dinares de oro al mes. Pero no me contenté con esto. Empecé á hacer cuantiosos gastos, satisfaciendo todos mis caprichos, sin privarme de ninguna clase de manjares ni bebidas. Y este género de vida duró hasta que hube gastado el dinero con que contaba.

Y por entonces, estando sentado un día á la puerta de mi casa para tomar el fresco, vi acercarse á mí, viniendo no sé de dónde, á una joven ricamente vestida, sobrepasando en elegancia á todo cuanto había visto en mi vida. Me levanté súbitamente y la invité á que honrase mi casa con su presencia. No hizo ningún reparo, sino que traspuso el umbral y penetró en la casa gentilmente. Cerré entonces la puerta detrás de nosotros, y lleno de júbilo la cogí en brazos y la transporté al salón. Allí se descubrió, se quitó el velo, y se me apareció en toda su hermosura. Y tan hechicera la encontré, que me sentí completamente dominado por su amor.

Salí en seguida en busca del mantel, lo cubrí con manjares succulentos y frutas exquisitas y cuanto era de mi obligación en aquellas circunstancias. Y nos pusimos á comer y á jugar, y luego á beber, y de tal manera lo hicimos, que nos emborrachamos por completo. La poseí entonces. Y la noche que pasé con ella hasta la mañana se contará entre las más benditas.

Al día siguiente creí que hacía bien las cosas ofreciéndole diez dinares de oro. Pero los rechazó y dijo que nunca aceptaría nada de mí. Después me dijo: «Y ahora, ¡oh querido mío! sabe que volveré á verte dentro de tres días, al anochecer. Aguárdame, porque no he de faltar. Y como yo misma me convidó, no quiero ocasionarte gastos; de modo que te voy á dar dinero para que prepares otro festín como el de hoy.» Y me entregó diez dinares de oro que me obligó á aceptar, y se despidió, llevándose tras ella toda mi alma.

Pero, como me había prometido, volvió á los tres días, más ricamente vestida que la primera vez. Por mi parte, había preparado todo lo indispensable, y en realidad no había escatimado nada. Y comimos y bebimos como la otra vez, y no dejamos de hacer juntos aquello que hicimos hasta que brilló la mañana. Entonces me dijo: «¡Oh mi dueño amado! ¿de veras me encuentras hermosa?» Yo le contesté: «¡Por Alah! Ya lo creo.» Y ella me dijo: «Si es así, puedo pedirte permiso para traer á una muchacha más hermosa y más joven que yo, á fin de que se divierta con nosotros y podamos reirnos y jugar juntos, pues me ha rogado que la saque conmigo, para regocijarnos y hacer locuras los tres.» Acepté de buena gana, y dándome entonces veinte dinares de oro, me encargó que no economizase nada para preparar lo necesario y recibirlas dignamente en cuanto llegasen ella y la otra joven. Después se despidió y se fué.

Al cuarto día me dediqué, como de costumbre, á prepararlo todo, con la largueza de siempre, y aún más todavía, por tener que recibir á una persona extraña. Y apenas puesto el sol, vi llegar á mi amiga acompañada por otra joven que venía envuelta en un velo muy grande. Entraron y se sentaron. Y yo, lleno de alegría, me levanté, encendí los candelabros y me puse enteramente á su disposición. Ellas se quitaron entonces sus velos, y pude contemplar á la otra joven. ¡Alah, Alah! Parecía la luna llena. Me apresuré á servir las, y les presenté las bandejas repletas de manjares y bebidas, y empezaron á comer y beber. Y yo, entretanto, besaba á la joven desconocida, y le llenaba la copa y bebía con ella. Pero esto acabó por encender los celos de la otra, que supo disimularlos, y hasta me dijo: «¡Por Alah! ¡Cuán deliciosa es esa joven! ¿No te parece más hermosa que yo?» Y yo respondí ingenuamente: «Es verdad; razón tienes.» Y ella dijo: «Pues cógela y ve á dormir con ella. Así me complacerás.» Yo respondí: «Respeto tus órdenes y las pongo sobre mi cabeza y mis ojos.» Ella se levantó entonces, y nos preparó el lecho, invitándonos á ocuparlo. Y después me tendí junto á mi nueva amiga, y la poseí hasta por la mañana.

Pero he aquí que al despertarme me encontré la mano llena de sangre, y vi que no era sueño, sino realidad. Como ya era de día claro, quise despertar á mi compañera, dormida aún, y le toqué lige-

ramente la cabeza. Y la cabeza se separó inmediatamente del cuerpo y cayó al suelo.

En cuanto á mi primera amiga, no había de ella ni rastro ni olor.

Sin saber qué hacer, estuve una hora recapacitando, y por fin me decidí á levantarme, para abrir una huesa en aquella misma sala. Levanté las losas de mármol, empecé á cavar, é hice una hoya lo bastante grande para que cupiese el cadáver, y lo enterré inmediatamente. Cegué luego el agujero y puse las losas lo mismo que antes estaban.

Hecho esto fui á vestirme, cogí el dinero que me quedaba, salí en busca del amo de la casa, y pagándole el importe de otro año de alquiler, le dije: «Tengo que ir á Egipto, donde mis tíos me esperan.» Y me fui, precediendo mi cabeza á mis pies.

Al llegar al Cairo encontré á mis tíos, que se alegraron mucho al verme, y me preguntaron la causa de aquel viaje. Y yo les dije: «Pues únicamente el deseo de volveros á ver y el temor de gastarme en Damasco el dinero que me quedaba.» Me invitaron á vivir con ellos, y acepté. Y permanecí en su compañía todo un año, divirtiéndome, comiendo, bebiendo, visitando las cosas interesantes de la ciudad, admirando el Nilo y distrayéndome de mil maneras. Desgraciadamente, al cabo del año, como mis tíos habían realizado buenas ganancias vendiendo sus géneros, pensaron en volver á Mosul; pero como yo no quería acompañarlos, desaparecí para librarme de ellos, y se marcharon solos,

pensando que yo habría ido á Damasco para prepararles alojamiento, puesto que conocía bien esta ciudad. Después seguí gastando, y permanecí allí otros tres años, y cada año mandaba el precio del alquiler á mi casero de Damasco. Transcurridos los tres años, como apenas me quedaba dinero para el viaje y estaba aburrido de la ociosidad, decidí volver á Damasco.

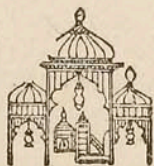
Y apenas llegué, me dirigí á mi casa, y fui recibido con gran alegría por mi casero, que me dió la bienvenida, y me entregó las llaves, enseñándome la cerradura, intacta y provista de mi sello. Y efectivamente, entré y vi que todo estaba como lo había dejado.

Lo primero que hice fué lavar el entarimado, para que desapareciese toda huella de sangre de la joven asesinada, y cuando me quedé tranquilo me fui al lecho, para descansar de las fatigas del viaje. Y al levantar la almohada para ponerla bien, encontré debajo un collar de oro con tres filas de perlas nobles. Era precisamente el collar de mi amada, y lo había puesto allí la noche de nuestra dicha. Y ante este recuerdo derramé lágrimas de pesar y deploré la muerte de aquella joven. Luego oculté cuidadosamente el collar en el interior de mi ropón.

Pasados tres días de descanso en mi casa, pensé ir al zoco, para buscar ocupación y ver á mis amigos. Llegué al zoco, pero estaba escrito por acuerdo del Destino que había de tentarme el Cheitán y

había de sucumbir á su tentación, porque el Destino tiene que cumplirse. Y efectivamente, me dió la tentación de deshacerme de aquel collar de oro y de perlas. Lo saqué del interior del ropón, y se lo presenté al corredor más hábil del zoco. Éste me invitó á sentarme en su tienda, y en cuanto se animó el mercado, cogió el collar, me rogó que le esperase, y se fué á someterlo á las ofertas de mercaderes y parroquianos. Y al cabo de una hora volvió, y me dijo: «Creí á primera vista que este collar era de oro de ley y perlas finas, y valdría lo menos mil dinares de oro; pero me equivoqué: es falso. Está hecho según los artificios de los francos, que saben imitar el oro, las perlas y las piedras preciosas; de modo que no me ofrecen por él mas que mil dracmas, en vez de mil dinares.» Yo contesté: «Verdaderamente, tienes razón. Este collar es falso. Lo mandé construir para burlarme de una amiga, á quien se lo regalé. Y ahora esta mujer ha muerto y le ha dejado el collar á la mía; de modo que hemos decidido venderlo por lo que den. Tómalo, vendelo en ese precio y tráeme los mil dracmas.» Y el astuto corredor se fué con el collar, después de haberme mirado con el ojo izquierdo.»

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



*PERO CUANDO LLEGÓ
LA 28.^a NOCHE*

Ella dijo:

He llegado á saber, ¡oh rey afortunado! que el médico judío continuó de este modo la historia del joven:

«El corredor, al ver que el joven no conocía el valor del collar, y se explicaba de aquel modo, comprendió en seguida que lo había robado ó se lo había encontrado, cosa que debía aclararse. Cogió, pues, el collar, y se lo llevó al jefe de los corredores del zoco, que se hizo cargo de él en seguida, y fué en busca del walí de la ciudad, á quien dijo: «Me habían robado este collar, y ahora hemos dado con el ladrón, que es un joven vestido como los hijos de los mercaderes, y está en tal parte, en casa de tal corredor.»

Y mientras yo aguardaba al corredor con el dinero, me vi rodeado y apresado por los guardias, que me llevaron á la fuerza á casa del walí. Y el walí me hizo preguntas acerca del collar, y yo le conté la misma historia que al corredor. Entonces el walí se echó á reir, y me dijo: «Ahora te enseñaré el precio de ese collar.» É hizo una seña á sus guardias, que me agarraron, me desnudaron, y me dieron tal cantidad de palos y latigazos, que

me ensangrentaron todo el cuerpo. Entonces, lleno de dolor, les dije: «¡Os diré la verdad! ¡Ese collar lo he robado!» Me pareció que esto era preferible á declarar la terrible verdad del asesinato de la joven, pues me habrían sentenciado á muerte y me habrían ejecutado, para castigar el crimen.

Y apenas me había acusado de tal robo, me asieron del brazo y me cortaron la mano derecha, como á los ladrones, y me sumergieron el brazo en aceite hirviendo para cicatrizar la herida. Y caí desmayado de dolor. Y me dieron de beber una cosa que me hizo recobrar los sentidos. Entonces recogí mi mano cortada y regresé á mi casa.

Pero al llegar á ella, el propietario, que se había enterado de todo, me dijo: «Desde el momento que te has declarado culpable de robo y de hechos indignos, no puedes seguir viviendo en mi casa. Recoge, pues, lo tuyo y ve á buscar otro alojamiento.» Yo contesté: «Señor, dame dos ó tres días de plazo para que pueda buscar casa.» Y él me dijo: «Me avengo á otorgarte ese plazo.» Y dejándome, se fué.

En cuanto á mí, me eché al suelo, me puse á llorar, y decía: «¡Cómo he de volver á Mossul, mi país natal; cómo he de atreverme á mirar á mi familia, después que me han cortado una mano!... Nadie me creerá cuando diga que soy inocente. No puedo hacer mas que entregarme á la voluntad de Alah, que es el único que puede procurarme un medio de salvación.»

Los pesares y las tristezas me pusieron enfermo,

y no pude ocuparme en buscar hospedaje. Y al tercer día, estando en el lecho, vi invadida mi habitación por los soldados del gobernador de Damasco, que venían con el amo de la casa y el jefe de los corredores. Y entonces el amo de la casa me dijo: «Sabe que el walí ha comunicado al gobernador general lo del robo del collar. Y ahora resulta que el collar no es de este jefe de los corredores, sino del mismo gobernador general, ó mejor dicho, de una hija suya, que desapareció también hace tres años. Y vienen para prenderte.»

Al oír esto, empezaron á temblar todos mis miembros y coyunturas, y me dije: «Ahora sí que me condenan á muerte sin remisión. Más vale declarárselo todo al gobernador general. El será el único juez de mi vida ó de mi muerte.» Pero ya me habían cogido y atado, y me llevaban con una cadena al cuello á presencia del gobernador general. Y nos pusieron entre sus manos á mí y al jefe de los corredores. Y el gobernador, mirándome, dijo á los suyos: «Este joven que me traéis no es un ladrón, y le han cortado la mano injustamente. Estoy seguro de ello. En cuanto al jefe de los corredores, es un embustero y un calumniador. ¡Apoderaos de él y metedlo en un calabozo!» Después el gobernador dijo al jefe de los corredores: «Vas á indemnizar en seguida á este joven por haberle cortado la mano; si no, mandaré que te ahorquen y confiscaré todos tus bienes, corredor maldito.» Y añadió, dirigiéndose á los guardias: «¡Quitádmelo de delante, y

salid todos!» Entonces el gobernador y yo nos quedamos solos. Pero ya me habían libertado de la argolla del cuello, y tenía también los brazos libres.

Cuando todos se marcharon, el gobernador me miró con mucha lástima y me dijo: «¡Oh hijo mío! Ahora vas á hablarme con franqueza, diciéndome toda la verdad, sin ocultarme nada. Cuéntame, pues, cómo llegó este collar á tus manos.» Yo le contesté: «¡Oh mi señor y soberano! Te diré la verdad.» Y le referí cuanto me había ocurrido con la primera joven, cómo ésta me había proporcionado y traído á la casa á la segunda joven, y cómo, por último, llevada de los celos, había sacrificado á su compañera. Y se lo conté con todos sus pormenores. Pero no hay utilidad en repetirlos.

Y el gobernador, en cuanto lo hubo oído, inclinó la cabeza, lleno de dolor y amargura, y se cubrió la cara con el pañuelo. Y así estuvo durante una hora, y su pecho se desgarraba en sollozos. Después se acercó á mí, y me dijo:

«Sabe, ¡oh hijo mío! que la primera joven es mi hija mayor. Fué desde su infancia muy perversa, y por este motivo hube de criarla severamente. Pero apenas llegó á la pubertad, me apresuré á casarla, y con tal fin la envié al Cairo, á casa de un tío suyo, para unirla con uno de mis sobrinos, y por lo tanto, primo suyo. Se casó con él, pero su esposo murió al poco tiempo, y entonces ella volvió á mi casa. Y no había dejado de aprovechar su estancia en Egipto para aprender todo género de

libertinaje. Y tú, que estuviste en Egipto, ya sabrás cuán expertas son en esto aquellas mujeres. No les basta con los hombres, y se aman y se mezclan unas con otras, y se embriagan y se pierden. Por eso, apenas estuvo de regreso mi hija, te encontró y se entregó á ti, y te fué á buscar cuatro veces seguidas. Pero con esto no le bastaba. Como ya había tenido tiempo para pervertir á su hermana, mi segunda hija, hasta el punto de inspirarle un amor apasionado, no le costó trabajo llevarla á tu casa, después de contarle cuanto hacía contigo. Y mi segunda hija me pidió permiso para acompañar á su hermana al zoco, y yo se lo concedí. ¡Y sucedió lo que sucedió!

Pero cuando mi hija mayor regresó sola, le pregunté dónde estaba su hermana. Y me contestó llorando, y acabó por decirme, sin cesar en sus lágrimas: «Se me ha perdido en el zoco, y no he podido averiguar qué ha sido de ella.» Eso fué lo que me dijo á mí. Pero no tardó en confiarse á su madre, y acabó por decirle en secreto la muerte de su hermana, asesinada en tu lecho por sus propias manos. Y desde entonces no cesa de llorar, y no deja de repetir día y noche: «¡Tengo que llorar hasta que me muera!» Y tus palabras, ¡oh hijo mío! no han hecho mas que confirmar lo que yo sabía, probando que mi hija había dicho la verdad. ¡Ya ves, hijo mío, cuán desventurado soy! De modo que he de expresarte un deseo y pedirte un favor, que confío no has de rehusarme. Deseo ardientemente que

entres en mi familia, y quisiera darte por esposa á mi tercera hija, que es una joven buena, ingenua y virgen, y no tiene ninguno de los vicios de sus hermanas. Y no te pediré dote para este casamiento, sino que, al contrario, te remuneraré con largueza, y te quedarás en mi casa como un hijo.»

Entonces le contesté: «Hágase tu voluntad, ¡oh mi señor! Pero antes, como acabo de saber que mi padre ha muerto, quisiera mandar recoger su herencia.»

En seguida el gobernador envió un propio á Mossul, mi ciudad natal, para que en mi nombre recogiese la herencia dejada por mi padre. Y efectivamente, me casé con la hija del gobernador, y desde aquel día todos vivimos aquí la vida más próspera y dulce.

Y tú mismo, ¡oh médico! has podido comprobar con tus propios ojos cuán amado y honrado soy en esta casa. ¡Y no tendrás en cuenta la descortesía que he cometido contigo durante toda mi enfermedad tendiéndote la mano izquierda, puesto que me cortaron la derecha!»

En cuanto á mí—prosiguió el médico judío—, mucho me maravilló esta historia, y felicité al joven por haber salido de aquel modo de tal aventura. Y él me colmó de presentes y me tuvo consigo tres días en palacio, y me despidió cargado de riquezas y bienes.

Y entonces me dediqué á viajar y á recorrer el

mundo, para perfeccionarme en mi arte. Y he aquí que llegué á tu Imperio, ¡oh rey espléndido y poderoso! Y entonces fué cuando la noche pasada me ocurrió la desagradable aventura con el jorobado. ¡Tal es mi historia!»

Entonces el rey de la China dijo: «Esa historia, aunque logró interesarme, te equivocas, ¡oh médico, porque no es tan maravillosa ni sorprendente como la aventura del jorobado; de modo que no me queda mas que mandaros ahorcar á los cuatro, y principalmente á ese maldito sastre, que es causa y principio de vuestro crimen.»

Oídas tales palabras, el sastre se adelantó entre las manos del rey de la China, y dijo: «¡Oh rey lleno de gloria! Antes de mandarnos ahorcar, permíteme hablar á mí también, y te referiré una historia que encierra cosas más extraordinarias que todas las demás historias juntas, y es más prodigiosa que la historia misma del jorobado.»

Y el rey de la China dijo: «Si dices la verdad, os perdonaré á todos. Pero ¡desdichado de ti si me cuentas una historia poco interesante y desprovista de cosas sublimes! Porque no vacilaré entonces en empalaros á ti y á tus tres compañeros, haciendo que os atravesen de parte á parte, desde la base hasta la cima.»

Entonces el sastre dijo:



Relato del sastre



Sabe, pues, ¡oh rey del tiempo! que antes de mi aventura con el jorobado me habían convidado en una casa donde se daba un festín á los principales miembros de los gremios de nuestra ciudad: sastres, zapateros, lenceros, barberos, carpinteros y otros.

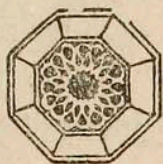
Y era muy de mañana. Por eso, desde el amanecer, estábamos todos sentados en corro para desayunarnos, y no aguardábamos mas que al amo de la casa, cuando le vimos entrar acompañado de un joven forastero, hermoso, bien formado, gentil y vestido á la moda de Bagdad. Y era todo lo hermoso que se podía desear, y estaba tan bien vestido como pudiera imaginarse. Pero era ostensiblemente cojo. Luego que entró adonde estábamos, nos deseó la paz, y nos levantamos todos para devolverle su saludo. Después íbamos á sentarnos, y él con nosotros, cuando súbitamente le vimos cambiar de color y disponerse á salir. Entonces hicimos mil esfuerzos para detenerle entre nosotros. Y el amo de la casa insistió mucho y le dijo: «En verdad, no entendemos nada de esto. Te ruego que nos digas qué motivo te impulsa á dejarnos.»

Entonces el joven respondió: «¡Por Alah te su-

plico, ¡oh mi señor! que no insistas en retenerme! Porque hay aquí una persona que me obliga á retirarme, y es ese barbero que está sentado en medio de vosotros.»

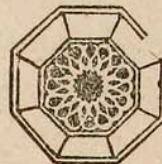
Estas palabras sorprendieron extraordinariamente al amo de la casa, y nos dijo: «¿Cómo es posible que á este joven, que acaba de llegar de Bagdad, le moleste la presencia de ese barbero que está aquí?» Entonces todos los convidados nos dirigimos al joven, y le dijimos: «Cuéntanos, por favor, el motivo de tu repulsión hacia ese barbero.» Y él contestó: «Señores, ese barbero de cara de alquitrán y alma de betún fué la causa de una aventura extraordinaria que me sucedió en Bagdad, mi ciudad, y ese maldito tiene también la culpa de que yo esté cojo. Así es que he jurado no vivir nunca en la ciudad en que él viva, ni sentarme en sitio en donde él se sentara. Y por eso me vi obligado á salir de Bagdad, mi ciudad, para venir á este país lejano. Pero ahora me lo encuentro aquí. Y por eso me marchó ahora mismo, y esta noche estaré lejos de esta ciudad, para no ver á ese hombre de mal agüero.»

Y al oírlo, el barbero se puso pálido, bajó los ojos y no pronunció palabra. Entonces insistimos tanto con el joven, que se avino á contarnos de este modo su aventura con el barbero.



Historia del joven cojo con el barbero de Bagdad

(CONTADA POR EL COJO Y REPETIDA
POR EL SASTRE)



«Sabed, ¡oh todos los aquí presentes! que mi padre era uno de los principales mercaderes de Bagdad, y por voluntad de Alah fuí su único hijo. Mi padre, aunque muy rico y estimado por toda la población, llevaba en su casa una vida pacífica, tranquila y llena de reposo. Y en ella me educó, y cuando llegué á la edad de hombre me dejó todas sus riquezas, puso bajo mi mando á todos sus servidores y á toda la familia, y murió en la misericordia de Alah, á quien fué á dar cuenta de la deuda de su vida. Yo seguí, como antes, viviendo con holgura, poniéndome los trajes más suntuosos y comiendo los manjares más exquisitos. Pero he de deciros que Alah, Omnipotente y Gloriosísimo, había infundido en mi corazón el horror á la mujer y á todas las mujeres, de tal modo, que sólo verlas me producía sufrimiento y agravio. Vivía, pues, sin ocuparme de ellas, pero muy feliz y sin desear cosa alguna.

Un día entre los días, iba yo por una de las calles de Bagdad, cuando vi venir hacia mí un grupo numeroso de mujeres. En seguida, para librarme de ellas, emprendí rápidamente la fuga y me metí en

una calleja sin salida. Y en el fondo de esta calle había un banco, en el cual me senté á descansar.

Y cuando estaba sentado se abrió frente á mí una celosía, y apareció en ella una joven con una regadera en la mano, y se puso á regar las flores de unas macetas que había en el alféizar de la ventana.

¡Oh mis señores! He de deciros que al ver á esta joven sentí nacer en mí algo que en mi vida había sentido. Así es que en aquel mismo instante mi corazón quedó hechizado y completamente cautivo, mi cabeza y mis pensamientos no se ocuparon mas que de aquella joven, y todo mi pasado horror á las mujeres se transformó en un deseo abrasador. Pero ella, en cuanto hubo regado las plantas, miró distraídamente á la izquierda y luego á la derecha, y al verme me dirigió una larga mirada que me sacó por completo el alma del cuerpo. Después cerró la celosía y desapareció. Y por más que la estuve esperando hasta la puesta del sol, no volvió á aparecer. Y yo parecía un sonámbulo ó un ser que ya no pertenece á este mundo.

Mientras seguía sentado de tal suerte, he aquí que llegó y bajó de su mula, á la puerta de la casa, el kadí de la ciudad, precedido de sus negros y seguido de sus criados. El kadí entró en la misma casa en cuya ventana había yo visto á la joven, y comprendí que debía ser su padre.

Entonces volví á mi casa en un estado deplorable, lleno de pesar y de zozobra, y me dejé caer en

el lecho. Y en seguida se me acercaron todas las mujeres de la casa, mis parientes y servidores, y se sentaron á mi alrededor y empezaron á importunarme acerca de la causa de mi mal. Y como nada quería decirles sobre aquel asunto, no les contesté palabra. Pero de tal modo fué aumentando mi pena de día en día, que caí gravemente enfermo y me vi muy atendido y muy visitado por mis amigos y parientes.

Y he aquí que uno de los días vi entrar en mi casa á una vieja, que en vez de gemir y compadecerse, se sentó á la cabecera del lecho y empezó á decirme palabras cariñosas para calmarme. Después me miró, me examinó atentamente, y pidió á mi servidumbre que me dejaran solo con ella. Entonces me dijo: «Hijo mío, sé la causa de tu enfermedad, pero necesito que me des pormenores.» Y yo le comuniqué en confianza todas las particularidades del asunto, y me contestó: «Efectivamente, hijo mío, esa es la hija del kadí de Bagdad y aquella casa es ciertamente su casa. Pero sabe que el kadí no vive en el mismo piso que su hija, sino en el de abajo. Y de todos modos, aunque la joven vive sola, está vigiladísima y bien guardada. Pero sabe también que yo voy mucho á esa casa, pues soy amiga de esa joven, y puedes estar seguro de que no has de lograr lo que deseas mas que por mi mediación. ¡Ánimate, pues, y ten alientos!»

Estas palabras me armaron de firmeza, y en seguida me levanté y me sentí el cuerpo ágil y recu-

perada la salud. Y al ver esto, se alegraron todos mis parientes. Y entonces la anciana se marchó, prometiéndome volver al día siguiente para darme cuenta de la entrevista que iba á tener con la hija del kadí de Bagdad.

Y en efecto, volvió al día siguiente. Pero apenas le vi la cara, comprendí que no traía buenas noticias. Y la vieja me dijo: «Hijo mío, no me preguntes lo que acaba de suceder. Todavía estoy trastornada. Figúrate que en cuanto le dije al oído el objeto de mi visita, se puso de pie y me replicó muy airada: «Malhadada vieja, si no te callas en el acto y no desistes de tus vergonzosas proposiciones, te mandaré castigar como mereces.» Entonces, hijo mío, ya no dije nada; pero me propongo intentarlo por segunda vez. No se dirá que he fracasado en estos empeños, en los que soy más experta que nadie.» Después me dejó y se fué.

Pero yo volví á caer enfermo con mayor gravedad, y dejé de comer y beber.

Sin embargo, la vieja, como me había ofrecido, volvió á mi casa á los pocos días, y su cara resplandecía, y me dijo sonriendo: «Vamos, hijo, ¡dame albricias por las buenas nuevas que te traigo!» Y al oírlo, sentí tal alegría, que me volvió el alma al cuerpo, y dije en seguida á la anciana: «Ciertamente, buena madre, te deberé el mayor beneficio.» Entonces ella me dijo: «Volví ayer á casa de la joven. Y cuando me vió muy triste y abatida y con los ojos arrasados en lágrimas, me preguntó: «¡Oh misera!

¿por qué está tan oprimido tu pecho? ¿Qué te pasa?» Entonces se aumentó mi llanto, y le dije: «¡Oh hija mía y señora! ¿no recuerdas que vine á hablarte de un joven apasionadamente prendado de tus encantos? Pues bien; hoy está para morirse por culpa tuya.» Y ella, con el corazón lleno de lástima, y muy enternecida, preguntó: «¿Pero quién es ese joven de que me hablas?» Y yo le dije: «Es mi propio hijo, el fruto de mis entrañas. Te vió hace algunos días, cuando estabas regando las flores, y pudo admirar un momento los encantos de tu cara, y él, que hasta ese momento no quería ver ninguna mujer y se horrorizaba de tratar con ellas, está loco de amor por ti. Por eso, cuando le conté la mala acogida que me hiciste, recayó gravemente en su enfermedad. Y ahora acabo de dejarle tendido en los almohadones de su lecho, á punto de rendir el último suspiro al Creador. Y me temo que no haya esperanza de salvación para él.» A estas palabras palideció la joven, y me dijo: «¿Y todo eso es por causa mía?» Yo le contesté: «¡Por Alah, que así es! ¿Pero qué piensas hacer ahora? Soy tu sierva, y pondré tus órdenes sobre mi cabeza y sobre mis ojos.» Y la joven me dijo: «Ve en seguida á su casa, y transmítele de mi parte el saludo, y dile que me causa mucho dolor su pena. Y en seguida le dirás que mañana viernes, antes de la plegaria, le aguardo aquí. Que venga á casa, y ya diré á mi gente que le abran la puerta, y le haré subir á mi aposento, y pasaremos juntos toda una hora. Pero

tendrá que marcharse antes de que mi padre vuelva de la oración.»

Oídas las palabras de la anciana, sentí que recobraba las fuerzas y que se desvanecían todos mis padecimientos y descansaba mi corazón. Y saqué del ropón una bolsa repleta de dinares y rogué á la anciana que la aceptase. Y la vieja me dijo: «Ahora reanima tu corazón y ponte alegre.» Y yo le contesté: «En verdad que se acabó mi mal.» Y en efecto, mis parientes notaron bien pronto mi curación, y llegaron al colmo de la alegría, lo mismo que mis amigos.

Aguardé, pues, de este modo hasta el viernes, y entonces vi llegar á la vieja. Y en seguida me levanté, me puse mi mejor traje, me perfumé con esencia de rosas, é iba á correr á casa de la joven, cuando la anciana me dijo: «Todavía queda mucho tiempo. Más vale que entretanto vayas al hammam á tomar un buen baño y que te den masaje, que te afeiten y depilen, puesto que ahora sales de una enfermedad. Verás qué bien te sienta.» Y yo respondí: «Verdaderamente, es una idea acertada. Pero mejor será llamar á un barbero, para que me afeite la cabeza, y después podré ir á bañarme al hammam.»

Mandé entonces á un sirviente que fuese á buscar á un barbero, y le dije: «Ve en seguida al zoco y busca un barbero que tenga la mano ligera, pero sobre todo que sea prudente y discreto, sobrio en palabras y nada curioso, que no me rompa la ca-

beza con su charla, como hacen la mayor parte de los de su profesión.» Y mi servidor salió á escape y me trajo un barbero viejo.

Y el barbero era ese maldito que veis delante de vosotros, ¡oh mis señores!

Cuando entró, me deseó la paz, y yo correspondí á su saludo de paz. Y me dijo: «¡Que Alah aparte de ti toda desventura, pena, zozobra, dolor y adversidad!» Y contesté: «¡Ojalá atienda Alah tus buenos deseos!» Y prosiguió: «He aquí que te anuncio la buena nueva, ¡oh mi señor! y la renovación de tus fuerzas y tu salud. ¿Y qué he de hacer ahora? ¿Afeitarte ó sangrarte? Pues no ignoras que nuestro gran Ibn-Abbas dijo: «El que se corta el pelo el día del viernes alcanza el favor de Alah, pues aparta de él setenta clases de calamidades.» Y el mismo Ibn-Abbas ha dicho: «Pero el que se sangra el viernes ó hace que le apliquen ese mismo día ventosas escarificadas, se expone á perder la vista y corre el riesgo de coger todas las enfermedades.» Entonces le contesté: «¡Oh jeique! basta ya de chanzas; levántate en seguida para afeitarme la cabeza, y hazlo pronto, porque estoy débil y no puedo hablar ni aguardar mucho.»

Entonces se levantó y cogió un paquete cubierto con un pañuelo, en que debía llevar la bacía, las navajas y las tijeras; lo abrió, y sacó, no la navaja, sino un astrolabio de siete facetas. Lo cogió, se salió al medio del patio de mi casa, levantó gravemente la cara hacia el sol, lo miró atentamente,

examinó el astrolabio, volvió, y me dijo: «Has de saber que este viernes es el décimo día del mes de Safar del año 763 de la hégira de nuestro Santo Profeta; ¡vayan á él la paz y las mejores bendiciones! Y lo sé por la ciencia de los números, la cual me dice que este viernes coincide con el preciso momento en que se verifica la conjunción del planeta Mirrikh con el planeta Hutared, por siete grados y seis minutos. Y esto viene á demostrar que el afeitarse hoy la cabeza es una acción fausta y de todo punto admirable. Y claramente me indica también que tienes la intención de celebrar una entrevista con una persona cuya suerte se me muestra como muy afortunada. Y aún podría contarte más cosas que te han de suceder, pero son cosas que debo callarlas.»

Yo contesté: «¡Por Alah! Me ahogas con tanto discurso y me arrancas el alma. Parece también que no sepas mas que vaticinar cosas desagradables. Y yo sólo te he llamado para que me afeites la cabeza. Levántate, pues, y aféitame sin más discursos.» Y el barbero replicó: «¡Por Alah! Si supieses la verdad de las cosas, me pedirías más pormenores y más pruebas. De todos modos, sabe que, aunque soy barbero, soy algo mas que barbero. Pues además de ser el barbero más reputado de Bagdad, conozco admirablemente, aparte del arte de la medicina, las plantas y los medicamentos, la ciencia de los astros, las reglas de nuestro idioma, el arte de las estrofas y de los versos, la elocuen-

cia, la ciencia de los números, la geometría, el álgebra, la filosofía, la arquitectura, la historia y las tradiciones de todos los pueblos de la tierra. Por eso tengo mis motivos para aconsejarte, ¡oh mi señor! que hagas exactamente lo que dispone el horóscopo que acabo de obtener gracias á mi ciencia y al examen de los cálculos astrales. Y da gracias á Alah, que me ha traído á tu casa, y no me desobedezcas, porque sólo te aconsejo tu bien por el interés que me inspiras. Ten en cuenta que no te pido mas que servirte un año enterosin ningún salario. Pero no hay que dejar de reconocer, á pesar de todo, que soy un hombre de bastante mérito y que me merezco esta justicia.»

A estas palabras le respondí: «Eres un verdadero asesino, que te has propuesto volverme loco y matarme de impaciencia.»

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



*PERO CUANDO LLEGÓ
LA 29.^a NOCHE*

Ella dijo:

He llegado á saber ¡oh rey afortunado! que cuando el joven dijo al barbero: «Vas á volverme loco y á matarme de impaciencia», el barbero respondió:

«Sabe, sin embargo, ¡oh mi señor! que soy un hombre á quien todo el mundo llama el Silencioso, á causa de mi poca locuacidad. De modo que no me haces justicia creyéndome un charlatán, sobre todo si te tomas la molestia de compararme, siquiera sea por un momento, con mis hermanos. Porque sabe que tengo seis hermanos que ciertamente son muy charlatanes, y para que los conozcas te voy á decir sus nombres: el mayor se llama El-Bacbuk, ó sea el que al hablar hace un ruido como un cántaro que se vacía; el segundo, El-Haddar, ó el que muge repetidas veces como un camello; el tercero, Bacbac, ó el Cacareador hinchado; el cuarto, El-Kuz El-Assuaní, ó el Botijo irrompible de Assuan; el quinto, El-Aschâ, ó la Camella preñada, ó el Gran Caldero; el sexto, Schakalik, ó el Tarro hendido, y el séptimo, El-Samet, ó el Silencioso; y este silencioso es tu servidor.»

Cuando oí todo este flujo de palabras, sentí que la impaciencia me reventaba la vejiga de la hiel, y exclamé dirigiéndome á mis criados: «¡Dadle en seguida un cuarto de dinar á este hombre y que se largue de aquí! Porque renuncio en absoluto á afeitarme.» Pero el barbero, apenas oyó esta orden, dijo: «¡Oh mi señor! ¡qué palabras tan duras acabo de escuchar de tus labios! Porque ¡por Alah! sabe que quiero tener el honor de servirte sin ninguna retribución, y de servirte sin remedio, pues considero un deber el ponerme á tus órdenes y ejecutar tu voluntad. Y me creería deshonorado para toda mi

vida si aceptara lo que quieres darme tan generosamente. Porque sabe que si tú no tienes idea alguna de mi valía, yo, en cambio, estimo en mucho la tuya. Y estoy seguro de que eres digno hijo de tu difunto padre. (¡Alah lo haya recibido en Su misericordia!) Pues tu padre era acreedor mío por todos los beneficios de que me colmaba. Y era un hombre lleno de generosidad y de grandeza, y me tenía gran estimación, hasta el punto de que un día me mandó llamar, y era un día bendito como éste; y cuando llegué á su casa le encontré rodeado de muchos amigos, y á todos los dejó para venir á mi encuentro, y me dijo: «Te ruego que me sangres.» Entonces saqué el astrolabio, medí la altura del sol, examiné escrupulosamente los cálculos, y descubrí que la hora era nefasta y que aquel día era muy peligrosa la operación de sangrar. Y en seguida comuniqué mis temores á tu difunto padre, y tu padre se sometió dócilmente á mis palabras, y tuvo paciencia hasta que llegó la hora fausta y propicia para la operación. Entonces le hice una buena sangría, y se la dejó hacer con la mayor docilidad, y me dió las gracias más expresivas, y por si no fuese bastante, me las dieron también todos los presentes. Y para remunerarme por la sangría, me dió en el acto tu difunto padre cien dinares de oro.»

Yo, al oír estas palabras, le dije: «¡Ojalá no haya tenido Alah compasión de mi difunto padre, por lo ciego que estuvo al recurrir á un barbero como tú!» Y el barbero, al oírme, se echó á reír, me-

neando la cabeza, y exclamó: «¡No hay más Dios que Alah, y Mahoma es el enviado de Alah! ¡Bendito sea el nombre de Aquel que transforma y no se transforma! Ahora bien, ¡oh joven! yo te creía dotado de razón, pero estoy viendo que la enfermedad que tuviste te ha perturbado por completo el juicio y te hace divagar. Pero esto no me asombra, pues conozco las palabras santas dichas por Alah en nuestro Santo y Precioso Libro, en el versículo que empieza de este modo: «Los que reprimen su ira y perdonan á los hombres culpables...» De modo, que me avengo á olvidar tu sinrazón para conmigo y olvido también tus agravios, y de todo ello te disculpo. Pero, en realidad, he de confesarte que no comprendo tu impaciencia ni me explico su causa. ¿No sabes que tu padre no emprendía nunca nada sin consultar antes mi opinión? Y á fe que en esto seguía el proverbio que dice: «¡El hombre que pide consejo se resguarda!» Y yo, está seguro de ello, soy un hombre de valía, y no encontrarás nunca tan buen consejero como este tu servidor, ni persona más versada en los preceptos de la sabiduría y en el arte de dirigir hábilmente los negocios. Heme, pues, aquí, plantado sobre mis dos pies, aguardando tus órdenes y dispuesto por completo á servirte. Pero dime, ¿cómo es que tú no me aburres y en cambio te veo tan fastidiado y tan furioso? Verdad es que si tengo tanta paciencia contigo es sólo por respeto á la memoria de tu padre, á quien soy deudor de mu-

chos beneficios.» Entonces le repliqué: «¡Por Alah! ¡Ya es demasiado! Me estás matando con tu charla. Te repito que sólo te he mandado llamar para que me afeites la cabeza y te marches en seguida.»

Y diciendo esto, me levanté muy furioso, y quise echarle y alejarle de allí, á pesar de tener ya mojado y jabonado el cráneo. Entonces, sin alterarse, prosiguió: «En verdad que acabo de comprobar que te fastidio sobremanera. Pero no por eso te tengo mala voluntad, pues comprendo que tu inteligencia no está muy desarrollada, y que además eres todavía demasiado joven. Pues no hace mucho tiempo que aún te llevaba yo á caballo sobre mis espaldas, para conducirte de este modo á la escuela, á la cual no querías ir.» Y le contesté: «¡Vamos, hermano, te conjuro por Alah y por su verdad santa, que te vayas de aquí y me dejes dedicarme á mis ocupaciones! ¡Vete por tu camino!» Y al pronunciar estas palabras, me dió tal ataque de impaciencia, que me desgarré las vestiduras y empecé á dar gritos inarticulados, como un loco.

Y cuando el barbero me vió en aquel estado, se decidió á coger la navaja y á pasarla por la correa que llevaba á la cintura. Pero gastó tanto tiempo en pasar y repasar el acero por el cuero, que estuve á punto de que se me saliese el alma del cuerpo. Pero, al fin, acabó por acercarse á mi cabeza, y empezó á afeitarme por un lado, y, efectivamente, iban desapareciendo algunos pelos. Después se detuvo, levantó la mano, y me dijo: «¡Oh joven dueño

mío! Los arrebatos son tentaciones del Cheitán.» Y me recitó estas estrofas:

¡Oh sabio! ¡Medita mucho tiempo tus propósitos, y no tomes nunca resoluciones precipitadas, sobre todo cuando te elijan para ser juez en la tierra!

¡Oh juez! ¡Nunca juzgues con dureza, y encontrarás misericordia cuando te toque el turno fatal!

¡Y no olvides jamás que no hay en la tierra mano tan poderosa que no pueda ser humillada por la mano de Alah, que la domina!

¡Y tampoco olvides que el tirano ha de encontrar siempre otro tirano que le oprimirá!

Después me dijo: «¡Oh mi señor! Ya veo sobradamente que no te merecen ninguna consideración mis méritos ni mi talento. Y sin embargo, esta misma mano que hoy te afeita es la misma mano que toca y acaricia la cabeza de los reyes, emires, visires y gobernadores; en una palabra, la cabeza de toda la gente ilustre y noble. Y debía referirse á mí ó á alguien que se me pareciese el poeta que habló de este modo:

¡Considero todos los oficios como collares preciosos, pero el de barbero es la perla más hermosa del collar!

¡Supera en sabiduría y grandeza de alma á los más sabios y á los más ilustres, y su mano domina la cabeza de los reyes!»

Y replicando á tanta palabrería, le dije: «¿Quieres ocuparte en tu oficio, sí ó no? Has conseguido destrozarme el corazón y hundirme el cerebro.» Y entonces exclamó: «Voy sospechando que tienes prisa de que acabe.» Y le dije: «¡Sí que la tengo! ¡Sí que la tengo! ¡Sí que la tengo!» Y él insistió: «Que aprenda tu alma un poco de paciencia y de moderación. Porque sabe, ¡oh mi joven amo! que el apresuramiento es una mala sugestión del Tentador, y sólo trae consigo el arrepentimiento y el fracaso. Y además, nuestro soberano Mohamed (¡sean con él las bendiciones y la paz!) ha dicho: «Lo más hermoso del mundo es lo que se hace con lentitud y madurez.» Pero lo que acabas de decirme excita grandemente mi curiosidad, y te ruego que me expliques el motivo de tanta impaciencia, pues nada perderás con decirme qué es lo que te obliga á apresurarte de este modo. Confío, en mi buen deseo hacia ti, que será un motivo agradable, pues me causaría mucho sentimiento que fuese de otra clase. Pero ahora tengo que interrumpir por un momento mi tarea, pues como quedan pocas horas de sol, necesito aprovecharlas.» Entonces soltó la navaja, cogió el astrolabio, y salió en busca de los rayos del sol, y estuvo mucho tiempo en el patio. Y midió la altura del sol, pero todo esto sin perderme de vista y haciéndome preguntas. Después, volviéndose hacia mí, me dijo: «Si tu impaciencia es sólo por asistir á la oración, puedes aguardar tranquilamente, pues sabe que en realidad aún nos que-

dan tres horas, ni más ni menos. Nunca me equivoco en mis cálculos.» Y yo contesté: «¡Por Alah! ¡Ahórrame estos discursos, pues me tienes con el hígado hecho trizas!»

Entonces cogió la navaja y volvió á suavizarla, como lo había hecho antes, y reanudó la operación de afeitarme muy poco á poco; pero no podía dejar de hablar, y prosiguió: «Mucho siento tu impaciencia, y si quisieras revelarme su causa, sería bueno y provechoso para ti. Pues ya te dije que tu difunto padre me profesaba gran estimación, y nunca emprendía nada sin oír mi parecer.» Entonces hube de convencerme que para librarme del barbero no me quedaba otro recurso que inventar algo para justificar mi impaciencia, pues pensé: «He aquí que se aproxima la hora de la plegaria, y si no me apuro á marchar á casa de la joven, se me hará tarde, pues la gente saldrá de las mezquitas, y entonces todo lo habré perdido.» Dije, pues, al barbero: «Abrevia de una vez y déjate de palabras ociosas y de curiosidades indiscretas. Y ya que te empeñas en saberlo, te diré que tengo que ir á casa de un amigo que acaba de enviarme una invitación urgente convidándome á un festín.»

Pero cuando oyó hablar de convite y festín, el barbero dijo: «¡Que Alah te bendiga y te llene de prosperidades! Porque precisamente me haces recordar que he convidado á comer en mi casa á varios amigos y se me ha olvidado prepararles comida. Y me acuerdo ahora, cuando ya es demasiado

tarde.» Entonces le dije: «No te preocupe ese retraso, que lo voy á remediar en seguida. Ya que no como en mi casa, por haberme convidado á un festín, quiero darte cuantos manjares y bebidas tenía dispuestos, pero con la condición de que termines en seguida tu negocio y acabes pronto de afeitarme la cabeza.» Y el barbero contestó: «¡Ojalá Alah te colme de sus dones y te lo pague en bendiciones en su día! Pero ¡oh mi señor! ten la bondad de enumerar, aunque sea muy sucintamente, las cosas con que va á obsequiarme tu generoso desprendimiento, para que yo las conozca.» Y le dije: «Tengo á tu disposición cinco marmitas llenas de cosas excelentes: berenjenas y calabacines rellenos, hojas de parra sazonadas con limón, albondiguillas con trigo partido y carne mechada, arroz con tomate y filetes de carnero, guisado con cebolletas. Y además diez pollos asados y un carnero á la parrilla. Después, dos grandes bandejas: una de kenafa y la otra de pasteles, quesos, dulce y miel. Y frutas de todas clases: pepinos, melones, manzanas, limones, dátiles frescos y otras muchas más.» Entonces me dijo: «Manda traer todo eso aquí, para verlo.» Y yo mandé que lo trajesen, y lo fué examinando y lo probó todo, y me dijo: «¡Grande es tu generosidad, pero faltan las bebidas!» Y yo contesté: «También las tengo.» Y replicó: «Di que las traigan.» Y mandé traer seis vasijas, llenas de seis clases de bebidas, y las probó una por una, y me dijo: «¡Alah te provea de todas sus gracias! ¡Cuán generoso es

tu corazón! Pero ahora falta el incienso, y el benjuí, y los perfumes para quemar en la sala, y el agua de rosas y la de azahar para rociar á mis huéspedes.» Entonces mandé traer un cofrecillo lleno de ámbar gris, áloe, nadd, almizcle, incienso y benjuí, que valía más de cincuenta dinares de oro, y no se me olvidaron las esencias aromáticas ni los hisopos de plata con agua de olor. Y como el tiempo se acortaba tanto como se me oprimía el corazón, dije al barbero: «Toma todo esto, pero acaba de afeitarme la cabeza, por la vida de Mo-hamed (¡sean con Él la oración y la paz de Alah!)

Y el barbero dijo entonces: «¡Por Alah! No cogeré ese cofrecillo sin haberlo abierto, á fin de saber su contenido.» Y no hubo más remedio que llamar á un criado para que abriese el cofrecillo. Y entonces el barbero soltó el astrolabio, se sentó en el suelo, y empezó á sacar todos los perfumes, incienso, benjuí, almizcle, ámbar gris, áloe, y los olfateó uno tras otro con tanta lentitud y tanta parsimonia, que se me figuró otra vez que el alma se me salía del cuerpo. Después se levantó, me dió las gracias, cogió la navaja, y volvió á reanudar la operación de afeitarme la cabeza. Pero apenas había empezado, se detuvo de nuevo y me dijo:

«¡Por Alah, ¡oh hijo de mi vida! no sé á cuál de los dos alabar y bendecir hoy más extremadamente, si á ti ó á tu difunto padre! Porque, en realidad, el festín que voy á dar en mi casa se debe por completo á tu iniciativa generosa y á tus magnáni-

mos donativos. Pero ¿te lo diré? Permíteme que te haga esta confianza. Mis convidados son personas poco dignas de tan suntuoso festín. Son, como yo, gente de diversos oficios, pero resultan deliciosos. Y para que te convenzas, nada mejor que los enumere: en primer lugar, el admirable Zeitún, el que da masaje en el hammam; el alegre y bromista Salih, que vende torrados; Haukal, vendedor de habas cocidas; Hakraschat, verdulero; Hamid, basurero, y finalmente, Hakaresch, vendedor de leche cuajada.

»Todos estos amigos á quienes he invitado no son, ni con mucho, de esos charlatanes, curiosos é indiscretos, sino gente muy festiva, á cuyo lado no puede haber tristeza. El que menos, vale más en mi opinión que el rey más poderoso. Pues sabe que cada uno de ellos tiene fama en toda la ciudad por un baile y una canción diferentes. Y por si te agradase alguna, voy á bailar y cantar cada danza y cada canción.

»Fíjate bien: he aquí la danza de mi amigo Zeitún el del hammam... ¿Qué te ha parecido? Y en cuanto á su canción, es ésta:

¡Mi amiga es tan gentil, que el cordero más dulce no la iguala en dulzura! ¡La quiero apasionadamente, y ella me ama lo mismo! ¡Y me quiere tanto, que apenas me alejo un instante la veo acudir y echarse en mi cama!

¡Mi amiga es tan gentil, que el cordero más dulce no la iguala en dulzura!

»Pero ¡oh hijo de mi vida!—prosiguió el barbero—he aquí ahora la danza de mi amigo el basurero Hamid. ¡Observa cuán sugestiva es, cuánta es su alegría y cuánta es su ciencia!... Y escucha la canción:

¡Mi mujer es avara, y si la hiciese caso me moriría de hambre!

¡Mi mujer es fea, y si la hiciese caso estaría siempre encerrado en mi casa!

¡Mi mujer esconde el pan en la alacena! ¡Pero si no como pan y sigue siendo tan fea que haría correr á un negro de narices aplastadas, tendré que acabar por castrarme!

Después, el barbero, sin darme tiempo ni para hacer una seña de protesta, imitó todas las danzas de sus amigos y entonó todas sus canciones. Y luego me dijo: «Eso es lo que saben hacer mis amigos. De modo que si quieres reírte de veras, he de aconsejarte, por interés tuyo y placer para todos, que vengas á mi casa, para estar en nuestra compañía, y dejes á esos amigos á quienes me has dicho que tenías intención de ver. Porque observo aún en tu cara huellas de fatiga, y además de esto, como acabas de salir de una enfermedad, convenría que te precavieses, pues es muy posible que haya entre esos amigos alguna persona indiscreta, de esas aficionadas á la palabrería, ó cualquier charlatán sempiterno, curioso é importuno, que te

haga recaer en tu enfermedad de modo más grave que la primera vez.»

Entonces dije: «Hoy no me es posible aceptar tu invitación; otro día será.» Y él contestó: «Lo más ventajoso para ti es que apresures el momento de venir á mi casa, para que disfrutes de toda la urbanidad de mis amigos y te aproveches de sus admirables cualidades. Así, obrarás según dice el poeta:

¡Amigo, no difieras nunca el aprovecharte del goce que se te ofrece! ¡No dejes nunca para otro día la voluptuosidad que pasa! ¡Porque la voluptuosidad no pasa todos los días, ni el goce ofrece diariamente sus labios á tus labios! ¡Sabe que la fortuna es mujer, y como la mujer, mudable!»

Entonces, con tanta arenga y tanta habladuría, hube de echarme á reir, pero con el corazón lleno de rabia. Y después dije al barbero: «Ahora te mando que acabes de afeitarme y me dejes ir por el camino de Alah, bajo su santa protección, y por tu parte, ve á buscar á tus amigos, que á estas horas te estarán aguardando.» Y el barbero repuso: «Pero ¿por qué te niegas? Realmente, no es que te pida una gran cosa. Fíjate bien: que vengas á conocer á mis amigos, que son unos compañeros deliciosos y que nada tienen de indiscretos ni de importunos. Y aún podría decirte que, en cuanto los veas una vez nada más, no querrás tener trato con otros, y abandonarás para siempre á tus actuales amigos.»

Y yo dije: «¡Aumente Alah la satisfacción que su amistad te causa! Algún día los convidaré á un banquete que daré para ellos.»

Entonces ese maldito barbero me dijo: «Ya veo que de todos modos prefieres el festín de tus amigos y su compañía á la compañía de los míos; pero te ruego que tengas un poco de paciencia y que aguardes á que lleve á mi casa estas provisiones que debo á tu generosidad. Las pondré en el mantel, delante de mis convidados, y como mis amigos no cometerán la majadería de molestarse si los dejo solos para que honren mi mesa, les diré que por hoy no cuentan conmigo ni aguarden mi regreso. Y en seguida vendré á buscarte, para ir contigo adonde quieras ir.» Entonces exclamé: «¡Oh! ¡Sólo hay fuerzas y recursos en Alah Altísimo y Omnipotente! Pero tú ¡oh ser humano! vete á buscar á tus amigos, diviértete con ellos cuanto quieras, y déjame marchar en busca de los míos, que á esta hora precisamente esperan mi llegada.» Y el barbero dijo: «¡Eso nunca! De ningún modo consentiré en dejarte solo.» Y yo, haciendo mil esfuerzos para no insultarle, le dije: «Sabe, en fin, que al sitio donde voy no puedo ir mas que solo.» Y él dijo: «¡Entonces ya comprendo! Es que tienes cita con una mujer, pues si no, me llevarías contigo. Y sin embargo, sabe que no hay en el mundo quien merezca ese honor como yo, y sabe además que podría ayudarte mucho en cuanto quisieras hacer. Pero ahora se me ocurre que acaso esa mujer sea una forastera embaucadora. Y si es

así, ¡desdichado de ti si vas solo! ¡Allí perderás el alma seguramente! Porque esta ciudad de Bagdad no se presta á esa clase de citas. ¡Oh, nada de eso! Sobre todo, desde que tenemos este nuevo gobernador, cuya severidad es tremenda para estas cosas. Y dicen que no tiene zib ni compañeros, y por odio y por envidia castiga con tal crueldad esa clase de aventuras.»

Entonces, no pudiendo reprimirme, exclamé violentamente: «¡Oh tú el más maldito de los verdugos! ¿Vas á acabar de una vez con esa infame manía de hablar?» Y el barbero consintió en callar un momento, cogió de nuevo la navaja, y por fin acabó de afeitarme la cabeza. Y á todo esto, ya hacía rato que había llegado la hora de la plegaria. Y para que el barbero se marchase, le dije: «Ve á casa de tus amigos á llevarles esos manjares y bebidas, que yo te prometo aguardar tu vuelta para que puedas acompañarme á esa cita.» E insistí mucho, á fin de convencerle. Y entonces me dijo: «Ya veo que quieres engañarme para deshacerte de mí y marcharte solo. Pero sabe que te atraerás una serie de calamidades de las que no podrás salir ni librarte. Te conjuro, pues, por interés tuyo, á que no te vayas hasta que yo vuelva, para acompañarte y saber en qué para tu aventura.» Yo le dije: «Sí, pero ¡por Alah! no tardes mucho en volver.»

Entonces el barbero me rogó que le ayudara á echarse áuestas todo lo que le había regalado, y á ponerse encima de la cabeza las dos grandes ban-

dejas de dulces, y salió cargado de este modo. Pero apenas se vió fuera el maldito, cuando llamó á dos ganapanes, les entregó la carga, les mandó que la llevasen á su casa, y se emboscó en una calleja, acechando mi salida.

En cuanto á mí, apenas desapareció el barbero, me lavé lo más de prisa posible, me puse la mejor ropa, y salí de mi casa. E inmediatamente oí la voz de los muezines, que llamaban á los creyentes á la oración aquel santo día de viernes:

¡Bismillahi' rramani' rrahim! ¡En nombre de Alah, el Clemente sin límites, el Misericordioso!

¡Loor á Alah, Señor de los hombres, Clemente y Misericordioso!

¡Supremo soberano, Arbitro absoluto el día de la Retribución!

¡A ti adoramos, tu socorro imploramos!

¡Dirígenos por el camino recto,

Por el camino de aquellos á quienes colmaste de beneficios,

Y no por el camino de aquellos que incurrieron en tu cólera, ni de los que se han extraviado!

Al verme fuera de casa, me dirigí apresuradamente á la de la joven. Y cuando llegué á la puerta del kadí, instintivamente volví la cabeza y vi al maldito barbero á la entrada del callejón. Pero como la puerta estaba entornada, esperando que yo llegase, me precipité dentro y la cerré en seguida.

Y vi en el patio á la vieja, que me guió al piso alto, donde estaba la joven.

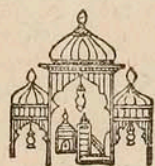
Pero apenas había entrado, oímos gente que venía por la calle. Era el kadí, que, con su séquito, volvía de la oración. Y vi en la esquina al barbero, que seguía aguardándome. En cuanto al kadí, me tranquilizó la joven, diciéndome que la visitaba pocas veces, y que además siempre se encontraría medio de ocultarme.

Pero, por mi desgracia, había dispuesto Alah que ocurriera un incidente, cuyas consecuencias hubieron de serme fatales. Se dió la coincidencia de que precisamente aquel día una de las esclavas del kadí hubiese merecido un castigo. Y el kadí, en cuanto entró, se puso á apalearla, y debía pegarle muy recio, porque la esclava empezó á dar alaridos. Y entonces uno de los negros de la casa intercedió por ella; pero, enfurecido el kadí, le dió también de palos, y el negro empezó á gritar. Y se armó tal tumulto, que alborotó toda la calle, y el maldito barbero creyó que me habían sorprendido y que era yo quien chillaba. Entonces comenzó á lamentarse, y se desgarró la ropa, se cubrió de polvo la cabeza y pedía socorro á los transeúntes que empezaban á reunirse á su alrededor. Y llorando decía: «¡Acaban de asesinar á mi amo en la casa del kadí!» Después, siempre chillando, corrió á mi casa seguido de la multitud, y avisó á mis criados, que en seguida se armaron de garrotes y corrieron hacia la casa del kadí, vociferando y alentándose mutua-

mente. Y llegaron todos, con el barbero á la cabeza. Y el barbero seguía destrozándose la ropa y gritando á voz en cuello delante de la puerta del kadí, junto adonde yo estaba.

Y cuando el kadí oyó este tumulto, miró por una ventana y vió á todos aquellos energúmenos que golpeaban su puerta con los palos. Entonces, juzgando que la cosa era bastante grave, bajó, abrió la puerta y preguntó: «¿Qué pasa, buena gente?» Y mis criados le dijeron: «¿Eres tú quien ha matado á nuestro amo?» Y él repuso: «¿Pero quién es vuestro amo, y qué ha hecho para que yo le mate?...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



*PERO CUANDO LLEGÓ
LA 30.^a NOCHE*

Ella dijo:

He llegado á saber, ¡oh rey afortunado! que el kadí, sorprendido, repuso: «¿Qué ha hecho vuestro amo para que yo le mate? ¿Y por qué está entre vosotros ese barbero que chilla y se revuelve como un asno?» Entonces el barbero exclamó: «Tú eres quien ha matado á palos á mi amo, pues yo estaba en la calle y oí sus gritos.» Y el kadí contestó:

«¿Pero quién es tu amo? ¿De dónde viene? ¿Adónde va? ¿Quién lo ha traído aquí?» Y el barbero dijo: «Malhadado kadí, no te hagas el tonto, pues sé toda la historia, la entrada de mi amo en tu casa y todos los demás pormenores. Sé, y ahora quiero que todo el mundo lo sepa, que tu hija está preñada de mi amo, y mi amo la corresponde. Y le he acompañado hasta aquí. Y tú lo has sorprendido en la cama con tu hija, y lo has matado á palos, sin ayuda de tu servidumbre. Y yo te voy á obligar ahora mismo á que vengas conmigo al palacio de nuestro único juez, el califa, como no prefieras devolvernos inmediatamente á nuestro amo, indemnizarle de los malos tratos que le has hecho sufrir y entregárnoslo sano y salvo, á mí y á sus parientes. Si no, me obligarás á entrar á viva fuerza en tu casa para libertarlo. Apresúrate, pues, á entregárnoslo.»

Al oír estas palabras, el kadí quedó cortado y lleno de confusión y de vergüenza ante toda aquella gente que estaba escuchando. Pero de todos modos, volviéndose hacia el barbero, le dijo: «Si no eres un embaucador, te autorizo para que entres en mi casa y busques á tu amo por donde quieras, y lo libertes.» Entonces el barbero se precipitó dentro de la casa.

Y yo, que asistía á todo esto detrás de una celosía, cuando vi que el barbero había entrado en la casa, quise huir inmediatamente. Pero por más que buscaba escaparme, no hallé ninguna salida que no

pudiese ser vista por la gente de la casa ó no la pudiese utilizar el barbero. Sin embargo, en una de las habitaciones encontré un cofre enorme que estaba vacío, y me apresuré á esconderme en él, dejando caer la tapa. Y allí me quedé bien quieto, conteniendo la respiración.

Pero el barbero, después de rebuscar por toda la casa, entró en aquel cuarto, y debió mirar á derecha é izquierda y ver el cofre. Entonces, el maldito comprendió que yo estaba dentro, y sin decir nada, lo cogió, se lo cargó á hombros y buscó á escape la salida, mientras que yo me moría de miedo. Pero dispuso la fatalidad que el populacho se empeñase en ver lo que había en el cofre, y de pronto levantaron la tapa. Y yo, no pudiendo soportar aquella vergüenza, me levanté súbitamente y me tiré al suelo, pero con tal precipitación, que me rompí una pierna, y desde entonces estoy cojo. Y luego sólo pensé en escapar y esconderme, y como me vi entre una muchedumbre tan extraordinaria, me puse á echar puñados de monedas, y mientras se detuvieron á recoger el oro, me escurrí y escapé lo más aprisa que pude. Y así recorrí las calles más oscuras y más apartadas. Pero juzgad cuál sería mi temor cuando de pronto vi al barbero detrás de mí. Y decía á gritos: «¡Oh buenas gentes! ¡Gracias á Alah que he encontrado á mi amo!» Después, sin dejar de correr detrás de mí, me dijo: «¡Oh mi señor! Ya ves ahora cuán mal hiciste en obrar con impaciencia y sin atender á mis conse-

jos, porque, según has podido comprobar, no eres hombre de muchas luces, pues eres muy arrebatado y hasta algo simple. Pero señor, ¿adónde corres así? ¡Aguárdame!» Y yo, que no sabía ya cómo deshacerme de aquella calamidad á no ser por la muerte, me paré y le dije: «¡Oh barbero! ¿No te basta con haberme puesto en el estado en que me ves? ¿Quieres, pues, mi muerte?»

Pero al acabar de hablar vi abierta delante de mí la tienda de un mercader amigo mío. Me precipité dentro y supliqué al mercader que le impidiera entrar detrás de mí á ese maldito. Y pudo lograrlo con la amenaza de un garrote enorme y echándole miradas terribles. Pero el barbero no se fué sin maldecir al mercader y también al padre y al abuelo del mercader, vomitando insultos, injurias y maldiciones tanto contra mí como contra el mercader. Y yo di gracias al Recompensador por aquella liberación que no esperaba nunca.

El mercader me interrogó entonces, y le conté mi historia con este barbero, y le rogué que me dejara en su tienda hasta mi curación, pues no quería volver á mi casa por miedo á que me persiguiese otra vez ese barbero de betún.

Pero por la gracia de Alah, mi pierna acabó de curarse. Entonces cogí todo el dinero que me quedaba, mandé llamar testigos y escribí un testamento, en virtud del cual legaba á mis parientes el resto de mi fortuna, mis bienes y mis propiedades después de mi muerte, y elegí á una persona de con-

fianza para que administrase todo aquello, encargándole que tratase bien á todos los míos, grandes y pequeños. Y para perder de vista definitivamente á este barbero maldito, decidí salir de Bagdad y marcharme á cualquiera otra parte, donde no corriese el riesgo de encontrarme cara á cara con mi enemigo.

Sali, pues, de Bagdad, y no dejé de viajar día y noche hasta que llegué á este país, donde creía haberme librado de mi perseguidor. Pero ya veis que todo fué trabajo perdido, ¡oh mis señores! pues me lo acabo de encontrar entre vosotros, en este banquete á que me habéis invitado.

Por eso os explicaréis que no pueda tener tranquilidad mientras no huya de este país, como del otro, ¡y todo por culpa de ese malvado, de esa calamidad con cara de piojó, de ese barbero asesino, á quien Alah confunda, á él, á su familia y á toda su descendencia!»

Cuando aquel joven —prosiguió el sastre, hablando al rey de la China—acabó de pronunciar estas palabras, se levantó con el rostro muy pálido, nos deseó la paz, y salió sin que nadie pudiera impedirselo.

En cuanto á nosotros, una vez que oímos esta historia tan sorprendente, miramos al barbero, que estaba callado y con los ojos bajos, y le dijimos: «¿Es verdad lo que ha contado ese joven? Y en tal caso, ¿por qué procediste de ese modo, causándole tanta desgracia?» Entonces el barbero levantó la frente,

y nos dijo: «¡Por Alah! Bien sabía yo lo que me hacía al obrar así, y lo hice para ahorrarle mayores calamidades. Pues á no ser por mí, estaba perdido sin remedio. Y tiene que dar gracias á Alah y dár-melas á mí por no haber perdido mas que una pierna en vez de perderse por completo. En cuanto á vosotros, ¡oh mis señores! para probaros que no soy ningún charlatán, ni un indiscreto, ni en nada semejante á ninguno de mis seis hermanos, y para demostraros también que soy un hombre listo y de buen criterio, y sobre todo muy callado, os voy á contar mi historia, y juzgaréis.»

Después de estas palabras, todos nosotros—continuó el sastre—nos dispusimos á escuchar en silencio aquella historia, que juzgábamos había de ser extraordinaria.»



Historias del barbero de Bagdad y de sus seis hermanos

(CONTADAS POR EL BARBERO Y REPETIDAS
POR EL SASTRE)



HISTORIA DEL BARBERO

El barbero dijo:

«Sabed, pues, ¡oh mis señores! que yo viví en Bagdad durante el reinado del Emir de los Creyentes El-Montasser Billah (1). Y bajo su gobierno vi-

(1) *Montasser Billah*: El Victorioso con ayuda de Alah.

víamos, porque amaba á los pobres y á los humildes, y gustaba de la compañía de los sabios y los poetas.

Pero un día entre los días, el califa tuvo motivos de queja contra diez individuos que habitaban no lejos de la ciudad, y mandó al gobernador-lugar-teniente que trajese entre sus manos á estos diez individuos. Y quiso el Destino que precisamente cuando les hacían atravesar el Tigris en una barca, estuviese yo en la orilla del río. Y vi á aquellos hombres en la barca, y dije para mí: «Seguramente esos hombres se han dado cita en esa barca para pasarse en diversiones todo el día, comiendo y bebiendo. Así es que necesariamente me tengo que convidar para tomar parte en el festín.»

Me aproximé á la orilla, y sin decir palabra, que por algo soy el Silencioso, salté á la barca y me mezclé con todos ellos. Pero de pronto vi llegar á los guardias del wali, que se apoderaron de todos, les echaron á cada uno una argolla al cuello y cadenas á las manos, y acabaron por cogerme á mí también y ponerme asimismo la argolla al cuello y las cadenas á las manos. Y yo no dije palabra, lo cual os demostrará ¡oh mis señores! mi firmeza de carácter y mi poca locuacidad. Me aguanté, pues, sin protestar, y me vi llevado con los diez individuos á la presencia del Emir de los Creyentes, el califa Montasser Billah.

Y en cuanto nos vió, el califa llamó al portafanje, y le dijo: «¡Corta inmediatamente la cabeza

á esos diez malvados!» Y el verdugo nos puso en fila en el patio, á la vista del califa, y empuñando el alfanje, hirió la primera cabeza y la hizo saltar, y la segunda, y la tercera, hasta la décima. Pero cuando llegó á mí, el número de cabezas cortadas era precisamente el de diez, y no tenía orden de cortar ni una más. Se detuvo, por tanto, y dijo al califa que sus órdenes estaban ya cumplidas. Pero entonces volvió la cara el califa, y viéndome todavía en pie, exclamó: «¡Oh mi portaalfanje! ¡Te he mandado cortar la cabeza á los diez malvados! ¿Cómo es que perdonaste al décimo?» Y el portaalfanje repuso: «¡Por la gracia de Alah sobre ti y por la tuya sobre nosotros! He cortado diez cabezas.» Y el califa dijo: «Vamos á ver; cuéntalas delante de mí.» Las contó, y efectivamente, resultaron diez cabezas. Y entonces el califa me miró y me dijo: «¿Pero tú quién eres? ¿Y qué haces ahí entre esos bandidos, derramadores de sangre?» Entonces, ¡oh mis señores! y sólo entonces, al ser interrogado por el Emir de los Creyentes, me resolví á hablar. Y dije: «¡Oh Emir de los Creyentes! Soy el jeique á quien llaman El-Samed, á causa de mi poca locuacidad. En punto á prudencia, tengo un buen acopio en mi persona, y en cuanto á la rectitud de mi juicio, la gravedad de mis palabras, lo excelente de mi razón, lo agudo de mi inteligencia y mi ninguna verbosidad, nada he de decirte, pues tales cualidades son en mí infinitas. Mi oficio es el de afeitar cabezas y barbas, escarificar piernas y pantorrillas

y aplicar ventosas y sanguijuelas. Y soy uno de los siete hijos de mi padre, y mis seis hermanos están vivos.

»Pero he aquí la aventura. Esta misma mañana me paseaba yo á lo largo del Tigris, cuando vi á esos diez individuos que saltaban á una barca, y me junté con ellos, y con ellos me embarqué, creyendo que estaban convidados á algún banquete en el río. Pero he aquí que, apenas llegamos á la otra orilla, adiviné que me encontraba entre criminales, y me di cuenta de esto al ver á tus guardias que se nos echaban encima y nos ponían la argolla al cuello. Y aunque nada tenía yo que ver con esa gente, no quise hablar ni una palabra ni protestar de ningún modo, obligándome á ello mi excesiva firmeza de carácter y mi ninguna locuacidad. Y mezclado con estos hombres fui conducido entre tus manos, ¡oh Emir de los Creyentes! Y mandaste que cortasen la cabeza á esos diez bandidos, y fui el único que quedó entre las manos de tu portaalfanje, y á pesar de todo, no dije tan siquiera ni una palabra. Creo, pues, que esto es una buena prueba de valor y de firmeza muy considerable. Y además, el solo hecho de unirme con esos diez desconocidos es por sí mismo la mayor demostración de valentía que yo sepa. Pero no te asombre mi acción, ¡oh Emir de los Creyentes! pues toda mi vida he procedido del mismo modo, queriendo favorecer á los extraños.»

Cuando el califa oyó mis palabras, y advirtió

en ellas que en mí era nativo el valor y la virilidad, y mi amor al silencio y á la compostura, y mi odio á la indiscreción y á la impertinencia, á pesar de lo que diga ese joven cojo que estaba ahí hace un momento, y á quien salvé de toda clase de calamidades, el Emir dijo: «¡Oh venerable jeique, barbero espiritual é ingenio lleno de gravedad y de sabiduría! Dime: ¿y tus seis hermanos son como tú? ¿Te igualan en prudencia, talento y discreción?» Y yo respondí: «¡Alah me libre de ellos! ¡Cuán poco se asemejan á mí, oh Emir de los Creyentes! ¡Acabas de afligirme con tu censura al compararme con esos seis locos que nada tienen de común conmigo, ni de cerca ni de lejos! Pues por su verbosidad impertinente, por su indiscreción y por su cobardía, se han buscado mil disgustos, y cada uno tiene una deformidad física, mientras que yo estoy sano y completo de cuerpo y espíritu. Porque, efectivamente, el mayor de mis hermanos es cojo; el segundo, tuerto; el tercero, mellado; el cuarto, ciego; el quinto, no tiene narices ni orejas, porque se las cortaron, y al sexto le han rajado los labios.

Pero ¡oh Emir de los Creyentes! no creas que exagero con esto mis cualidades, ni aumento los defectos de mis hermanos. Pues si te contase su historia, verías cuán diferente soy de todos ellos. Y como su historia es infinitamente interesante y sabrosa, te la voy á contar sin más dilaciones.



Historia de Bacbuk, primer hermano del barbero



Así, sabe, ¡oh Emir de los Creyentes! que el mayor de mis hermanos, el que se quedó cojo, se llama El-Bacbuk, porque cuando se pone á charlar, parece oirse el ruido que hace un cántaro al vaciarse. Su oficio ha sido el de sastre en Bagdad.

Ejercía su oficio de sastre en una tiendecilla cuyo propietario era un hombre cuajado de dinero y de riquezas. Este hombre habitaba en lo alto de la misma casa en que estaba situada la tienda de mi hermano Bacbuk. Y además, en el subterráneo de la casa había un molino, donde vivía un molinero y el buey del molinero.

Pero un día que mi hermano Bacbuk estaba cosiendo, sentado en su tienda, teniendo debajo de él al molinero y al buey del molinero, y encima al enriquecido propietario, he aquí que mi hermano Bacbuk levantó de pronto la cabeza, y vió asomada en una de las ventanas altas á una hermosa mujer como la luna saliente, que se distraía mirando á los transeuntes. Y esta mujer era la esposa del propietario de la casa.

Al verla mi hermano Bacbuk, sintió que su corazón se prendaba apasionadamente de ella, y le fué imposible coser ni hacer otra cosa que mirar á

la ventana. Y se pasó todo el día como aturdido y en contemplación hasta por la noche. Y al día siguiente, en cuanto amaneció, se sentó en su sitio de costumbre, y mientras cosía, muy poco á poco, levantaba á cada momento la cabeza para mirar á la ventana. Y á cada puntada que daba con la aguja se pinchaba los dedos, pues tenía los ojos en la ventana constantemente. Y así estuvo varios días, durante los cuales apenas si trabajó ni su labor valió más de un dracma.

En cuanto á la joven, comprendió en seguida los sentimientos de mi hermano Bacbuk. Y se propuso sacarles todo el partido posible y divertirse á su costa. Y un día que estaba mi hermano más entontecido que de costumbre, la joven le dirigió una mirada asesina, que se clavó inmediatamente en el corazón de Bacbuk. Y Bacbuk miró en seguida á la joven, pero de un modo tan ridículo, que ella se quitó de la ventana para reirse á su gusto, y fué tal su explosión de risa, que se cayó de trasero sobre el piso. Pero el infeliz Bacbuk llegó al límite de la alegría pensando que la joven le había mirado cariñosamente.

Así es que al día siguiente no se asombró, ni con mucho, mi hermano Bacbuk cuando vió entrar en su tienda al propietario de la casa, que llevaba debajo del brazo una hermosa pieza de hilo envuelta en un pañuelo de seda, y le dijo: «Te traigo esta pieza de tela para que me cortes unas camisas.» Entonces Bacbuk no dudó que aquel hombre estaba

allí enviado por su mujer, y contestó: «¡Sobre mis ojos y sobre mi cabeza! Esta misma noche estarán acabadas tus camisas.» Y efectivamente, mi hermano se puso á trabajar con tal ahinco, privándose hasta de comer, que por la noche, cuando llegó el propietario de la casa, ya tenía las veinte camisas cortadas, cosidas y empaquetadas en el pañuelo de seda. Y el propietario de la casa le preguntó: «¿Qué te debo?» Pero precisamente en aquel instante se presentó furtivamente en la ventana la joven, y dirigió una mirada á Bacbuk, haciéndole una seña con los ojos, como indicándole que no aceptase nada. Y mi hermano no quiso cobrarle nada al propietario de la casa, por más que en aquella ocasión estuviese muy apurado y cualquier dinero habría sido para él una gran ayuda. Pero se consideró dichoso con trabajar para el marido y favorecerle por amor á la linda cara de la mujer.

Y al día siguiente al amanecer se presentó el propietario de la casa con otra pieza de tela debajo del brazo, y le dijo á mi hermano Bacbuk: «He aquí que acaban de advertirme en mi casa que necesito también calzoncillos nuevos para ponérmelos con las camisas nuevas. Y te traigo esta otra pieza de tela para que me hagas calzoncillos. Pero que sean muy anchos. Y no escatimes para nada los pliegues ni la tela.» Mi hermano contestó: «Escucho y obedezco.» Y se estuvo tres días completos cose que te cose, sin tomar otro alimento que el estrictamente necesario, pues no quería perder

tiempo, y además no tenía ni un dracma para comprar comida.

Y cuando hubo terminado los calzoncillos, los envolvió en el pañuelo, y muy contento, fué á llevárselos él mismo al propietario de la casa.

No es necesario decir, ¡oh Emir de los Creyentes! que la joven se había puesto de acuerdo con su marido para burlarse del infeliz de mi hermano y hacerle las más sorprendentes jugarretas. Porque cuando mi hermano le presentó los calzoncillos al propietario de la casa, éste hizo como que iba á pagarle, pero inmediatamente apareció en la puerta la linda cara de la mujer, sonriéndole con los ojos y haciéndole señas con las cejas para que no cobrase. Y Bacbuk se negó en redondo á recibir nada del marido. Entonces el marido se ausentó un instante para hablar con su esposa, que había desaparecido también, y volvió en seguida junto á mi hermano y le dijo: «Para agradecer tus favores, hemos resuelto mi mujer y yo casarte con nuestra esclava blanca, que es muy hermosa y muy gentil, y de tal suerte serás de nuestra casa.» Y Bacbuk se figuró en seguida que era una excelente astucia de la mujer para que él pudiese entrar con libertad en la casa. Y aceptó en el acto. Y al momento mandaron llamar á la esclava, y la casaron con mi hermano Bacbuk.

Pero cuando llegó la noche, quiso acercarse Bacbuk á la esclava blanca, y ésta le dijo: «¡No, no! ¡Esta noche no!» Y por mucho que lo deseara Bacbuk, no pudo darle ni siquiera un beso.

Además, el propietario de la casa había dicho á mi hermano Bacbuk que aquella noche, en lugar de dormir en la tienda, durmiese en el molino que había en el sótano de la casa, á fin de que estuviesen más anchos él y su mujer. Y como la esclava, después de resistirse á la copulación, se subió á casa de su señora, Bacbuk tuvo que acostarse solo. Y al amanecer aún dormía Bacbuk, cuando entró el molinero y dijo en alta voz: «Ya ha descansado bastante este buey. Voy á engancharlo al molino para moler todo ese trigo que se me está amontonando en cantidad considerable.» Y se acercó entonces á mi hermano, fingiendo confundirle con el buey, y le dijo: «¡Vaya, arriba, holgazán, que tengo que engancharte!» Y mi hermano Bacbuk no quiso hablar, tal era su estupidez, y se dejó enganchar al molino. Y el molinero lo ató por la cintura al cilindro del molino, y dándole un gran latigazo, exclamó: «¡Yallah!» Y cuando Bacbuk recibió aquel golpe, no pudo menos de mugir como un buey. Y el molinero siguió dándole grandes latigazos y haciéndole dar vueltas al molino durante mucho tiempo. Y mi hermano mugía absolutamente como un buey, y resoplaba al recibir los estacazos.

Y no tardó en llegar el propietario de la casa, que, al verle en tal estado, dando vueltas y recibiendo golpes, fué en seguida á avisar á su mujer, y ésta envió á la esclava blanca, que desató á mi hermano y le dijo muy compasivamente: «Mi señora acaba de saber el mal trato que te han hecho

sufrir, y lo siente muchísimo. Todos lamentamos tus sufrimientos.» Pero el infeliz Bacbuk había recibido tanto palo y estaba tan molido, que no pudo contestar palabra.

Y hallándose en tal estado, se presentó el jeique que había escrito su contrato de matrimonio con la esclava blanca. Y le deseó la paz, y le dijo: «¡Concédate Alah larga vida! ¡Así sea bendito tu matrimonio! Estoy seguro de que acabas de pasar una noche feliz y que has gozado los transportes más dulces y más íntimos, abrazos, besos y copulaciones desde la noche hasta la mañana.» Y mi hermano Bacbuk le contestó: «¡Alah confunda á los embaucadores y á los pérfidos de tu clase, traidor á la milésima potencia! Tú me metiste en todo esto para que diese vueltas al molino en lugar del buey del molinero, y eso hasta la mañana.» Entonces el jeique le invitó á que se lo contase todo, y mi hermano se lo contó. Y entonces el jeique le dijo: «Todo eso está muy claro. No es otra cosa sino que tu estrella no concuadra con la estrella de la joven.» Y Bacbuk le replicó: «¡Ah, maldito! Anda á ver si puedes inventar más perfidias.» Después mi hermano se fué y volvió á meterse en su tienda, con el fin de aguardar algún trabajo que le permitiese ganar el pan, ya que tanto había trabajado sin cobrar.

Y mientras estaba sentado, hete aquí que se presentó la esclava blanca, y le dijo: «Mi ama te quiere muchísimo, y me encarga te diga que acaba de su-

bir á la azotea para tener el gusto de contemplarte desde el tragaluz.» Y efectivamente, mi hermano vió aparecer en el tragaluz á la joven, deshecha en lágrimas, y se lamentaba y decía: «¡Oh querido mío! ¿por qué me pones tan mala cara y estás tan enfadado que ni siquiera me miras? Te juro por tu vida que cuanto te ha pasado en el molino se ha hecho á espaldas mías. En cuanto á esa esclava loca, no quiero que la mires siquiera. En adelante, yo sola seré tuya.» Y mi hermano Bacbuk levantó entonces la cabeza y miró á la joven. Y esto le bastó para olvidar todas las tribulaciones pasadas y para hartar sus ojos contemplando aquella hermosura. Después se puso á hablarle por señas, y ella con él, hasta que Bacbuk se convenció de que todas sus desgracias no le habían pasado á él, sino á otro cualquiera.

Y con la esperanza de ver á la joven, siguió cortando y cosiendo camisas, calzoncillos, ropa interior y ropa exterior, hasta que un día fué á buscarle la esclava blanca, y le dijo: «Mi señora te saluda. Y como mi amo y esposo suyo se marcha esta noche á un banquete que le dan sus amigos, y no volverá hasta por la mañana, te aguardará impaciente mi señora para pasar contigo esta noche entre delicias y lo que sabes.» Y el infeliz Bacbuk estuvo á punto de volverse loco al oír tal noticia.

Porque la astuta casada había combinado un último plan, de acuerdo con su marido, para deshacerse de mi hermano, y verse libres, ella y él, de

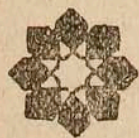
pagarle toda la ropa que le habían encargado. Y el propietario de la casa había dicho á su mujer: «¿Cómo haríamos que entrase en tu aposento para sorprenderle y llevarle á casa del walí?» Y la mujer contestó: «Déjame obrar á mi gusto, y lo engañaré con tal engaño y lo comprometeré en tal compromiso, que toda la ciudad se ha de burlar de él.»

Y Bacbuk no se figuraba nada de esto, pues desconocía en absoluto todas las astucias y todas las emboscadas de que son capaces las mujeres. Así es que, llegada la noche, fué á buscarle la esclava, y lo llevó á las habitaciones de su señora, que en seguida se levantó, le sonrió, y le dijo: «¡Por Alah! ¡Dueño mío, qué ansias tenía de verte junto á mí!» Y Bacbuk contestó: «¡Y yo también! ¡Pero démonos prisa, y ante todo, un beso! Y en seguida...» Pero aún no había acabado de hablar, cuando se abrió la puerta y entró el marido con dos esclavos negros, que se precipitaron sobre mi hermano Bacbuk, lo ataron, le arrojaron al suelo y empezaron por acariciarle la espalda con sus látigos. Después se le echaron áuestas para llevarle á casa del walí. Y el walí le condenó á que le diesen doscientos azotes, y después le montaran en un camello y le pasearan por todas las calles de Bagdad. Y un pregonero iba gritando: «¡De esta manera se castigará á todo cabalgador que asalte á la mujer del prójimo!»

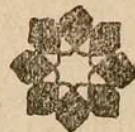
Pero mientras así paseaban á mi hermano Bacbuk, se enfureció de pronto el camello y empezó á dar grandes corcovos. Y Bacbuk, como no podía va-

lerse, cayó al suelo y se rompió una pierna, quedando cojo desde entonces. Y Bacbuk, con su pata rota, salió de la ciudad. Pero me avisaron de todo ello á tiempo, ¡oh Príncipe de los Creyentes! y corrí detrás de él, y le traje aquí en secreto, he de confesarlo, y me encargué de su curación, de sus gastos y de todas sus necesidades. Y así seguimos.»

Y cuando hube contado esta historia de Bacbuk, ¡oh mis señores! el califa Montasser-Billah se echó á reir á carcajadas, y dijo: «¡Qué bien la contaste! ¡Qué divertido relato!» Y yo repuse: «En verdad que no merezco aún tanta alabanza tuya. Porque entonces, ¿qué dirás cuando hayas oído la historia de cada uno de mis otros hermanos? Pero temo que me tomes por un charlatán indiscreto.» Y el califa contestó: «¡Al contrario, barbero sobrenatural! Apresúrate á contarme lo que ocurrió á tus hermanos, para adornar mis oídos con esas historias que son pendientes de oro, y no temas entrar en pormenores, pues juzgo que tu historia ha de tener tantas delicias como sabor.» Y entonces dije:



Historia de El-Haddar, segundo hermano del barbero



«Sabe, pues, ¡oh Emir de los Creyentes! que mi segundo hermano se llama El-Haddar, porque muge como un camello. Y además está mellado. Como oficio no tiene ninguno, pero en cambio me da mu-

chos disgustos. Juzgad con vuestro entendimiento al oír esta aventura.

Un día que vagaba sin rumbo por las calles de Bagdad, se le acercó una vieja y le dijo en voz baja: «Escucha, ¡oh ser humano! Te voy á hacer una proposición, que puedes aceptar ó rechazar, según te plazca.» Y mi hermano se detuvo, y dijo: «Ya te escucho.» Y la vieja prosiguió: «Pero antes de ofrecerte esa cosa, me has de asegurar que no eres un charlatán indiscreto.» Y mi hermano respondió: «Puedes decir lo que quieras.» Y ella le dijo: «¿Qué te parecería un hermoso palacio, con arroyos y árboles frutales, en el cual corriese el vino en las copas nunca vacías, en donde vieras caras arrebatadoras, besaras mejillas suaves, poseyeras cuerpos flexibles y disfrutaras de otras cosas por el estilo, gozando desde la noche hasta la mañana? Y para disfrutar de todo eso, no necesitarías mas que avenirte á una condición.» Mi hermano El-Haddar replicó á estas palabras de la vieja: «Pero ¡oh señora mía! ¿cómo es que vienes á hacerme precisamente á mí esa proposición, excluyendo á otra cualquiera entre las criaturas de Alah? ¿Qué has encontrado en mí para preferirme?» Y la vieja contestó: «Ya te he dicho que ahorres palabras, que sepas callar, y conducirte en silencio. Sígueme, pues, y no hables más.» Después se alejó precipitadamente. Y mi hermano, con la esperanza de todo lo prometido, echó á andar detrás de ella, hasta que llegaron á un palacio magnífico, en

el cual entró la vieja é hizo entrar á mi hermano Haddar. Y mi hermano vió que el interior del palacio era muy bello, pero que era más bello aún lo que encerraba. Porque se encontró en medio de cuatro muchachas como lunas. Y estas jóvenes estaban tendidas sobre riquísimos tapices y entonaban con una voz deliciosa canciones de amor.

Después de las zalemas acostumbradas, una de ellas se levantó, llenó una copa y la bebió. Y mi hermano Haddar le dijo: «Que te sea sano y delicioso y aumente tus fuerzas.» Y se aproximó á la joven, para tomar la copa vacía y ponerse á sus órdenes. Pero ella llenó inmediatamente la copa y se la ofreció. Y Haddar, cogiendo la copa, se puso á beber. Y mientras él bebía, la joven empezó á acariciarle la nuca; pero de pronto le golpeó con tal saña, que mi hermano acabó por enfadarse. Y se levantó para irse, olvidando su promesa de soportarlo todo sin protestar. Y entonces se acercó la vieja y le guiñó el ojo, como diciéndole: «¡No hagas eso! Quédate y aguarda hasta el fin.» Y mi hermano obedeció, y hubo de soportar pacientemente todos los caprichos de la joven. Y las otras tres porfiaron en darle bromas no menos pesadas: una le tiraba de las orejas como para arrancárselas, otra le daba capirotaños en la nariz, y la tercera le pellizcaba con las uñas. Y mi hermano lo tomaba con mucha resignación, porque la vieja le seguía haciendo señas de que callase. Por fin, para premiar su paciencia, se levantó la joven más hermo-

sa y le dijo que se desnudase. Y mi hermano obedeció sin protestar. Y entonces la joven cogió un hisopo, le roció con agua de rosas, y le dijo: «Me gustas mucho, ¡oyo de mi vida! Pero me fastidian las barbas y los bigotes, que pinchan la piel. De modo que, si quieres de mí lo que tú sabes, te has de afeitar la cara.» Y mi hermano contestó: «Pues eso no puede ser, porque sería la mayor vergüenza que me podría ocurrir.» Y ella dijo: «Pues no podré amarte de otro modo. No hay más remedio.» Y entonces mi hermano dejó que la vieja le llevase á una habitación contigua, donde le cortó la barba y se la afeitó, y después los bigotes y las cejas. Y luego le embadurnó la cara con colorete y polvos, y lo condujo á la sala donde estaban las jóvenes. Y al verle les entró tal risa, que doblaron sobre sus posaderas.

Después se le acercó la más hermosa de aquellas jóvenes y le dijo: «¡Oh dueño mío! Tus encantos acaban de conquistar mi alma. Y sólo he de perderte un favor, y es que así, desnudo como estás y tan lindo, ejecutes delante de nosotras una danza que sea graciosa y sugestiva.» Y como El-Haddar no pareciese muy dispuesto, prosiguió la joven: «Te conjuro por mi vida á que lo hagas. Y después lograrás de mí lo que tú sabes.» Entonces, al son de la darabuka, manejada por la vieja, mi hermano se ató á la cintura un pañuelo de seda y se puso á bailar en medio de la sala.

Pero tales eran sus gestos y sus piruetas, que las jóvenes se desternillaban de risa, y empezaron

á tirarle cuanto vieron á mano: los almohadones, las frutas, las bebidas y hasta las botellas. Y la más bella de todas se levantó entonces y fué adoptando toda clase de posturas, mirando á mi hermano con ojos como entornados por el deseo, y después se fué despojando de todas sus ropas, hasta quedarse sólo con la finísima camisa y el amplio calzón de seda. Y El-Haddar, que había interrumpido el baile tan pronto como vió á la joven desnuda, llegó al límite más extremo de la excitación.

Pero entonces se le acercó la vieja y le dijo: «Ahora te toca correr detrás de ella. Porque cuando se excita con la bebida y con la danza, acostumbra á desnudarse por completo, pero no se entrega á ningún amante sin haber examinado su cuerpo desnudo, su zib en erección y su ligereza para correr, juzgándole entonces digno de ella. De modo que la vas á perseguir por todas partes, de habitación en habitación, hasta que la puedas atrapar. Y sólo entonces consentirá que la cabalgues.»

Y mi hermano, al oír aquello, se quitó el cinturón de seda y se dispuso á correr. Y la joven se despojó de la camisa y de lo demás, y apareció toda desnuda, cimbreándose como una palmera nueva. Y echó á correr, riéndose á carcajadas y dando dos vueltas al salón. Y mi hermano la perseguía con su zib erguido.»

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



*PERO CUANDO LLEGÓ
LA 31.^a NOCHE*

Ella dijo:

He llegado á saber, ¡oh rey afortunado! que el barbero prosiguió su relato en esta forma:

«Mi hermano Haddar, con su zib erguido, empezó á perseguir á la joven, que, ligera, huía de él y se reía. Y las otras jóvenes y la vieja, al ver correr á aquel hombre con su rostro pintarrajeado, sin barbas, ni bigotes, ni cejas, y erguido su zib hasta no poder más, se morían de risa y palmoteaban y golpeaban el suelo con los pies.

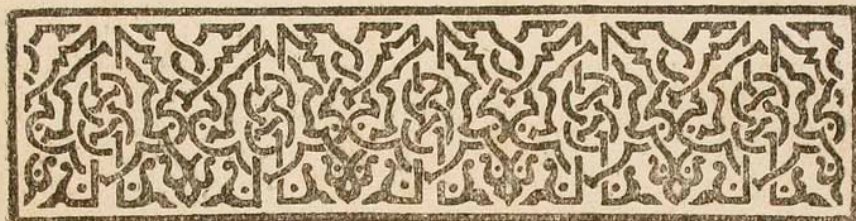
Y la joven, después de dar dos vueltas á la sala, se metió por un pasillo muy largo, y luego cruzó dos habitaciones, una tras otra, siempre perseguida por mi hermano, completamente loco. Y ella, sin dejar de correr, reía con toda su alma, moviendo las caderas.

Pero de pronto desapareció en un recodo, y mi hermano fué á abrir una puerta por la cual creía que había salido la joven, y se encontró en medio de una calle. Y esta calle era la calle en que vivían los curtidores de Bagdad. Y todos los curtidores vieron á El-Haddar afeitado de barbas, sin bigotes, las cejas rapadas y pintado el rostro como una ramera. Y escandalizados, se pusieron á darle

correaos, hasta que perdió el conocimiento. Y después le montaron en un burro, poniéndole al revés, de cara al rabo, y le hicieron dar la vuelta á todos los zocos, hasta que lo llevaron al walí, que les preguntó: «¿Quién es ese hombre?» Y ellos contestaron: «Es un desconocido que salió súbitamente de casa del gran visir. Y lo hemos hallado en este estado.» Entonces el walí mandó que le diesen cien latigazos en la planta de los pies, y lo desterró de la ciudad. Y yo ¡oh Emir de los Creyentes! corrí en busca de mi hermano, me lo traje secretamente y le di hospedaje. Y ahora lo sostengo á mi costa. Comprenderás que si yo no fuera un hombre lleno de entereza y de cualidades, no habría podido soportar á semejante necio.

Pero en lo que se refiere á mi tercer hermano, ya es otra cosa, como vas á ver.





ÍNDICE

	Páginas
HISTORIA DEL VISIR NUREDDIN, DE SU HERMANO EL VISIR CHAMSEDDIN Y DE HASSÁN BADREDDIN. . . .	9-104
Empieza á mediados de la 19. ^a noche y termina á últimos de la 24. ^a	
HISTORIA DEL JOROBADO, CON EL SASTRE, EL CORREDOR NAZARENO, EL INTENDENTE Y EL MÉDICO JUDÍO; LO QUE DE ELLO RESULTÓ, Y SUS AVENTURAS SUCESIVAMENTE REFERIDAS.	105-179
Comienza hacia el fin de la 24. ^a noche y termina á últimos de la 32. ^a —Comprende:	
RELATO DEL CORREDOR NAZARENO.	118-145
RELATO DEL INTENDENTE DEL REY DE LA CHINA. . . .	146-160
RELATO DEL MÉDICO JUDÍO.	160-177
RELATO DEL SASTRE.	178-179
la cual comprende:	
HISTORIA DEL JOVEN COJO CON EL BARBERO DE BAGDAD.	180-210
y las	
HISTORIAS DEL BARBERO DE BAGDAD Y DE SUS SEIS HERMANOS.	210-229
que son:	
<i>Historia del barbero.</i>	210-214
<i>Historia de Bacbuk.</i>	215-223
<i>Historia de El-Haddar.</i>	223-229

OBRAS DE V. BLASCO IBAÑEZ

Director literario de esta Editorial

NOVELAS: Arroz y tartana. Flor de Mayo. La Barraca. Entre naranjos. Son- nica la cortesana. Cañas y barro. La Cate- dral. El Intruso. La Bodega. La Horda. La maja desnuda. Sangre y arena. Los muer- tos mandan. Luna Benamor. Los argo- nautas (2 tomos). Los cuatro jinetes del Apocalipsis. Mare nostrum. Los enemi- gos de la mujer. El préstamo de la difun- ta. El paraíso de las mujeres. La tierra de todos. La reina Calafia. Novelas de la Cos- ta Azul. 5 ptas. vol.—**CUENTOS:** La Con- denada. Cuentos valencianos. 5 ptas. vol.—**VIAJES:** En el país del arte. Oriente. La vuelta al mundo, de un novelista (3 t.) 5 ptas. vol.—**ARTICULOS:** El militarismo mejicano. 5 ptas.

El Papa del mar (novela). 5 ptas.

NOVÍSIMA HISTORIA UNIVERSAL

escrita por individuos del Instituto de Francia, dirigida á partir del siglo IV por E. Lavissee y A. Rambaud.—Traducción de V. Blasco Ibañez.—20.000 grabados. His- toria por la imagen más completa y deta- llada que ninguna.—Publicados hasta el tomo XIV. En prensa el XV.—10 pesetas volumen encuadernado.

NOVÍSIMA GEOGRAFÍA UNIVERSAL

por Onésimo y Eliseo Reclús.—Traduc- ción de V. Blasco Ibañez.—6 tomos.—Mi- llares de grabados y mapas.—7'50 ptas. vol.

NOVELAS Y TEATRO

Obras de gran amenidad, interés y emo- ción novelesca.—1'25 ptas. volumen.

BIBLIOTECA FILOSÓFICA Y SOCIAL

Altamira, Büchner, Darwin, Kropotkine, Renán, Spencer, etc.—2 ptas. volumen.

LA NOVELA LITERARIA

Amplia y selecta colección dirigida por Blasco Ibañez, que cuenta con el apoyo de los novelistas de todos los países para esta obra de difusión literaria. Todos los volúmenes llevan un estudio biográfico y crítico del autor de la obra escrito por Blasco Ibañez. Novelas de Paul Adam, Barbusse, Bazin, Bourges, Bourget, Duvernois, Frapié, Harry, Hermant, Huysmans, Jaloux, Lavedan, Louys, Margueritte, Miomandre, Regnier, Rosny, Tinayre y otros muchos maestros de la novela contemporánea.—4 pesetas volumen en rústica.

J. FRANCÉS: *La danza del corazón* (novela). 3'50 ptas.—*Teatro de amor*. 3 ptas.

F. LLORCA: *Lo que cantan los niños*. Can- ciones y juegos infantiles. 2 ptas.

HISTORIA DE LA GUERRA EUROPEA DE 1914

ESCRITA POR V. BLASCO IBAÑEZ. Ilustrada con millares de grabados.

Las grandes batallas.—El heroísmo.—Los horrores de la lucha.—La guerra en el mar y en los aires.—Tipos y costumbres de los beligerantes.—Personajes de la tragedia, retratos, caricaturas y documentos.—Planos y mapas.—La vida en el campamento, en los campos de batalla y hospitales.—Panoramas trágicos.—Nueve tomos, lujosamente encuadernados.—Precio de cada tomo, 25 pesetas.

El libro de las mil noches y una noche.

Traducción directa y literal del árabe por el doctor Mardrus.—Versión castellana de V. Blasco Ibañez.—Prólogo de E. Gómez Carrillo.—23 tomos.—2 ptas. volumen.

BIBLIOTECA CLÁSICA

HOMERO: *Iliada*. 2 t.—*Odisea*. 2 t.—ES- QUILO. 1 t.—SÓFOCLES. 2 t.—HESÍODO. 1 t.—EURÍPIDES. 4 t.—TEÓCRITO. 1 t.—ARIS- TÓFANES. 3 t.—JENOFONTE. 1 t.—PLAUTO: *Comedias*. 2 t.—FEDRO: *Fábulas*.—SYRO: *Sentencias*. 1 t.—CICERÓN: *La República*.—*Las paradojas*. 1 t.—ARISTÓTELES: *La po- lítica*. 1 t.—LA CANCIÓN DE ROLDÁN. 1 t.—QUEVEDO: *Obras satíricas*. 1 t.—CERVAN- TES: *Teatro selecto*. 1 t.—VIDA DE CERVAN- TES, por su primer biógrafo Mayáns y Sis- car. 1 t.—LOPE DE VEGA: *Novelas*. 1 t.—*Comedias*. 1 t.—GUILLEM DE CASTRO: *Tea- tro*. 1 t.—CALDERÓN: *Teatro*. 2 t.—SHAKES- PEARE: *Obras completas*. 12 t.—2 ptas. vol.

LA CIENCIA PARA TODOS

Volúmenes ilustrados á 1'50 pesetas.

CULTURA CONTEMPORÁNEA

E. FAGUET: *El arte de leer*. 3 ptas.—E. BERGSON: *La risa*. 3 ptas.—W. WILSON, ex presidente de los Estados Unidos: *La nueva libertad*. 3 ptas.—W. SOMBART: *So- cialismo y movimiento social*. 4 ptas.

NUEVA BIBLIOTECA DE LITERATURA

Anatole France, Daudet, Víctor Hugo, etcétera.—2 ptas. vol.

LOS CLÁSICOS DEL AMOR

Obras de Apuleyo, Longo, Marcial, Vol- taire, Casanova, etc.—2 ptas. volumen.

LAS NOVELAS DEL MISTERIO

Aventuras del famoso detective Sherlock Holmes, por Conan Doyle. 8 t.—2 ptas. vol.

COLECCIÓN POPULAR

Filosofía, Historia, Pedagogía, Política, Crítica, Viajes, Arte, etc.—1 pta. volumen.

LOS GRANDES NOVELISTAS

Tolstoi, Dumas, Sué, Conan-Doyle, etc.—A 35 céntos.—Edición *La Novela Ilustrada*.